

informacion



君有疾否

似闻
如我
著

一愿社稷昌

二愿黎民宁

三愿

无忧无恐，岁岁长安

capitulo 21

☆, [Capítulo 21]

Una noche de luna llena en la residencia Su.

Se añadió incienso al brasero, y sus delicadas volutas de humo azul se elevaron y se dispersaron lentamente. Su Shiyu tensó las cuerdas de seda de su cítara de paulownia y tocó algunas notas al azar que fluyeron como el suave murmullo de un manantial. De pie en silencio ante la mesa en forma de rombo, murmuró suavemente: «La noche es profunda y el rocío es intenso. Ha venido sin ser invitado, señor. ¿Necesita algo?».

De repente, se oyó un crujido procedente del exterior. La ventana tallada se abrió lentamente desde fuera. Una voz, teñida de diversión, preguntó: «Si estuviera aquí para recoger flores, ¿qué dirías?».

La luz de la luna se inclinaba sobre la sien del visitante, derramándose en la habitación. Sus pálidos dedos se engancharon en el marco de la ventana mientras se apoyaba en el alféizar, con los ojos arrugados por la diversión mientras miraba hacia dentro.

Su Shiyu se acercó a la ventana y se quedó de pie en silencio frente a él durante un largo momento. «... ¿Por qué tú?».

«¿Por qué no?», respondió Chu Mingyun.

«¿Por qué no avisó de su visita nocturna, señor Chu?», preguntó Su Shiyu.

«Quería darte una sorpresa».

«...», respondió Su Shiyu, «La clínica está a tres li al oeste».

«Sufro de mal de amores. ¿No vendrías a curarme tú mismo?». Chu Mingyun enganchó casualmente un mechón del cabello negro azabache de Su Shiyu que le caía sobre el hombro. Notó que aún conservaba un ligero brillo de humedad. Al levantar la mirada de nuevo hacia Su Shiyu, lo vio envuelto en una túnica exterior. La luz de la luna proyectaba un delicado y fragmentado contorno de su esbelta figura, proyectando sombras sobre su clavícula y el hueco de su cuello. Chu Mingyun se rió suavemente. —Parece que realmente he llegado en un momento inoportuno. Si hubiera venido antes, ¿te habría pillado bañándote?

Su Shiyu retiró su cabello de las manos de Chu Mingyun y respondió con frialdad: —Hablemos dentro. Tras una breve pausa, detuvo a Chu Mingyun, que estaba a punto de entrar, con total exasperación. —... La puerta está allí.

Chu Mingyun le lanzó una mirada desdeñosa, como si el gesto le resultara incómodo. Retiró la mano, rodeó la habitación hasta llegar a la puerta, la abrió al entrar y suspiró melodramáticamente: «Las citas secretas nunca tienen puertas adecuadas, ya lo sabes. Ministro Su, realmente careces por completo de romanticismo».

Su Shiyu ya se había puesto su túnica exterior. Mientras servía el té, comentó: «Si trepar por las ventanas cuenta como romántico, entonces, ¿los ladrones deben ser considerados bellezas sin igual a los ojos de Su Excelencia?».

«¿No eres tú el único que ocupa mi mirada?», dijo Chu Mingyun con una sonrisa.

Su Shiyu le entregó la taza de té. «Basta ya de bromas. ¿Qué te trae por aquí, señor Chu?».

Chu Mingyun tomó la taza y la acunó entre sus manos. «Te extrañaba».

«... Si me permites ser franco, señor Chu, deberías abandonar ese hábito de evadir el tema».

«¿Acaso no se me permite visitarte?», replicó Chu Mingyun.

«Si ese es el caso», Su Shiyu hizo una pausa y se levantó para marcharse, «por instrucciones de mi difunto padre, no se reciben visitas privadas por la noche en mi residencia. Aunque pueda parecer descortés, ya me ha visto, ministro Chu. Enviaré a alguien para que lo acompañe de regreso a su residencia».

«Oiga...».

Su Shiyu se detuvo y se volvió con una sonrisa. «¿Ha recordado el ministro Chu por qué ha venido?».

Un hombre así, no es de extrañar que nunca se haya casado. Chu Mingyun suspiró para sus adentros antes de hablar con franqueza: «¿Recuerdas aquella mansión que pertenecía a Song Heng?».

Su Shiyu se sentó frente a él. «Por supuesto que la recuerdo. ¿Qué pasa con ella?».

«He estudiado ese talismán de bronce durante días sin descubrir nada. De repente se me ocurrió que la mansión está llena de mecanismos ocultos, tal vez haya pistas allí», explicó Chu Mingyun. «¿Estaría dispuesto el señor Su a informar a Lu Shi y hacer que esa propiedad se transfiera del Ministerio de Justicia a mi jurisdicción?».

—La residencia lleva mucho tiempo vacía y sin usar. No debería suponer ningún problema. Sin embargo —Su Shiyu lo miró con una sonrisa—, no es un asunto urgente. “¿Por qué no esperó hasta mañana para discutirlo, ministro Chu? ¿Por qué vino a mi residencia por la noche? Pensé que alguien con malas intenciones había entrado”. Chu Mingyun tomó un sorbo de té y, sin cambiar de expresión, respondió: «¿No dije que vendría a una cita secreta?».

Al llegar bajo el amparo de la noche, naturalmente tenía motivos ocultos. Sus hombres llevaban tanto tiempo investigando a Su Shiyu sin avances que Chu Mingyun decidió aprovechar la oportunidad para venir personalmente. Mucho antes de que Su Shiyu lo viera fuera de la ventana, ya había evadido a los guardias y explorado minuciosamente toda la residencia de los Su. La mansión era completamente normal, sin signos de mecanismos ocultos, y mucho menos cámaras secretas para esconder asesinos como los suyos. El resultado fue el esperado, pero aún más desconcertante.

Aun así, su táctica de burlarse de Su Shiyu nunca fallaba.

Su Shiyu estudió la expresión de Chu Mingyun durante un momento antes de bajar la mirada y cambiar de tema con naturalidad. «Una vez que la finca se transfiera a la residencia del Gran Comandante, ni el Ministerio de Justicia ni la Censoría podrán interferir. Si surgiera alguna pista, ¿cómo piensa informarme el señor Chu?».

Chu Mingyun dio un ligero golpecito con el dedo en la taza de porcelana y respondió con indiferencia: «Si no confía en mí, puede acompañarme a investigar».

«Tonterías», murmuró Su Shiyu en voz baja, levantando la mirada para encontrarse con la de Chu Mingyun. «Confío plenamente en usted, ministro Chu».

«¿Hermano mayor?».

«... ¿Eh?», Chu Mingyun volvió a prestar atención, miró a Qin Zhao y levantó la cortina para mirar fuera. Solo entonces se dio cuenta de que ya habían llegado a la residencia de Song Heng.

Su Shiyu siempre había sido eficiente en sus negocios; en un solo día, había completado el traspaso entre las dos partes. Aunque todo había salido bien, Chu Mingyun no podía quitarse de la cabeza una vaga inquietud cada vez que recordaba la expresión de confianza de Su Shiyu. Si antes había considerado la audacia de decirle a Su Shiyu que no había descubierto nada, ahora se sentía obligado a actuar con cautela.

Chu Mingyun y Qin Zhao desmontaron y entraron en la residencia, dirigiéndose directamente al estudio mientras los guardias de la sombra los seguían en silencio.

Según el relato de Tan Jing esa noche, el impostor Song Heng, al enterarse del fracaso del plan, no se marchó inmediatamente, sino que se dirigió al estudio. Dado que la salida del estudio no había sido sellada para atraparlo a él y a Su Shiyu en el calabozo, era evidente que allí había algo más de vital importancia.

El estudio seguía amueblado como antes, salvo por una fina capa de polvo que se había acumulado tras un largo periodo de abandono.

Chu Mingyun estaba examinando la estantería cerca de la salida de la mazmorra cuando el guardia en la sombra que registraba la habitación detrás de él de repente dijo: «Mi señor».

«¿Hmm?», Chu Mingyun se dio la vuelta y se acercó.

El guardia en la sombra se hizo a un lado respetuosamente, revelando un hueco en el marco de madera oculto detrás de unos pergaminos antiguos. Su contorno le resultaba vagamente familiar. Chu Mingyun insertó el talismán de bronce. Encajaba perfectamente. En medio del silencio, se oyó un seco «clic», seguido del lento y chirriante movimiento de un mecanismo. La estantería que tenía delante se abrió por ambos lados. Lejos de estar completamente a oscuras, una luz deslumbrante se derramó, casi cegando la vista.

Los lingotes de oro brillaban intensamente, apilados en filas que llenaban la mitad de la cámara de piedra.

Incluso Chu Mingyun no pudo evitar entrecerrar los ojos con admiración. «Así que aquí es donde la casa de apuestas guarda su tesoro. Sin duda son mucho más ricos que yo. Comparando nuestras fortunas, parece que no he acumulado mucho a lo largo de los años, ¿no crees?». Incluyó ligeramente la cabeza para preguntarle a Qin Zhao.

Qin Zhao le lanzó una mirada inexpresiva.

A lo largo de la pared opuesta había una fila de estanterías repletas de numerosos volúmenes. Chu Mingyun tomó uno al azar y lo hojeó con leve sorpresa. Luego tomó varios más para examinarlos, con una sonrisa significativa en los labios.

Los volúmenes contenían registros detallados de los funcionarios de varios condados dentro de la jurisdicción de la capital, cada individuo documentado en su totalidad, desde sus historias de vida hasta sus familiares y dependientes, sin omitir ningún detalle. Esta meticulosa recopilación revelaba el minucioso esfuerzo invertido en reunir esta información.

Desde la muerte de Chen Xuanwen hasta el asunto de Song Heng, y ahora el caso del Pabellón de la Felicidad Extrema, ahora era seguro que estos acontecimientos provenían de una sola fuente. Además, era evidente que los autores llevaban mucho tiempo tramando un plan, que avanzaba con un impulso formidable.

«Basta», declaró Chu Mingyun, dando instrucciones a los guardias de la sombra: «Transporten estos volúmenes a la residencia. En cuanto a los lingotes de oro que hay allí, tomen lo que necesiten. Actúen con rapidez. Una vez que haya informado a Su Shiyu, todo esto se entregará a Li Yanzhen para su extravagancia».

Los guardias de las sombras aceptaron la orden y avanzaron al unísono para llevar los pergaminos.

Chu Mingyun apartó la mirada y posó los ojos distraídamente en el pergamino que tenía en la mano. «Zheng Wan, del Comando Fufeng Derecho...».

De repente, se oyó un golpe en la puerta en plena noche.

«Su Excelencia», dijo la voz al otro lado de la puerta, «este subordinado tiene asuntos urgentes que comunicar».

Zheng Wan oyó el sonido, dejó los documentos oficiales y se levantó para abrir la puerta: «¿Qué es lo que requiere...?»

Dos o tres cadáveres yacían esparcidos por el patio. La figura que se encontraba frente a la puerta, vestida de negro y enmascarada, levantó lentamente la cara.

Un destello de luz blanca estalló. Un frío penetrante le atravesó el pecho. Zheng Wan, incapaz de reaccionar, bajó la cabeza justo a tiempo para ver cómo la hoja se hundía en su caja torácica. Antes de que pudiera gritar, la figura vestida de negro ya había retirado la hoja y se había alejado, con los dedos de los pies tocando ligeramente el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron. Zheng Wan se tambaleó, escupiendo de repente un chorro de sangre antes de desplomarse en el suelo.

La fría luna colgaba en silencio en el cielo.

Nota del autor: ¡Ver aparecer de repente varios comentarios nuevos me ha hecho muy feliz!

Para mí, la mayor alegría de escribir proviene de leer los comentarios sobre la historia. =v=

Por supuesto, ustedes, mis adorables ángeles ocultos, también son adorables =v= Jeje

capitulo 22

☆、[Capítulo 22]

Tras el término solar del Rocío Blanco, las ocas salvajes emigraron hacia el sur al refrescar el clima. El otoño impregnaba el reino, cubriendo el cielo y la tierra con un manto de desolación. Durante días, el cielo se mantuvo plomizo y sombrío, pesando sobre las cabezas y los corazones de la gente.

El pánico se apoderó tanto de la capital como de las regiones periféricas.

Apenas había pasado un mes desde que Zheng Wan, del comando derecho de Fufeng, fuera asesinado en su propia casa, y ya eran cuatro los funcionarios que habían encontrado un final violento en los condados vecinos de la capital, lo que había conmocionado tanto a la corte como al pueblo llano. Las investigaciones revelaron métodos sorprendentemente similares en los cinco crímenes, a pesar de la lejanía de los lugares, lo que confirmaba sin lugar a dudas que se trataba de la obra de una banda organizada de asesinos. Al llegar a esta conclusión, Li Yanzhen no pudo permanecer de brazos cruzados.

El asesinato de funcionarios era, en esencia, un acto de desprecio hacia la autoridad imperial. El hecho de que estos incidentes se hubieran producido repetidamente en los condados circundantes a la capital equivalía a una amenaza flagrante para Chang'an y a una provocación al poder imperial.

Se reforzaron los puntos de entrada y salida de Chang'an, se intensificaron las patrullas dentro de la ciudad y los rumores se extendieron por las teterías. Las figuras prominentes fueron objeto de especulaciones maliciosas, y algunos incluso hicieron apuestas sobre quién podría ser la próxima víctima.

El caso pasó del Ministerio de Justicia al Censorado. El emperador Li Yanzhen decretó que el propio censor jefe debía supervisar la investigación, exigiendo la plena cooperación de todas las partes sin excepción.

Las luces permanecieron encendidas toda la noche en el Censorado, mientras llegaban sospechosos y pruebas de las provincias. Los funcionarios de todos los rangos se mantuvieron en constante movimiento. Después de varios días, finalmente surgieron pistas, que se comunicaron rápidamente al censor jefe.

Tras revisar brevemente los hallazgos, Su Shiyu, portador del mandato imperial, les ofreció una suave sonrisa. «Todos ustedes han trabajado sin descanso estos últimos días. Las investigaciones no pueden apresurarse. Mañana es día de descanso. Les insto a que regresen a sus residencias y tomen un descanso adecuado».

Los censores se quedaron instantáneamente estupefactos, intercambiando miradas de desconcierto. Desde los nobles y aristócratas de la corte hasta los plebeyos y campesinos, todas las miradas se fijaron en la Censoría. Este asunto era claramente de suma urgencia, por no mencionar que llevaba la orden del emperador. ¿Quién se atrevía a marcharse?

Entonces se dieron cuenta de que su Gran Censor se había marchado de verdad.

Su Shiyu se sentó en su estudio, jugando al ajedrez contra sí mismo. Golpeaba distraídamente las piezas, con la mirada fija en el tablero de casillas blancas y negras.

—¡Joven maestro! —Su Bai irrumpió por la puerta, sin aliento.

Su Shiyu levantó la vista distraídamente. —Te has vuelto a olvidar de llamar a la puerta.

—Je, je, esta vez me he acordado de preguntar: mi padre no está aquí. —Su Bai se acercó—. Joven maestro, ¿de verdad no va a ir hoy al Censorado? En solo unos instantes, varios funcionarios ya han enviado emisarios.

—¿Qué han dicho?

«Todos han estado preguntando si estás disponible, insistiendo en que el caso es urgente. Aunque no asistas durante tus días de descanso, agradecerían algún gesto. De lo contrario, los censores no tienen pistas que seguir».

La mirada de Su Shiyu permaneció fija en el tablero de ajedrez, con una brillante piedra blanca entre los dedos. Reflexionó en silencio, sin responder.

«... ¿Joven maestro?», preguntó Su Bai con voz vacilante.

—Te he oído —dijo finalmente Su Shiyu, colocando la piedra sin levantar la vista. Cogió una piedra negra y estudió el tablero—. He revisado sus informes y pruebas. Todas las pistas actuales apuntan a ese gran comandante. Investigarlo no llevaría más de dos o tres días. No es que no tengan pistas, es que no se atreven a actuar sin mi permiso. ¿Por qué tanta urgencia?

—Entonces, ¿por qué retrasar la emisión de órdenes, joven maestro? —El entusiasmo de Su Bai lo llevó a dar un paso adelante inconscientemente—. ¡Es raro que el gran mariscal Chu haya cometido un error tan evidente!

—No es él —afirmó Su Shiyu con rotundidad.

—¿Eh? —Su Bai se quedó paralizado por la sorpresa.

—Baja la voz, me estás distrayendo de donde lo había dejado. —Su Shiyu miró a Su Bai.

Su Bai se calló inmediatamente y señaló el tablero de ajedrez.

Su Shiyu colocó su piedra negra antes de continuar: «Nuestras facciones llevan años enfrentadas. Aunque es posible que ministros leales hayan sido implicados o explotados, nunca antes se había producido una matanza tan indiscriminada con pruebas tan evidentes. Este no es su estilo». Hizo una pausa. «Además, en todos estos años, nunca le he visto escribir con tanta compostura, algo tan poco característico en él, como en esa carta incriminatoria».

«¿Entonces sugieres que hay una mano oculta que lo está incriminando?», preguntó Su Bai, expresando su confusión de inmediato. «Pero eso no tiene sentido. Con la capital dividida como está, si no somos nosotros, ¿podría ser una lucha interna dentro de la facción Chu?».

«Solo hay dos facciones en la capital, pero hay muchos lobos hambrientos vigilando Chang'an. ¿Cómo sabes que nadie ha intervenido ya?». Su Shiyu levantó la cara, miró a Su Bai con una profunda sonrisa y luego apartó la mirada. «No entiendo por qué atacaron de repente al Gran Comandante Chu».

«¡Quizás sea porque el Gran Comandante Chu tiene una personalidad terrible!», especuló Su Bai.

«... Probablemente». Su Shiyu detuvo su jugada de ajedrez, frunciendo ligeramente el ceño. «Necesitamos comprender las intenciones de la otra parte antes de tomar una decisión, así que voy a investigar este caso personalmente desde el principio. Al fin y al cabo, el Gran Comandante Chu ha dirigido el ejército durante muchos años y muchos soldados han olvidado si se apellidan Li o Chu. Si lo ejecutamos precipitadamente ahora, podríamos desestabilizar al ejército. Además, hay pocas personas en la corte con talento militar aparte de él. Si la frontera se aprovecha de esto...». Hizo una pausa abrupta y una sonrisa apareció de repente en sus labios mientras repetía la palabra con convicción: «La frontera».

Su Bai seguía desconcertado cuando Su Shiyu se levantó, lo encaró y le ordenó: «Confisquen todas las pruebas existentes del Censorado. Nadie puede moverlas sin mi permiso. Díganle al censor en jefe que pueden continuar como hasta ahora y que no hay necesidad de hacer nada más con este caso por ahora».

«Sí», asintió Su Bai repetidamente. «¿Algo más?».

«Preparen el carruaje». Su Shiyu apartó el tablero de ajedrez, se arregló las mangas y salió. «Voy a la residencia del Gran Comandante. No me cae especialmente bien ese hombre, pero prefiero que se quede antes que esos tipos de la frontera».

La repentina visita de Su Shiyu sorprendió un poco a Chu Mingyun, pero, tras recibir la carta, mantuvo la serenidad.

Tras leerla, Su Shiyu preguntó: «¿Tiene algo que decir el señor Chu?».

Chu Mingyun examinó la carta con atención y dijo: «Esta letra solo imita la forma, le falta espíritu; es muy inferior a la mía».

«¿No tienes otra idea?».

«¿Si no me crees, te escribiré una carta de compromiso para que la revises?», dijo Chu Mingyun con seriedad.

«En mi opinión, el señor Chu tiene intención de escribir una queja para que la revise», dijo Su Shiyu. «¿No piensas explicar nada?».

—Para qué molestarse —dijo Chu Mingyun, sonriendo, y dejó la carta sobre el escritorio. «Ya que el señor Su ya me ha mostrado las pruebas, ¿aún tengo que tomarme la molestia de exculparme?»

Su Shiyu sonrió.

—El señor Chu es un hombre muy inteligente. Dado que estos asesinatos no fueron cometidos por usted, la Censoría, naturalmente, no puede permitir que se agravie al pilar de la nación...».

—Señor Su —interrumpió Chu Mingyun con frialdad—, ¿no se siente un poco culpable por llamarme pilar de la nación?

Su Shiyu miró a Chu Mingyun, que se había posicionado con tanto realismo, y continuó sin cambiar de expresión:

—Mi plan es que me acompañes a la escena del crimen para investigar a fondo y ver si hay alguna omisión que te ayude a limpiar tu nombre. Si el señor Chu no tiene objeciones, iré al palacio más tarde a consultar con Su Majestad».

«Puedes arreglarlo», dijo Chu Mingyun con indiferencia. «Pero, ¿cómo puedo recompensar al señor Su por su amabilidad?» Hizo una pausa y luego miró a Su Shiyu con una sonrisa radiante. «¿Qué te parece si te pago con mi cuerpo?»

«No me atrevo a aceptar tal cosa», sonrió Su Shiyu con calma y, tras una pausa, añadió: «Sin embargo, si el señor Chu está realmente agradecido, por favor absténgase de hacer más comentarios frívolos en el futuro».

«¿Ah...?» Chu Mingyun arqueó una ceja, buscando humildemente consejo. «No recuerdo haber hecho ningún comentario frívolo. ¿Podría decirme cuál ha sido?».

—Señor Chu.

«Estoy aquí.»

—Adiós.

«Me despido». Chu Mingyun sonrió y se levantó para seguirlo.

Salieron del pasillo y las hojas de paulownia caían silenciosamente fuera. Permanecieron en silencio un largo rato. La sonrisa de Chu Mingyun se desvaneció gradualmente, sus ojos brillaron de emoción y, de repente, se giró para mirar a Su Shiyu y dijo: «Aunque se trata de un caso de asesinato importante, en realidad no es necesario que vayas en persona para comprender la situación, ¿verdad?».

«En efecto, pero aun así quiero confirmarlo yo mismo», dijo Su Shiyu.

«He oído que la gente que insiste en hacerlo todo por sí misma es incapaz de confiar plenamente en los demás», dijo Chu Mingyun con una sonrisa. «Señor Su, ¿es usted tan reservado? ¿Tiene un pasado doloroso?».

La expresión de Su Shiyu no cambió mientras respondía con calma: «¿Por qué pregunta eso, señor Chu?».

Chu Mingyun inclinó la cabeza para mirarlo y sonrió: «Solo pregunto casualmente. Si me trae recuerdos dolorosos, ¿no podría aprovechar la situación para complacerte?».

Su Shiyu rió levemente y dijo: «Gracias por su preocupación. Estoy perfectamente bien».

Tras despedirse de Su Shiyu, Chu Mingyun volvió a su estudio y vio que Qin Zhao estaba examinando detenidamente las pruebas. Se apoyó en la estantería con las manos a la espalda y preguntó: «¿Has averiguado algo?».

«Alguien te ha incriminado», respondió Qin Zhao, que levantó la vista. «¿Qué fuerza es esta vez?»

Chu Mingyun sacó varios folletos de la estantería y los fue arrojando uno por uno sobre la mesa, mientras leía en voz alta: «Correcto. Fufeng Zheng Wan, magistrado del condado de Duyang. Chen Mu, prefecto de la prefectura de Hedong. Jiang Zheng...».

Los folletos yacían esparcidos sobre la mesa, con los nombres de los cinco funcionarios asesinados.

Chu Mingyun se burló: «Si Su Shiyu hubiera venido a registrarnos antes, probablemente ya estaría en la cárcel. Estas son las pruebas».

«¿Así que nos las dejaron deliberadamente?», preguntó Qin Zhao.

«Me apropié del talismán de bronce; ¿cómo pudo prever esto?», se mofó Chu Mingyun. «No sé si el jefe Mu tuvo suerte de sobrevivir o si contaba con alguien más. En lugar de decir que lo previó, es más preciso decir que, tras el incidente, no quería que se usara nuestra información, así que los mató a todos primero y aprovechó la oportunidad para incriminarme y volverse en mi contra. Qué lástima...». Suspiró tranquilamente, se inclinó, agarró el folleto y lo partió por la mitad. «Esta vez incluso Su Shiyu vino en mi ayuda».

Sin embargo, Su Shiyu debía de tener sus propios planes. Hablar de defender la justicia y proteger a los inocentes no iba con ellos dos, sobre todo porque Chu Mingyun no era precisamente leal. Podía tomarse todo a broma. Aunque desconocía por qué Su Shiyu no había aprovechado la oportunidad para eliminarlo, la situación finalmente le favoreció, así que Chu Mingyun no se molestó en investigar más.

Pero había gente a la que no podía ignorar.

En el Salón Xuan Shi, tras escuchar el informe de Su Shiyu, Li Yanzhen lo miró con emociones complejas durante un buen rato antes de decir con sinceridad: "No lo entiendo".

"Su Majestad, por favor, hable".

"El ministro Su me ha recordado muchas veces que desconfíe del ministro Chu, diciendo que sus intenciones son impuras y que podría representar una amenaza para mi imperio. Pero ¿por qué dejó pasar esta excelente oportunidad?".

"Sí que lo dije", dijo Su Shiyu. "Sin embargo, no es prudente que una almeja y otra almeja se peleen, permitiendo que un pescador se beneficie".

Li Yanzhen estaba aún más confundido. "Entiendo a qué se refiere con los disturbios fronterizos, pero si ese es el caso, entonces el ministro Chu es intocable. Entonces, ¿cómo deberíamos tratar con él?".

Actualmente, nuestra Gran Xia tiene muy pocos generales fuertes. El Gran Comandante Chu es indispensable. Solo podemos contenerlo por ahora y esperar a que el país forme un general capaz antes de eliminarlo rápidamente. "

Es cierto, pero con los años, el poder del Ministro Chu ha ido creciendo de forma constante..."

...¿Podemos esperar hasta ese día? Li Yanzhen dudó un buen rato antes de tragarse la pregunta.

El Gran Comandante está a cargo de los asuntos militares, pero aún necesita la aprobación del emperador para movilizar tropas; él mismo carece de poder militar. Sin embargo, Chu Mingyun lleva seis años en la corte, y no solo el Ministerio de Guerra le obedece por completo, sino que los soldados también son extremadamente leales. Li Yanzhen, absorto en sus tallas y pinturas, dejaba de vez en cuando de pensar con detenimiento, dándose cuenta de que él mismo no estaba seguro de quién ostentaba realmente el poder militar.

Su Shiyu reflexionó un momento y luego dijo: "En realidad, Su Majestad no tiene por qué preocuparse demasiado". Con una mirada profunda, dijo lentamente: «En mi opinión, la arrogancia y la falta de respeto por el honor del Gran Comandante Chu son sus debilidades. Ahora puede ascender rápidamente gracias a esto, pero una vez que alcance una posición realmente alta, seguramente caerá en el abismo por ello».

capitulo 23

Chang'an se encontraba cerca de la Comandancia de Fufeng. Chu Mingyun y Su Shiyu no eran hombres dados a la extravagancia, ni llevaban equipaje pesado. Así que, tras encomendar brevemente los asuntos de la corte a sus subordinados, se vistieron con ropa sencilla y salieron de la ciudad a caballo, uno por cada montura. Su ritmo era rápido. Cruzaron el río embravecido, atravesaron montañas desoladas y, al caer la noche, divisaron la silueta de una posada. Calculaban que al día siguiente entrarían en la Comandancia de Fufeng.

A mediados de otoño era la temporada en que los viajeros regresaban a casa. La posada brillaba con la luz de las lámparas y bullía con animadas conversaciones. El camarero se movía rápidamente entre las mesas, completamente ocupado, y se apresuró a saludar a los dos hombres cuando llegaron. Al oír que deseaban pasar la noche allí, se secó el sudor de la frente con la toalla que llevaba colgada al hombro, con aire algo preocupado. «Caballeros, como pueden ver, esta noche estamos bastante llenos. Solo nos queda una habitación superior...». Su mirada se desplazó entre Chu Mingyun y Su Shiyu mientras preguntaba: «Es una habitación bastante espaciosa. Dado que ambos caballeros son hombres, si no les importa... ¿estarían dispuestos a compartirla?». Cuando se viaja, hay que estar preparado para que las posadas se queden sin habitaciones. Dado que iban a tener que soportar esa cara toda la noche, ¿tenían realmente otra opción?

La habitación de invitados estaba completamente amueblada. Chu Mingyun y Su Shiyu se quedaron mirando la cama durante un buen rato antes de que Chu Mingyun rompiera finalmente el silencio. «Muy bien. Esta noche dormiré en el suelo». Su Shiyu frunció ligeramente el ceño. «No tienes por qué tratarme como si fuera una señorita. Somos iguales, ¿qué hay de apropiado en que duermas en el suelo?».

Chu Mingyun se sentó a la mesa, se sirvió otra taza de té y le lanzó una mirada de reojo, con una expresión que era una mezcla de diversión y reproche. «El censor en jefe supervisa a todos los funcionarios, pero nunca he oído que esa supervisión se extienda al dormitorio. No se lo diré a nadie, ¿a quién le importan esas tonterías?

Su Shiyu se volvió hacia él. —Las normas de decoro son claras. Aunque nadie lo sepa, no deben pisotearse.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás insinuando algo? —replicó Chu Mingyun, a quien normalmente le importaba poco la etiqueta.

—¿Es así?

—Sí.

«...» Su Shiyu lo miró y sonrió levemente. «Está pensando demasiado, ministro Chu». Hizo una pausa antes de añadir: «Independientemente de las normas de decoro, actualmente es sospechoso. Si esta noche se produjera otro asesinato, sin mi testimonio, se encontraría en una situación difícil».

Chu Mingyun dio unos ligeros golpecitos con los dedos sobre la mesa de madera, apoyó la barbilla en la mano y se rió entre dientes. —¿Ah, sí? ¿Así que le preocupa que pueda escapar en plena noche? —Su voz se apagó mientras clavaba la mirada en Su Shiyu, cada vez más intensa. Bajó el tono y murmuró—: Entonces... ¿no le preocupa que yo pueda hacerle algo durante la noche?

«Si el señor Chu realmente cree que me sometería a ser masacrada», respondió Su Shiyu con una sonrisa.

Chu Mingyun apartó la mirada, extendiendo las manos con un repentino cambio a un tono inocente. «¿Acaso no estaba simplemente preocupado por mi mala reputación, para no deshonar al señor Su? Es raro que muestre tanta consideración por usted, y sin embargo no muestra gratitud».

Su Shiyu asintió con la cabeza en aparente acuerdo y luego miró hacia la viga del techo con una suave sonrisa. «Dado que el señor Chu ha sido tan considerado, no me negaré. Sin embargo, me temo que debo molestar al señor Chu para que duerma encima de mí, no sea que accidentalmente lo pise cuando me levante para tomar té por la noche».

«... ¿Tiene el señor Su la costumbre de levantarse a tomar té en plena noche?».

Su Shiyu lo miró con diversión. «No suele ser así. Sin embargo, esta noche puede ser una excepción».

«...» Chu Mingyun desplegó rápidamente su abanico para ocultar su rostro, agarrándose el dobladillo de la túnica mientras suspiraba con nostalgia: «No me había dado cuenta de que el señor Su estaba tan empeñado en compartir la cama conmigo esta noche. Muy bien, accederé».

«...» Su Shiyu dijo: «Bajemos a cenar».

Los invitados de la planta baja se habían reducido un poco desde su llegada, y el bullicio había disminuido. El mesero, tras servir todos los platos, se marchó con un bostezo, dejando solo el tintineo de las tazas para llenar la posada.

Chu Mingyun recordó de repente algo. Tras tragar un sorbo de té, preguntó: «Por cierto, Su Xing, ¿quién ha sido nombrado Fufeng derecho en funciones? ¿Qué relación tienes con él?».

«Es mi tío», respondió Su Shiyu.

«¿Tu tío consanguíneo?».

«Sí», confirmó Su Shiyu. «Mi padre es el mayor, seguido de mi tío. La madre de Du Yue es la menor».

«Pero recuerdo claramente que fue tu padre, Su Jue, quien insistió en exiliar a Su Xing de la capital sin dar explicaciones», insistió Chu Mingyun.

«Así fue», reflexionó Su Shiyu, «aunque el motivo exacto sigue sin estar claro para mí hasta el día de hoy. Solo sé que mi padre y mi tío se pelearon más tarde. Desde entonces, mi tío se ha quedado en la lejana Zhenjiang y hemos tenido poco contacto a lo largo de los años. Cuando mis padres fallecieron por enfermedad, él no vino en persona, solo envió un texto conmemorativo a través de mi tía».

Como se trataba de un asunto familiar ajeno, Chu Mingyun consideró que no era prudente hacer más comentarios, y se limitó a asentir sin añadir nada más.

A medida que avanzaba la noche, la posada se sumió en un silencio absoluto. Chu Mingyun y Su Shiyu permanecieron de pie en silencio junto a la cama durante un largo rato, sin moverse.

Aunque habían tomado la decisión y se habían preparado para compartir la cama, el momento en sí seguía provocándoles una inevitable sensación de inquietud. Tras una larga pausa en silencio, Chu Mingyun volvió a hablar primero. Señaló hacia la cama. «¿Qué cree que deberíamos hacer, ministro Su?».

Su Shiyu apartó la mirada y respondió con la mayor naturalidad posible. «Compartiremos la cama como hemos compartido camas con otras personas antes. No hay por qué darle más vueltas».

«Pero yo solo he dormido con mujeres antes», se rió Chu Mingyun. «Ellas suelen acurrucarse en mis brazos. ¿Tú también podrías...?» Dejó la frase en el aire, levantando ligeramente una ceja mientras miraba a Su Shiyu con una sonrisa bastante sugerente.

«...» Su Shiyu lo estudió atentamente antes de apartar la mirada y suspirar. Trazó una línea imaginaria en el aire con la mano. «Siempre me levanto temprano. Puedes dormir en el interior».

Chu Mingyun aceptó sin objetar.

Pensar que habían sido adversarios durante años, sin apenas intercambiar una palabra, y ahora compartían una habitación, quitándose el tocado, aflojándose las túnicas y desabrochándose los cinturones. Verdaderamente, las vicisitudes del mundo eran insondablemente maravillosas.

Sin embargo, una vez que se quitaron las túnicas exteriores, el siguiente paso resultó imposiblemente difícil. Chu Mingyun y Su Shiyu intercambiaron una mirada silenciosa, apagaron la lámpara y se acostaron completamente vestidos. Una incomodidad indescriptible flotaba en el aire.

Chu Mingyun nunca había sido de los que dormían profundamente, y ahora, con otra persona a su lado, la inquietud lo consumía. Pasaron las horas, pero su mente seguía completamente despejada. Dando vueltas en la cama con

frustración, decidió levantarse en silencio sin molestar a Su Shiyu. Justo cuando se movió, una leve fragancia llegó a su nariz.

Un aroma débil y suave permanecía en sus fosas nasales, como una flor que florecía silenciosamente bajo el cielo nocturno. Se detuvo para discernirlo claramente: era incienso relajante. Chu Mingyun se inclinó ligeramente hacia Su Shiyu. Efectivamente, el aroma se hizo más claro, calmando el espíritu y relajando la mente. Incluso en esa noche fresca y húmeda, transmitía una suave calidez que se filtraba lentamente en la oscuridad.

Chu Mingyun se recostó, apoyando la cabeza en el brazo. Su mirada se posó naturalmente en el rostro de Su Shiyu.

La luna se elevó sobre el imponente pabellón, su luz se filtró a través de las pantallas bordadas de las ventanas, proyectando una capa de escarcha plateada sobre el borde de la cama. Su Shiyu yacía a su lado, con los ojos cerrados, respirando de manera uniforme. Sus pestañas estaban ligeramente teñidas por la luz de la luna, proyectando una pequeña sombra sobre su rostro. Su frente y sus ojos mostraban una ternura y serenidad que Chu Mingyun nunca había visto antes.

Miró fijamente a Su Shiyu, perdido en sus pensamientos, antes de levantar la mano de forma repentina y silenciosa. Curvando los dedos en un arco cruel, se acercó lentamente a la garganta de Su Shiyu.

Una excelente oportunidad para dejar que este hombre muera sin dejar rastro, sin que nadie lo detecte. Bastaría con hacer creer que ha sido asesinado como los otros cinco. No importa. Después de todo, ahora yace aquí, completamente indefenso...

¿Completamente indefenso?

Chu Mingyun se detuvo, con los dedos a pocos centímetros de apretar el cuello de Su Shiyu.

La respiración de Su Shiyu seguía siendo constante, sin mostrar ningún cambio. Chu Mingyun entrecerró ligeramente los ojos y luego levantó levemente las comisuras de la boca. Relajó los dedos y los dejó caer sobre la suave frente del

hombre, apartando unos mechones de cabello sueltos hacia un lado de su cara. Chu Mingyun retiró la mano, lo observó por un momento, luego se dio la vuelta y cerró los ojos para dormir.

Solo cuando todo movimiento cesó, Su Shiyu abrió los ojos. Levantó una mano hacia su propia frente y miró de reojo a Chu Mingyun con ojos desconcertados.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, el espacio a su lado estaba efectivamente vacío. Chu Mingyun se quedó mirando fijamente durante un momento, sorprendido al darse cuenta de que había dormido bastante bien la noche anterior, tal vez gracias al incienso calmante que tenía a su lado. Se levantó lentamente, bajó las escaleras para desayunar con Su Shiyu, que lo estaba esperando, y luego partió sin demora.

Esos días eran frescos y despejados, con un cielo infinitamente azul, aunque había llegado el frío. Finalmente llegaron al condado de Fufeng antes del mediodía. Al recibir la noticia de su llegada, Su Xing, el Derecho Fufeng, había acudido a recibirlos a las puertas de la oficina del condado. Al ver a Su Shiyu desde lejos, sonrió y se apresuró a acercarse.

Su Shiyu desmontó, se volvió hacia Su Xing y se inclinó respetuosamente. «Tío», dijo con una sonrisa.

«Ah, ah, bien». Su Xing le dio una palmada en el hombro y, de repente, frunció el ceño. «Yu'er, ¿cómo es que has adelgazado tanto en los últimos años?».

«Solo es por el ajetreo ocasional, yo apenas lo noto», respondió Su Shiyu con una sonrisa, señalando al hombre que estaba a su lado. «Este es el gran comandante Chu Mingyun. Me acompaña en esta investigación. Seguro que ya lo conoces, tío».

Su Xing se volvió para mirar y le saludó formalmente.

Ya se habían llevado sus caballos y los alguaciles los guiaron hacia los alojamientos del patio interior. Su Xing apartó a Su Shiyu un par de pasos y reanudó la conversación anterior. «Una cosa es que no puedas cuidar de ti mismo, pero en Zhenjiang no paraba de oír que tampoco tenías a nadie que cuidara de ti».

Cuando los familiares y amigos de Chang'an preguntan, todos dicen que aún no me he casado.

Su Shiyu sonrió levemente. «Gracias por tu preocupación, tío. Yo...».

«No me vengas con eso», interrumpió Su Xing. «Con tu posición, si quisieras encontrar a alguien, podrías elegir a cualquier doncella de todo Chang'an. Solo dime con sinceridad: ¿qué es lo que realmente piensas?».

Su Shiyu suspiró. «La situación de la corte sigue siendo inestable. Tu sobrino no tiene ánimos para ocuparse de esos asuntos. Además, así evito la carga de los lazos familiares. Actuar solo es, en definitiva...».

«¡Tonterías!».

«...», Su Shiyu se quedó en silencio.

«Solo cuando uno ha formado un hogar puede encontrar la verdadera estabilidad», comentó Su Xing con un toque de decepción. «Yu'er, eres mayor que tus compañeros, pero mientras que otros ya tienen tres o cuatro hijos, tú no tienes más que un título».

Su Shiyu permaneció en silencio durante un momento, contemplando la figura de Chu Mingyun que se alejaba. Intentó ofrecerle consuelo: « «¿Por qué te preocupas tanto, tío? No soy el único en la capital en esta situación. El gran mariscal Chu también ocupa un alto cargo y sigue sin tener hijos hasta el día de hoy».

Su Xing sabía muy bien qué tipo de hombre era Chu Mingyun. Al oír esto, le lanzó una mirada desdeñosa. «Dado su carácter, se lo tiene merecido no tener hijos».

«...». Caminando delante, Chu Mingyun dejó claro que había oído cada palabra. Se detuvo, se volvió con calma y miró a Su Shiyu con una sonrisa en los ojos. «¿Por qué caminas tan despacio? ¿Te cansé anoche? ¿Quieres que te lleve en brazos?».

Todos los presentes, excepto ellos dos, pusieron al instante una expresión como si les hubiera caído un rayo.

Su Shiyu lo miró fijamente con una mirada profunda y persistente. «Ministro Chu».

Chu Mingyun le dedicó una sonrisa antes de volverse y reanudar su caminata con total compostura.

Volviéndose hacia el atónito Su Xing, Su Shiyu suspiró con impotencia: «No era más que una broma. Rezo para que mi tío no se lo tome en serio».

«Tú... él...». La mano de Su Xing temblaba mientras señalaba, completamente sin palabras.

Su Shiyu suspiró profundamente, con tono tranquilo. «Tío, ¿a quién eliges creer, a mí o a él?».

«... Oh». Su Xing luchó por recuperar la compostura, olvidando momentáneamente lo que había querido decir. Tras varios intentos por hablar, finalmente logró decir: «No importa. No te molestaré más. Solo ten cuidado. De camino a mi nuevo puesto, pasé por Jinling y me encontré con tu tía. Me comentó que tu período de luto está a punto de terminar, después de casi un año. Como Du Yue también está en Chang'an, si te demoras más, ella vendrá personalmente a arreglar tus asuntos y, de paso, a ver a su hijo».

Su Shiyu se quedó ligeramente paralizado. «¿De verdad dijo eso?».

Su Xing lo miró con una sonrisa. «Cada palabra fue expresada exactamente así por tu tía. Será mejor que lo pienses detenidamente».

Su Shiyu asintió con la cabeza, con la mirada cada vez más profunda.

capitulo 24

☆, [Capítulo 24]

Tras un breve respiro, Chu Mingyun y Su Shiyu partieron hacia la casa de Zheng Wan, la primera víctima.

El antiguo Fufeng Derecho, Zheng Wan, había fallecido hacía más de un mes y sus restos mortales llevaban mucho tiempo enterrados. Sin embargo, su casa seguía envuelta en el luto, con las banderas funerarias aún desplegadas y el patio lleno de humo de incienso y velas. Una sirvienta acompañó a una mujer vestida con ropas de luto para darles la bienvenida. Una horquilla blanca adornaba sus sienes ligeramente despeinadas en ángulo. Tenía el rostro demacrado y todo el cuerpo pálido, salvo por un par de ojos enrojecidos por el llanto.

Tras unas palabras de consuelo, los condujeron directamente al patio donde había ocurrido el incidente. Las autoridades ya habían inspeccionado el lugar y se había celebrado el funeral, por lo que la mayoría de los objetos ya no mostraban las huellas del suceso. Solo quedaban unas tenues manchas de sangre indelebles en las losas de piedra del patio, que daban testimonio silencioso de lo ocurrido.

Su Shiyu se detuvo ante el escritorio y lo estudió durante un largo rato antes de coger varios documentos y sumirse en sus pensamientos. Chu Mingyun apartó la mirada, al no encontrar nada digno de mención en el patio, y se volvió para acercarse a la señora Zheng.

La imagen de los ojos de Zheng Wan, cerrados pero aún con la mirada fija, permanecía vívidamente grabada en su mente. Este anexo se había convertido en una herida en el corazón de la señora Zheng; reacia a volver a poner un pie en él, los había esperado fuera del patio.

—Señora Zheng —preguntó Chu Mingyun—, ya que dice que su esposo fue asesinado a altas horas de la noche, ¿qué hacía aquí en mitad de la noche en lugar de regresar a su dormitorio?

—Había algunos documentos oficiales en la oficina del magistrado —respondió lentamente la señora Zheng—. Mi esposo los trajo para revisarlos en su estudio.

—¿Era esto algo habitual en Zheng Wan?

—No exactamente —reflexionó—. Cuando llegaban documentos urgentes, tenía la costumbre de llevárselos a casa para examinarlos con calma.

«Por lo tanto, el asesino debe de ser un sirviente de su casa o alguien conocido por el Protector Derecho del Viento». Una voz suave sonó detrás de ellos cuando Su Shiyu se acercó con paso firme.

Chu Mingyun lo miró y sonrió levemente. «¿Qué ha descubierto, magistrado Su?».

«Al principio no había descubierto ninguna pista útil», respondió Su Shiyu, «pero la pregunta que Su Excelencia ha formulado anteriormente me ha hecho reflexionar».

«... Su Señoría, ¿qué quiere decir con eso?», preguntó la señora Zheng observando a Su Shiyu con los ojos centelleantes.

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa. «Es solo una conjetura, aunque probablemente no esté muy lejos de la realidad. La presencia del cadáver de un guardia en este patio implica que las habilidades del asesino no eran tan excepcionales como para pasar desapercibido. Sin embargo, nadie en los otros patios de la finca sabía que había ocurrido algo. Incluso usted, señora, no descubrió el asesinato del señor Zheng hasta la mañana siguiente. Por lo tanto, parece que el asesino entró directamente en este patio».

La señora Zheng frunció el ceño y lo miró confundida. «¿Cómo se relaciona todo esto con la identidad del asesino, como mencionaste antes?».

Chu Mingyun ya había captado la implicación. «Quiere decir que el autor debía saber que Zheng Wan tenía la costumbre de revisar los documentos oficiales aquí y que estaba familiarizado con la distribución de su residencia. Podría haber llegado aquí directamente, no podía ser un completo desconocido». Hizo una pausa y luego se volvió hacia Su Shiyu. «Además, debía ser alguien que sabía que Zheng Wan tenía documentos oficiales urgentes esa noche».

Su Shiyu asintió con la cabeza, a punto de hablar, cuando la voz de la señora Zheng tembló: «¿Cómo puede ser...?».

La miraron con cierta sorpresa.

«¿Cómo... podría ser...?» La señora Zheng se retorció los dedos con fuerza en la esquina de la manga, incapaz de aceptarlo. «Mi esposo era un hombre bondadoso. Los sirvientes de esta casa nunca fueron maltratados. Además, todos ellos nos han servido durante años. Después del incidente, ninguno se marchó. Incluso la pequeña sirvienta de la casa del contador vino a consolarme... ¡¿Cómo podrían ser ellos los asesinos?!».

«Señora Zheng...».

«Si fue alguien conocido...». Las lágrimas brillaban en sus ojos mientras su cuerpo temblaba ligeramente. Una criada se apresuró a sostenerla, con la cabeza inclinada en señal de dolor compartido. La señora Zheng respiró hondo y los miró con total desconcierto, rayando en la acusación. «Si eran conocidos, ¿por qué cometer un acto tan atroz?».

Chu Mingyun y Su Shiyu no encontraron respuesta.

La señora Zheng se dio la vuelta, cubriéndose el rostro mientras unos sollozos silenciosos escapaban de ella.

Poco después de su regreso a la mansión, Su Xing vino a preguntar por la investigación. Su Shiyu esbozó una leve sonrisa y dijo que aún no había novedades. Al darse cuenta de que Su Xing parecía tener algo más que decir, le preguntó: «¿Hay algo más, tío?».

Su Xing miró detrás de él. El secretario jefe, entendiendo la señal, dio un paso al frente e informó: «Excelencias, entre los que salían hoy de la ciudad, detuvimos a un individuo sospechoso. Durante el interrogatorio, confesó ser el autor del asesinato del magistrado Zheng...».

Chu Mingyun no pudo evitar burlarse. « «Después de todo este tiempo sin una sola pista, ¿cómo es posible que hayan logrado detener a alguien tan rápidamente?».

«Quizás sabía que Sus Excelencias iban a venir y, con la conciencia culpable, no pudo aguantar más», respondió el secretario, sonrojándose por la vergüenza. «En cualquier caso, ¿desean Sus Excelencias verlo?».

Su Shiyu lo miró por un momento antes de murmurar en voz baja: «Muy bien».

Una lámpara de aceite ardía dentro de la celda. Los carceleros se inclinaron ante ellos antes de hacerse a un lado. El hombre de mediana edad que estaba dentro dormitaba, con el cabello revuelto que revelaba unas sienes ligeramente abultadas. La palma de la mano que descansaba a su lado era grande y callosa, lo que sugería una fuerza considerable. Cómo había sido detenido seguía siendo un misterio.

Sobresaltado por las voces, el hombre abrió los ojos aturdido. Al reconocer a los visitantes, se despertó de golpe y el terror se apoderó de su rostro. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se arrodilló bruscamente y el ruido de las cadenas resonó con fuerza. Temblando de miedo, suplicó a Chu Mingyun: «Su Señoría... ¡por favor, perdone mi vida!».

Chu Mingyun lo miró con desconcierto. «¿Te diriges a mí?».

«Este... este subordinado ha fallado en su deber... pero...». El hombre miró a Chu Mingyun, temblando como una hoja. «¡Le suplico clemencia, Su Señoría!».

Los carceleros contuvieron el aliento al unísono, con la mirada fija en Chu Mingyun.

Su Shiyu observó la escena pensativo, sin decir nada.

Chu Mingyun ladeó la cabeza, estudiándolo por un momento antes de negar con una sonrisa repentina. «¿Intentas arrastrarme al abismo sin tener claros los hechos? No tengo a nadie tan desagradable como tú bajo mi mando».

El hombre se atragantó con sus propias palabras.

Su Xing lanzó una mirada sutil a Chu Mingyun antes de volverse hacia Su Shiyu. «Yü'er, ¿no tienes ninguna pregunta?».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa. «Puesto que ha pedido clemencia al señor Chu, dejemos que sea él quien decida su destino».

Al oír esto, el hombre se volvió apresuradamente hacia Su Shiyu, suplicándole repetidamente: «¡Su Señoría! Este humilde súbdito ha cometido un grave delito y sabe que merece la muerte... Pero, pero mi esposa y mis hijos son inocentes! Le ruego, señor, que los salve».

La implicación era profunda. Su Shiyu bajó la mirada hacia él, sonriendo pero sin decir nada.

Chu Mingyun le dirigió una mirada sonriente a Su Shiyu antes de dirigirse de nuevo al hombre. «Basta, deja de llorar. Te pregunto esto: ha pasado mucho tiempo desde el asesinato de Zheng Wan. ¿Por qué no huiste antes de la Comandancia de Fufeng? ¿Por qué has aparecido solo hoy?».

El hombre miró fijamente a Chu Mingyun, con el rostro contorsionado. «Solo seguí órdenes. Puesto que Su Excelencia habla así para distanciarse, ¿cómo puedo explicarlo?».

«Hmph», respondió Chu Mingyun con frialdad. «Afirmas ser mi subordinado, que actúas siguiendo mis órdenes. Sin embargo, ahora insistes en que soy algo completamente diferente. ¿Qué soy exactamente para ti?».

El hombre apartó la mirada y bajó la cabeza. «Como usted ha dicho, mi señor, no soy más que un peón que puede descartar a su antojo. ¿Cómo podría considerarse realmente que soy su subordinado? Llegados a este punto, solo estoy jugándomelo todo, con la esperanza de que mi esposa y mis hijos puedan sobrevivir de alguna manera».

«¿Qué hay de su esposa y sus hijos?», preguntó, con un tono teñido de burla.

«Eso, mi señor, es algo que usted seguramente entiende mejor que yo...».

Chu Mingyun entrecerró los ojos, a punto de dar un paso adelante, cuando de repente le agarraron del brazo. Al volverse, vio a Su Shiyu ofreciéndole una leve sonrisa. —Parece inquieto. Probablemente no sacaremos nada más. No hay

urgencia en este interrogatorio. Hoy ha estado cansado, señor Chu. ¿Podríamos regresar a sus aposentos?

Chu Mingyun frunció el ceño, estudiando la expresión de Su Shiyu antes de apartar la cabeza y ofrecer una respuesta superficial.

El giro de los acontecimientos resultó verdaderamente notable. Una vez que salieron de la celda, los carceleros pudieron finalmente reunirse sin restricciones, charlando con gran entusiasmo. Fuera de la celda, las expresiones de los secretarios que los acompañaban y de los demás eran igualmente peculiares.

Su Xing no pudo resistirse a tirar de la manga de Su Shiyu y susurrar: «Yü'er, ¿viste eso hace un momento...?»

Sin embargo, Su Shiyu lo interrumpió, algo poco habitual, con un tono aún suave y tranquilo. «No es raro que la gente haga acusaciones infundadas contra los que están en el poder basándose en relatos parciales. Además, aún no hay pruebas que confirmen que ese hombre haya cometido el delito. Tío, no debes sacar conclusiones precipitadas».

Chu Mingyun, que caminaba solo delante, lo oyó claramente y soltó una risita ligera y sin emoción. Comprendía que, por muy persuasivas que fueran las palabras de aquel hombre, no podrían hacer que Su Shiyu sospechara de él. No era que Su Shiyu confiara tanto en él, sino que el joven creía firmemente en su propio juicio.

Aun así, una leve irritación se agitó en su interior. Después de todo, Chu Mingyun nunca había sido conocido por su temperamento. Si bien podía tolerar las pequeñas intrigas y la obstinación de Su Shiyu, tenía poca paciencia con los demás.

Tanto si Su Shiyu había percibido su mal humor como si no, durante los dos días siguientes, inesperadamente, se abstuvo de visitar la prisión para realizar interrogatorios o la residencia de Zheng Wan. En su lugar, arrastró a Chu Mingyun a procesar el trabajo atrasado de documentos oficiales que se habían acumulado en la Comandancia de Fufeng desde la muerte de Zheng Wan, liquidando la mayor parte de ellos. Esto solo sirvió para irritar aún más a Chu Mingyun.

Esa noche, cuando Su Shiyu llamó a su puerta con varios libros en las manos, Chu Mingyun se apoyó en el marco de la puerta y espetó: «Señor Su, si no ha venido a compartir mi lecho, por favor, retírese».

Su Shiyu le mostró los libros, que no eran documentos oficiales, sino tratados militares. «No hay posibilidad de dormir. Es probable que haya disturbios esta noche. Esperaremos aquí, en sus aposentos».

Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja, retiró la mano y lo dejó entrar. «¿Qué tipo de problemas?».

«No puedo decir con precisión cómo se desarrollarán», respondió Su Shiyu, dejando los objetos sobre la mesa. «Pero le he informado a mi tío que voy a abandonar el comando de Fufeng para investigar en otro lugar. Si no actuamos esta noche, perderán su oportunidad».

«¿Ellos?», Chu Mingyun se sentó frente a él. «¿Qué has descubierto?».

«Solo conjeturas», sonrió Su Shiyu. «Los crímenes organizados requieren coordinación. Estos dos últimos días, he comparado las horas y los lugares de los últimos cinco asesinatos oficiales. Me he dado cuenta de que, si el cerebro está aquí, el momento coincide perfectamente».

—¿Así que pretendes utilizarnos a los dos como cebo?

Su Shiyu levantó la mirada para encontrarse con la de Chu Mingyun. La luz de las velas se reflejaba en sus ojos como tinta, teñida con un toque de diversión.

—¿Acaso tiene miedo, magistrado Chu? —Su suave voz se curvó hacia arriba al final, con un rastro apenas perceptible de risa que sonaba muy agradable.

Esta actitud sorprendió momentáneamente a Chu Mingyun, quien luego curvó los labios en una sonrisa. —¿No fue tu miedo lo que te trajo a mis aposentos?

Su Shiyu negó con la cabeza con una leve risa. —Vine simplemente por conveniencia para llevar a cabo mis planes. Piensa demasiado, lord Chu.

«¿Por qué molestarse en explicarlo?», preguntó Chu Mingyun, con una sonrisa persistente. «Con una piel tan fina, ¿es realmente tan difícil admitir que buscas mi protección?».

Su Shiyu lo miró en silencio durante un momento antes de decir de repente: «Ah, quería preguntarte algo».

«¿Hmm?».

«Con una piel tan gruesa, señor Chu, ¿nunca sientes el calor?». —preguntó Su Shiyu con la mayor seriedad.

—..... —Chu Mingyun respondió con igual solemnidad—. ¿Por qué no vienes y lo compruebas tú mismo?

Su Shiyu tomó en silencio un tratado militar y se lo entregó, poniendo fin a la conversación.

Chu Mingyun echó un vistazo al título. —Ya lo he leído. Otro, por favor.

capitulo 25

☆, [Capítulo 25]

Cuando se acercaba la tercera vigilia, el sonido de pasos que corrían por los aleros rompió de repente el silencio de la noche otoñal, claro y distintivo, pero continuaron sin pausa hacia otro lugar.

Chu Mingyun y Su Shiyu intercambiaron una mirada, abrieron la puerta y saltaron en persecución.

Después de dar unos pasos, oyeron un alboroto en un patio lateral. Al aterrizar y examinar la zona, se dieron cuenta de que se trataba de las habitaciones de Su Xing. Los guardias del patio habían desaparecido y, a través de la ventana, pudieron distinguir vagamente una escena de desorden dentro de la casa, lo que sugería signos de una lucha.

Chu Mingyun le dio una palmada en el hombro a Su Shiyu. «Por allí».

Efectivamente, una figura salió disparada por la esquina y desapareció en las profundidades recónditas del recinto de la prefectura. Persiguiéndola sin descanso, divisaron una puerta de hierro entreabierta en la espesura de la noche: la mazmorra de agua dentro de la prefectura. El antiguo Fufeng Derecho, Zheng Wan, había sido un hombre de buen corazón. Durante años, había mantenido la mazmorra cerrada, pero sin usar. Ahora, las cadenas de hierro colgaban rotas y flácidas en el suelo. Una corriente de aire helado se filtraba desde el interior completamente oscuro, provocándoles un escalofrío.

Sus pasos vacilaron involuntariamente. En ese instante, el sonido indistinto de la voz de Su Xing se escuchó desde el interior. Su Shiyu frunció ligeramente el ceño, agarró la muñeca de Chu Mingyun y entró, bajando los escalones de piedra.

Chu Mingyun miró con sorpresa la mano de Su Shiyu. Solo después de un largo momento recordó lentamente el comentario casual que había hecho en la entrada del ataúd en el Pabellón de la Felicidad Extrema. No esperaba que Su Shiyu lo recordara todavía, y momentáneamente sin saber qué decir, le dedicó una sonrisa silenciosa. La palma de la mano del hombre seguía caliente.

Su Shiyu parecía estar muy familiarizado con esta prisión de agua, ya que se movía sin dificultad por la oscuridad siguiendo el sonido.

El estruendo de un feroz combate resonaba en el pasillo, adquiriendo un carácter inquietante y sobrenatural. Parecía acercarse, puntuado por destellos de chispas donde el metal golpeaba la piedra en la penumbra.

—¿Tío? —llamó Su Shiyu en voz baja.

Llegó una respuesta lejana: el chirrido agudo de las espadas, seguido de la maldición ronca y furiosa de alguien. Antes de que las palabras pudieran escucharse por completo, se hicieron añicos. El fuerte golpe de las armas al caer al suelo resonó en toda la cámara, y luego la mazmorra quedó sumida en un silencio sepulcral.

Momentos después, una luz parpadeante iluminó de repente la prisión acuática. La llama de la lámpara de aceite se estabilizó, proyectando luz por todo el espacio. Su Xing se apoyó contra la pared, jadeando en busca de aire. Cerca de sus pies yacía una figura enmascarada y vestida de negro, sin vida, pero mirándolo con ojos desorbitados por la furia.

Chu Mingyun se acercó y se agachó, arrancándole la máscara. Ese rostro que habían visto muchas veces en los últimos días era el del secretario jefe. Tenía la boca abierta, como si intentara hablar, pero le habían cortado la garganta, dejándolo completamente sin voz. La mutilación solo contribuía a la grotesca distorsión de sus rasgos.

Su Xing tenía heridas dispersas por todo el cuerpo. Tosiendo con dificultad dos veces, maldijo: «¡Esa bestia! ¡No me extraña que de repente dijera que había capturado al asesino: él mismo lo mató! ¡Y ahora se atreve a volverse contra mí!».

Chu Mingyun esbozó una sonrisa ambigua, ignorando la réplica. Se levantó para acercarse, pero Su Shiyu lo detuvo de repente levantando la mano. Chu Mingyun se volvió desconcertado y vio que Su Shiyu miraba fijamente a Su Xing, con una expresión anormalmente tranquila.

Su Xing le hizo una seña con una mirada desconcertada. —Yu'er, ven aquí. Ayuda a tu tío a levantarse.

Su Shiyu permaneció clavado en el sitio. —Tío —dijo tras un momento de silencio—, no te lo dije cuando me lo preguntaste aquel día, pero la señora Zheng Wan sí dijo algo.

«¿Qué?».

«Si se conocían, ¿por qué recurrir a un acto tan cruel?».

Su Xing sonrió, observando al jefe de oficina tirado en el suelo. «Cierto. ¿Quién hubiera pensado que después de servir a Zheng Wan durante tanto tiempo, aún sería capaz de un asesinato tan brutal?».

Su Shiyu siguió observándolo y repitió: «Si se conocían tan bien, ¿por qué recurrir a un acto tan cruel?». Su voz era suave y cada palabra era clara.

Su Xing vaciló y su expresión cambió ligeramente. «... ¿Qué quieres decir?».

Su Shiyu comentó con frialdad: «Zheng Wan te conoce desde hace años y el empleado sigue a tu entera disposición. Tío, ¿por qué recurras a medidas tan crueles?».

Chu Mingyun miró fijamente a los dos hombres mientras cruzaba los brazos y se apoyaba casualmente contra la pared para observar la escena con fría indiferencia.

La expresión de Su Xing se ensombreció por completo. «Yu'er, ¿qué quieres decir con eso? ¿Me estás cuestionando?».

«Antes de esta noche, era una sospecha», respondió, con la mirada cada vez más intensa. «Ahora, es una certeza».

«¿Seguro de qué? ¿Seguro de que cometí el asesinato?», preguntó Su Xing incrédulo. «¡Soy tu propio tío, unido a ti por lazos de sangre! Te llevé en brazos cuando eras niño, te llevé a disfrutar del paisaje primaveral. ¿Lo has olvidado?».

Su Shiyu soltó una risa débil y baja. —Tu sobrino lo recuerda bien. No solo eso, recuerdo cuando servías como Fufeng Derecho y supervisabas la construcción de esta prisión acuática. Me trajiste aquí entonces y me revelaste los mecanismos

ocultos que habías escondido en su interior. —Levantó la mirada para encontrarse con la de Su Xing—. ... Me temo que quien lo ha olvidado eres tú.

Las pupilas de Su Xing se contrajeron bruscamente, seguidas de un temblor de furia que sacudió todo su cuerpo. «¿Y qué si hay trampas? ¿De verdad crees que te haría daño?».

Su Shiyu bajó la mirada y permaneció en silencio durante un largo momento antes de continuar: «¿Recuerdas las palabras que mi tía me transmitió cuando llegué, tío?».

—Cuando pasé por Jinling de camino a mi nuevo puesto, me encontré con tu tía. Me dijo que tu período de luto había terminado hacía casi un año. Como Du Yue también está en Chang'an, si te demoras más, ella vendrá personalmente a arreglar tus asuntos. Además, así tendría la oportunidad de ver a su hijo.

—Me dijo que tu período de luto había terminado hacía casi un año.

Mis padres fallecieron en el séptimo mes. En el octavo mes, Zheng Wan fue asesinado y tú fuiste nombrado para sucederlo como Fufeng Derecho. Mi tía es una mujer muy precisa; nunca confundiría las fechas del duelo, ni cometería un desliz al hablar. Entonces, ¿por qué viajaste a Chang'an antes del séptimo mes y no te has dejado ver en todo este tiempo?

Al llegar a Chang'an, te ocultaste en la Comandancia de Fufeng y orquestaste en secreto esta serie de asesinatos. A su llegada, hiciste que se culpara falsamente a Chu Mingyun. En dos días, utilizando a los carceleros como testigos, difundió rumores de que el Gran Comandante estaba tramando un asesinato. Luego, al eliminar al secretario que había actuado en su nombre, nadie pudo identificarlo. Al mismo tiempo, los atrajo a la mazmorra de agua. Una vez activado el mecanismo para matarlos, el resultado inevitable sería que el Gran Comandante aprovechara la oportunidad para atacar al Censor en Jefe, solo para fracasar. Ambas partes saldrían derrotadas. Sin testigos vivos, ¿qué conexión podría haber con su recién nombrado Fufeng Derecho?

El plan estaba meticulosamente elaborado, con la intención de que fuera impecable.

Su Shiyu lo observó todo con claridad, y sus deducciones coincidían punto por punto.

Su Xing se quedó paralizado durante un largo momento y luego bajó la cabeza. Sus hombros temblaban suavemente. Se estaba riendo. La risa se hizo más fuerte, resonando hueca en las paredes de la mazmorra. Cuando volvió a levantar la cabeza, su expresión se había vuelto fría. Clavó la mirada en Su Shiyu. «¿Me has sospechado desde entonces?».

Su Shiyu respondió secamente: «Vine aquí por órdenes, para investigar el caso».

—¡Ja, Su Shiyu! —Su Xing se burló con frialdad—. Qué buen hijo ha criado Su Jue, igual que tu padre... ¡No, tu padre no era ni de lejos tan malo como tú!

—¿El tío fue exiliado de la capital por la misma razón en aquel entonces?

«¡Yo no hice nada malo en aquel entonces! ¡Sin embargo, Su Jue me exilió con el pretexto de "intenciones impuras"!». Ahora que se había quitado la máscara, Su Xing no se contuvo. «¿Y qué si mis intenciones eran impuras? ¿Acaso ese novato de Li Yanzhen es siquiera digno de ser soberano? No me interesa participar en tus juegos infantiles».

«... ¿Así que ahora el tío ha elegido otro árbol en el que posarse?».

«¿O debería seguir el ejemplo de tu padre y tu hijo? ¡Vuestras cabezas solo están llenas de la rígida jerarquía entre gobernantes y súbditos, pero os negáis a abrir los ojos y ver en qué estado se encuentra el reino! Tras años de agitación y desastres naturales incesantes, ¿de verdad creéis que este respiro fugaz anuncia el amanecer de la paz? ¡Despertad! ¡Ese incompetente y tonto de Li Yanzhen es totalmente irremediable!». «Tío, cuida tu lengua». Su Shiyu frunció ligeramente el ceño.

«No me llames tío», se burló Su Xing. «Ahora lo veo claro. Sí, es culpa mía por olvidar qué tipo de hombre eres. No debería haber impedido que tu padre intentara matarte con una espada. ¡Entonces ahora no estaría lleno de remordimientos! «Hace tiempo que oí historias sobre el carácter del Gran Censor, y ahora veo que eran ciertas», señaló directamente a Su Shiyu. «¡Sin

corazón ni deseos, sin sangre ni lágrimas! ¡Sigue así y permanecerás solo y abandonado por el resto de tus días!».

¿Cómo podía un pariente consanguíneo albergar un odio tan venenoso?

La diatriba fue pronunciada con tal entusiasmo que Chu Mingyun no pudo evitar mirar a Su Shiyu. Su expresión permaneció impasible, tan imperturbable como siempre. Sin embargo, uno se preguntaba si esa fachada reflejaba realmente su interior, un corazón tan frío y duro que ni siquiera esas palabras podían conmoverlo.

Solo cuando Su Xing finalmente hizo una pausa, jadeando en busca de aire, Su Shiyu habló con calma: «Tu sobrino ha escuchado tus palabras. Te lo ruego, tío, llévame ante la justicia».

«¿Justicia? ¿Para sentarme en la cárcel a esperar tu interrogatorio antes de la ejecución?», Su Xing se tambaleó hacia adelante de forma inestable. «¡No necesitaré tus manos para hacerlo!». Golpeó con la palma de la mano la pared que tenía al lado. Con un chasquido seco, se activó un mecanismo que hizo que una parte del techo de piedra se derrumbara. Cayó al suelo a pocos metros de Su Shiyu con un estruendo atronador, cuyo impacto ensordecedor resonó en toda la sala.

La sangre brotó lentamente de la grieta de la piedra caída y se abrió camino por el suelo hasta llegar al borde de sus botas. Se produjo un momento de silencio.

—¿Señor Su? —llamó Chu Mingyun con cautela.

Su Shiyu se volvió. —Vamos. Enviaremos a unos hombres a limpiar este lugar después del amanecer.

Chu Mingyun lo siguió y, tras una pausa, comentó: —El señor Su y su padre... ¿parece que las relaciones entre ustedes son tensas? Su elección de palabras fue inusualmente diplomática.

—No hay que darle más vueltas. Mi padre simplemente tiene un carácter bastante malhumorado —respondió con un tono tan ligero como la brisa.

—Bueno, pues... —Chu Mingyun observó su figura mientras se alejaba—. Algunas tabernas de por aquí permanecen abiertas toda la noche. Si te sientes preocupado, podría acompañarte a tomar una copa o dos.

Su Shiyu pareció reírse suavemente. «Hay que resolver el caso de asesinato. Tú y yo por fin hemos cumplido el mandato imperial. ¿Por qué iba a estar triste?».

«Entonces, ¿vamos a tomar algo para celebrar que se ha limpiado mi nombre?». Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas, y Chu Mingyun se detuvo, sintiéndose bastante tonto, algo poco habitual en él.

Inesperadamente, Su Shiyu se detuvo en seco, se volvió para mirarlo y sonrió levemente. «¿Está el señor Chu de humor para celebrar?».

«... No está mal».

«Entonces vamos».

Después de todo, la Comandancia de Fufeng era un lugar bullicioso. Aunque era tarde por la noche, la taberna seguía brillantemente iluminada, con algunos clientes ociosos que aún permanecían allí.

Chu Mingyun y Su Shiyu encontraron un lugar apartado en el piso de arriba y se sentaron uno frente al otro. El vino de sus copas estaba caliente y tenía un aroma rico y suave. Chu Mingyun no se apresuró a beber, sino que acunó la copa de porcelana para calentarse las manos mientras estudiaba atentamente la expresión de Su Shiyu.

Su Shiyu tomó un sorbo de vino, con la mirada aún baja. «¿Tengo algo en la cara?».

Chu Mingyun respondió con sinceridad: «Una flor, sin duda».

«...». Su Shiyu lo miró y se rió entre dientes. «No me había dado cuenta de que el señor Chu se emborrachaba tan rápido».

Chu Mingyun se rió suavemente y luego se detuvo, como si recordara algo. «Por cierto, dado que Su Xing es el cerebro y usted mencionó que el señor Mu, del Pabellón del Deleite Supremo, se dirigió a usted como "hermano mayor" anteriormente, él debe de ser el hijo de Su Xing, ¿verdad?».

Su Shiyu negó con la cabeza suavemente. «Mi tío no tiene hijos, solo dos hijas. Las he visto varias veces en casa de mi tía. La mayor está casada con un comerciante y la menor aún es una niña, no tiene ninguna relación con ese señor Mu. Además, a juzgar por el carácter de mi tío, es probable que su familia no supiera nada de sus acciones».

—Entonces, ¿quién es exactamente ese hombre al que te refieres como hermano mayor?

—Para ser sincero, yo mismo no lo sé muy bien —respondió Su Shiyu—. La familia Su ha servido en la administración pública durante generaciones. La mayoría de los miembros de la corte y del mundo en general tienen alguna conexión con nosotros. Entre mis compañeros, soy uno de los mayores. Hay innumerables personas que deberían dirigirse a mí como hermano mayor.

Chu Mingyun asintió con indiferencia. «¿Recuerdo que soy unos meses mayor que tú?».

Su Shiyu le lanzó una mirada imperceptible, pero no respondió.

Efectivamente, Chu Mingyun insistió: «Entonces, ¿por qué no me llamas "hermano"?».

Su Shiyu bajó la mirada para estudiar la taza de porcelana que tenía en la mano, aparentando no haber oído nada.

Chu Mingyun extendió la mano y rozó la muñeca de Su Shiyu con los dedos mientras agarraba la taza de vino. Se inclinó ligeramente y le sonrió. «Llámame hermano mayor y te invitaré a varias jarras más de buen vino. ¿Qué te parece?».

«.....»

«Tsk», Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño. «¿Por qué no me reconoces?»...

Así que puedes darte cuenta cuando alguien no quiere hablar contigo, ¿verdad?

Su Shiyu no pudo evitar reírse suavemente y bajó la mano. «Según la ley, los funcionarios de rango dos mil shi o superior no pueden formar hermandades juradas en privado».

Ser Gran Censor sin duda tenía sus ventajas: siempre se podían encontrar justificaciones tan convenientes.

Chu Mingyun tomó un sorbo de vino con desgana y comentó con indiferencia: «Dijiste que la familia de Su Xing no sabía nada de lo que había sucedido. Ahora que ha muerto así, ¿no te odiarán su esposa y sus hijos?».

Su Shiyu detuvo brevemente sus dedos, apretó con fuerza la copa y luego volvió a relajar la mano. «Quizás», respondió. «Pero mi tío cometió un delito grave. Según la ley, todo su clan puede verse implicado. Queda por ver si tendrán la oportunidad de albergar tal odio».

Chu Mingyun se quedó ligeramente paralizado. «¿Pretendes informar de esto con sinceridad?».

Su Shiyu lo miró con curiosidad. «¿Por qué no?».

«¿Eres consciente de que tú también perteneces a los nueve clanes?».

«Soy muy consciente», respondió Su Shiyu con frialdad.

Chu Mingyun lo observó con una expresión compleja. «Entonces, magistrado Su, esto equivale a... sellar tu propia ejecución».

«La ley lo dicta, así que debe cumplirse». Su Shiyu volvió a llenar las dos tazas. «Pero aún no hay nada decidido. Debemos registrar la residencia de mi tío antes de llegar a ninguna conclusión».

«Después del registro, es probable que los delitos de Su Xing se multipliquen».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa, sin ofrecer ninguna respuesta.

Chu Mingyun vació su copa y apoyó la barbilla en una mano mientras observaba la mano de largos dedos de Su Shiyu que sostenía el recipiente. El puño bordado en plata se había deslizado ligeramente, dejando al descubierto una muñeca delgada. Bajó los párpados, ocultando la profundidad de sus ojos negros como la tinta, una imagen de elegancia consumada. De repente, soltó: «Si murieras así... en realidad me sentiría bastante triste».

Su Shiyu reflexionó seriamente sobre el comentario, pero no logró discernir su verdadero significado. Al no ver ningún rastro de broma en la expresión de Chu Mingyun, ni ningún indicio de burla, decidió interpretarlo como un consuelo. Con una leve sonrisa, respondió: «Gracias por tu preocupación». Luego desvió la conversación hacia otro tema y añadió: «En efecto, un hombre del calibre de Chu Mingyun es realmente raro en este mundo».

«¿Por qué?».

«Alguien con tu forma de hablar probablemente sería derrotado por nueve de cada diez, quedando solo los excepcionalmente hábiles, algo realmente poco común», comentó Su Shiyu con una sonrisa.

El excepcionalmente hábil Chu Mingyun sonrió impasible: «Lo mismo digo».

Su Shiyu no respondió, sino que se sirvió otra taza. Cuando el líquido tocó sus labios, notó que se había enfriado ligeramente y, al deslizarse por su garganta, lo invadió por completo.

Siguió un largo silencio, roto solo por un suspiro casi inaudible. De repente, una mano se posó sobre su frente. Su Shiyu levantó la vista sorprendido y vio a Chu Mingyun sonriéndole. Su expresión parecía ligeramente achispada, pero sus ojos eran claros y brillantes, reflejando la luz del cielo y las nubes.

«Dije que te invitaría a vino para celebrarlo. ¿Por qué sigues pareciendo tan preocupado?».

Su Shiyu lo miró fijamente, momentáneamente sin palabras. La yema del dedo de Chu Mingyun presionó su frente, trazando su curva con lento y deliberado cuidado, alisándola centímetro a centímetro con la máxima atención antes de detenerse en el borde exterior.

Su dedo estaba cálido, con un ligero aroma a vino, y la fragancia de sándalo se aferraba a sus mangas, distintiva para los sentidos de Su Shiyu. La piel tocada le produjo un ligero cosquilleo, despertando una emoción desconocida y peculiar que surgió de repente, fugaz y demasiado rápida para poder comprenderla por completo.

Chu Mingyun siguió observándolo así, luego de repente inclinó la cabeza y sonrió. —Ministro Su... —Sus hombros temblaron ligeramente—. Esa mirada tuya me da ganas de pellizcarte las mejillas.

—... —Su Shiyu retiró la mano en silencio. Tras una pausa, se encontró sonriendo a Chu Mingyun, cuyos ojos se arrugaron con diversión.

Una repentina frescura le rozó la mejilla, seguida del suave repiqueteo de la lluvia. Su Shiyu siguió la mirada de Chu Mingyun hacia la ventana. Afuera, una cortina de lluvia otoñal había despertado las linternas de todos los hogares.

capitulo 26

☆, [Capítulo 26]

En la residencia de Su Xing se descubrió una pila de cartas y varios sellos de hierro de propósito desconocido. Tras cotejar cada correspondencia con sus contactos en diversas facciones, el caso quedó completamente resuelto. Entre las cartas, la más antigua contenía pruebas claras e inequívocas de que Su Xing había jurado lealtad a otra parte. La carta estaba firmada con el sello del príncipe de Huainan, un sello auténtico que era imposible falsificar.

Su Shiyu leyó la carta varias veces y no encontró ningún defecto, pero eso solo aumentó su confusión.

Era de esperar que este caso de asesinato estuviera relacionado con los incidentes anteriores. De hecho, las pruebas esta vez eran aún más concluyentes, lo que permitía determinar que el príncipe de Huainan era el cerebro detrás de todo. Sin embargo, si esa conclusión era cierta, ¿significaba eso que sus sospechas anteriores habían sido meras especulaciones? ¿Acaso todos los hechos habían estado ante él desde el principio, tan claros como el agua?

—Yu'er. —De repente, se oyó una voz familiar.

Su Shiyu volvió a prestar atención, dudó un momento y luego se dio la vuelta lentamente.

A varios pasos de distancia había una mujer digna, con la mano entrelazada con la de una niña de no más de seis o siete años. Miró directamente a Su Shiyu y, tirando de la niña, atravesó paso a paso el patio lleno de oficiales que patrullaban y realizaban su búsqueda, dirigiéndose directamente hacia él.

Su Shiyu bajó ligeramente la mirada y, con una leve sonrisa en los labios, se dirigió a ella con respeto: «Tía».

La mujer se detuvo ante él, en silencio, y de repente levantó la mano, con la palma lista para golpear. Su Shiyu permaneció inmóvil, con la mirada baja.

Sin embargo, antes de que su mano pudiera golpear, otra la agarró. Ella miró furiosa al hombre vestido de azul que había aparecido de repente. «¡Suéltame!».

La voz de Chu Mingyun era fría como el hielo. «Señora Su, haría bien en considerar las consecuencias de insultar a un funcionario de la corte imperial».

Los ojos de la mujer se enrojecían al instante, y todo su cuerpo temblaba de rabia. «¡Suélteme! ¡Suéltelo!».

La joven que estaba a su lado, desconcertada por el alboroto, estaba completamente aterrorizada. Su pequeño cuerpo se agitaba impotente, intentando en vano tirar de su madre hacia atrás. Dándose la vuelta, se abalanzó hacia Su Shiyu como para protegerlo, con la voz cargada de miedo. «¡Mamá, no le pegues! ¡No le pegues al hermano!».

Su Shiyu se agachó para atraparla, pero la mujer se liberó de repente del agarre de Chu Mingyun con un tirón violento, tirando de ella hacia atrás. La mano extendida de Su Shiyu agarró el aire.

«¡Hermano! ¡Por favor, mamá, no le pegues!».

Agarró la manga de la mujer con pánico, con la voz casi quebrándose en lágrimas.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la mujer mientras se agachaba y abrazaba con fuerza a su hija. Volviéndose para mirar con ira a Su Shiyu, se dirigió a su hija: «Ying'er, ¿lo has visto bien? Dime, ¿qué parte de él se parece a tu hermano?».

Ying'er la miró sin comprender. «Pero... hermano Shiyu...».

«No lo es», siseó la mujer entre dientes. «¡Es el asesino de tu padre, un bastardo sin corazón!».

De repente, alzó la voz, lo suficientemente aguda como para que todo el patio la oyera. «¡Su Shiyu! ¡Desgraciado sin corazón! ¿Tu corazón está hecho de piedra? ¡Fuiste capaz de matar a tu propio tío! ¿Por qué no nos matas a los dos mientras estás en ello? De todos modos, ahora todos somos criminales. ¿Qué tienes que temer? ¡Adelante, hazlo!».

Su Shiyu permaneció en silencio durante un largo rato, luego suspiró levemente antes de darse la vuelta y volver a entrar en la casa.

La mujer se levantó para seguirlo, pero los oficiales la sujetaron rápidamente. Incapaz de liberarse, maldijo varias veces antes de deslizarse de rodillas, abrazar a su hija y llorar amargamente.

Chu Mingyun entró y observó la figura de Su Shiyu mientras se alejaba hasta que estuvo a su alcance. Sonrió. «¿Te abrazo?».

Su Shiyu giró la cabeza con una expresión compleja. «¿Acaso el señor Chu aún no ha despertado de su reposo vespertino?».

Chu Mingyun se rió entre dientes y luego bajó la mirada hacia los arañazos sangrientos de su muñeca. Con un profundo suspiro, murmuró: « ¿Por qué se atormenta así, magistrado Su? Si no hubiera investigado, habría sido mucho más sencillo culparme directamente a mí. Podría haber eliminado a su rival sin dañar a sus parientes y haber evitado tal difamación».

«Se equivoca, magistrado Chu», Su Shiyu dejó de ordenar las cartas y respondió con tono tranquilo pero firme. «Sean parientes o no, lo que está mal está mal».

Chu Mingyun lo miró divertido y, tras un momento, sacudió la cabeza con una sonrisa. «Realmente eres una piedra».

Una vez concluido el caso, Chu Mingyun y Su Shiyu regresaron a la capital para informar.

El resultado fue un triunfo para todos los involucrados, y toda la corte les felicitó. Sin embargo, la mirada dirigida a Su Shiyu era innegablemente compleja. En las casas de té, los susurros resonaban con admiración, declarando que el Gran Censor era verdaderamente despiadado hasta el punto de la crueldad.

Imperturbable, Su Shiyu procesó metódicamente el caso, recopilando los cargos y la sentencia antes de presentarlos al emperador Li Yanzhen para su revisión.

Después de examinar el memorial, Li Yanzhen le sonrió con ironía. «Ministro Su, sigue siendo tan imparcial como siempre. Realmente tiene la intención de implicarse en este asunto».

«Es lo correcto», respondió Su Shiyu con frialdad.

«Entonces me veré privado de un brazo de confianza», dijo el emperador Li Yanzhen, dejando el memorial sobre la mesa. «Dado que Su Xing se quitó la vida por temor al castigo, ¿por qué involucrar a sus familiares? Además, la ignorancia no es una defensa. Se debe proveer a su viuda y a su hija huérfana, y eso será suficiente».

—Su Majestad...

—No discuta conmigo como lo hizo la última vez —Li Yanzhen hizo un gesto con la mano para que se callara—. Su lealtad es tan clara como el día y la noche. Nunca dudaré de usted por los crímenes de Su Xing.

Su Shiyu bajó la mirada, sin responder.

Li Yanzhen suspiró profundamente. «Considérelo una recompensa por las generaciones de leal servicio de su familia. Este caso de asesinato ya se ha cobrado demasiadas vidas. El aire otoñal ya está lo suficientemente cargado de sangre; ¿por qué añadir más matanzas?».

Ante estas palabras, Su Shiyu esbozó lentamente una leve y anodina sonrisa. Sin decir nada más, se inclinó profundamente en señal de gratitud.

«Sin embargo», Li Yanzhen volvió a hojear el memorial, desconcertado, «¿por qué tu informe no menciona en absoluto al príncipe de Huainan?».

Su Shiyu se levantó, sacó otro memorial de su manga y lo presentó. «Su Majestad, estaba a punto de abordar este asunto».

«Cuando el emperador fundador estableció la dinastía Xia, otorgó feudos a los señores feudales para reforzar la casa real, estabilizar el reino y asegurar la estabilidad de la nueva dinastía. Sin embargo, ha pasado un siglo y los tiempos han cambiado. Liderados por el príncipe de Huainan, el poder de los señores feudales ha crecido hasta ocupar vastos territorios. Su arrogancia, extravagancia y libertinaje han fomentado la rebelión y la resistencia, lo que supone una amenaza palpable. Por lo tanto, es imperativo reducir los dominios feudales».

Li Yanzhen estudió el memorial que tenía en la mano. «¿El Decreto de los Favores?».

«Exactamente. Ordena a los señores feudales que otorguen favores privados enfeudando a sus descendientes: el hijo legítimo mayor hereda el título principesco, mientras que los demás hijos reciben porciones de tierra como marqueses. Sus marquesados compartirán condados con el pueblo llano y estarán bajo la jurisdicción de las respectivas comandancias. En nombre, se trata de un acto de benevolencia; en realidad, debilita su poder».

«Aunque suena honorable y el método parece suave, en última instancia infringe sus intereses. ¿De verdad no provocará resistencia?», preguntó Li Yanzhen.

Su Shiyu respondió: «Precisamente por eso aún no he revelado la conexión entre el caso de asesinato y el príncipe de Huainan».

«... Tus palabras, mi leal ministro, no las comprendo».

Al oír esto, Su Shiyu dejó que una leve y anodina sonrisa se dibujara lentamente en su rostro. Sin decir nada más, se inclinó profundamente en señal de agradecimiento.

«Sin embargo», Li Yanzhen volvió a hojear el memorial, desconcertado, «¿por qué su informe no menciona en absoluto al príncipe de Huainan?».

Su Shiyu se levantó, sacó otro memorial de su manga y lo presentó. «Su Excelencia, estaba a punto de abordar este asunto».

«Cuando el emperador fundador estableció la dinastía Xia, otorgó feudos a los señores feudales para reforzar la casa real, estabilizar el reino y asegurar la estabilidad de la nueva dinastía. Sin embargo, ha pasado un siglo y los tiempos han cambiado. Liderados por el príncipe de Huainan, el poder de los señores feudales ha crecido hasta alcanzar proporciones peligrosas. Controlan territorios que abarcan miles de li, se entregan a la arrogancia, el lujo y el libertinaje, mientras obstaculizan a las masas y se resisten a las órdenes imperiales. Se han convertido en una amenaza palpable. Por lo tanto, es imperativo reducir los dominios feudales».

Li Yanzhen examinó el memorial que tenía en la mano. «¿El Decreto de los Favores?».

«Exactamente. Ordena a los señores feudales que otorguen favores privados enfeudando a sus descendientes: el hijo legítimo mayor hereda el título principesco, mientras que los demás hijos reciben porciones de tierra como marqueses. Sus marquesados compartirán condados con el pueblo llano y estarán bajo la jurisdicción de las respectivas comandancias. En nombre, se trata de un acto de benevolencia; en realidad, debilita su poder».

«Aunque suena honorable y el método parece suave, sigue infringiendo sus intereses. ¿De verdad no provocará resistencia?», preguntó Li Yanzhen.

Su Shiyu respondió: «Precisamente por eso aún no he revelado la conexión entre los asesinatos y el príncipe de Huainan».

«... No comprendo sus palabras, mi ministro».

«Aunque esta serie de asesinatos representa una grave pérdida para la corte, también puede suponer una oportunidad, siempre que la utilicemos con prudencia. Revelar esa carta públicamente ahora reportaría escasos beneficios contra un señor feudal. Además, ha llegado el invierno, lo que dificulta los viajes y complica los asuntos de la corte, todo lo cual juega en nuestra contra. Con el caso Su Xing recientemente concluido, es probable que el príncipe esté en alerta máxima. Sería más prudente esperar hasta después del Año Nuevo. Para entonces, la vigilancia del príncipe de Huainan debería haber disminuido. Como Gran Censor, es mi deber inspeccionar los estados feudales en nombre de Su Majestad. Cuando viaje al feudo, el príncipe deberá recibirme en la frontera. Entonces podríamos detenerlo, escoltarlo de regreso a Chang'an y solo entonces hacer públicos sus crímenes. Su Majestad podría entonces utilizar esto como justificación para reducir el poder de los señores feudales.

—Que así sea, mi querido ministro.

Una vez concluido el asunto, Su Shiyu se despidió con una reverencia formal. Al salir del estudio imperial, levantó la vista y se encontró con alguien que se acercaba. Ligeramente adornada con cosméticos, con su adorno para el cabello

tintineando suavemente, le resultaba vagamente familiar: la consorte Jiang, recientemente seleccionada en el concurso de belleza imperial y ahora en gracia. Intercambiaron una reverencia cortés antes de separarse.

Sin embargo, detrás de Su Shiyu, Jiang Yuan se detuvo. Se volvió para observar su figura que se alejaba, con una expresión inescrutable. Solo cuando una doncella del palacio se lo recordó suavemente, esbozó una leve sonrisa antes de darse la vuelta y entrar en el estudio.

Mientras tanto, Su Shiyu apenas había puesto un pie en su residencia cuando una figura vestida de azul se abalanzó sobre él.

«¡Primo, por fin has vuelto! Escucha, no te enfades, tú... Oye, ¿por qué me miras así?».

Su Shiyu miró hacia atrás para confirmar que no había entrado en el lugar equivocado y luego se volvió hacia Du Yue. —¿Por qué has venido tan de repente?

—Me enteré del asunto del tío Su Xing... —declaró Du Yue con firmeza—. Pero ten por seguro que no te culpo. Fue culpa de mi tío. Primo, no tenías otra opción.

Su Shiyu se rió suavemente mientras entraban juntos en la mansión.
—Después de todos estos años, Yue se ha vuelto mucho más sensato.

—Siempre he sido sensato —Du Yue sonrió ante el cumplido. Se detuvo, recordó por qué había venido y rápidamente recuperó la compostura—. Primo, ¿no pareces molesto en absoluto?

«No se trata de felicidad o infelicidad. Lo hecho, hecho está». Su Shiyu lo miró divertido. «¿Has venido aquí esperando verme llorar?».

Du Yue pensó en la imagen de Su Shiyu llorando, pero le resultó imposible imaginarla. «Ahora que lo mencionas, supongo que me hubiera gustado verlo...».

Su Shiyu lo miró, lo que llevó a Du Yue a rectificar rápidamente sus palabras. «Ah, no, quiero decir, solo estaba preocupado por ti, así que le comenté a Qin Zhao y a ese tipo apellidado Chu que vendría a quedarme contigo un tiempo».

Su Shiyu pareció ligeramente sorprendido. «¿Qin Zhao estuvo de acuerdo?».

El rostro de Du Yue perdió al instante el brillo que tenía antes. «No, no sé qué le pasa, pero se negó rotundamente».

«¿Y luego?».

«Luego... bueno, luego terminamos discutiendo», Du Yue se rascó la cabeza. «Aunque en realidad no fue una discusión, simplemente no dijo ni una palabra. Terco como una mula. Así que me fui directamente. Ni siquiera cogí la ropa que había empacado. ¿Tienes alguna de sobra, primo? La de Su Bai también me serviría».

Su Shiyu observó su mirada perdida y esbozó una sonrisa resignada, decidiendo no insistir más.

Du Yue también se quedó en silencio, con la cabeza gacha. Después de un largo momento, soltó un profundo suspiro.

Simplemente no podía entender por qué Qin Zhao había reaccionado tan fuertemente ante algo tan razonable. Ahora que se había calmado, se dio cuenta de que él mismo se había excedido un poco. Pero volver ahora tampoco era una opción. Bueno... tendría que esperar unos días y luego buscar una oportunidad para disculparse cuando regresara. Después de todo, sus últimas palabras habían sido bastante duras...

—

—¡Qin Zhao, ¿qué demonios te pasa?! Ni mi propia madre me controla tanto. ¡Adónde voy es asunto mío, no tuyo!

Chu Mingyun llamó a una criada y, mirando a Qin Zhao, que permanecía inmóvil en el patio, le preguntó: «¿Cuánto tiempo lleva ahí parado?».

La criada respondió respetuosamente: «No se ha movido desde que se marchó el maestro Du, el boticario. Deben de haber pasado unas dos horas».

Chu Mingyun asintió, se acercó y se quedó mirando fijamente a Qin Zhao, que permanecía de pie con la mirada baja y en silencio, durante un buen rato. Tras pensarlo un momento, dijo: «Hermano menor, si no vas a cenar, no te esperaré».

Qin Zhao le lanzó una mirada inexpresiva, sin ofrecer ninguna respuesta.

Chu Mingyun soltó una risa ambigua e inclinó la cabeza para observarlo con atención. «Cara de hielo, ¿qué haces aquí parado? ¿Esperando a que Du Yue vuelva corriendo?».

Qin Zhao apretó los labios y cerró los puños con más fuerza.

—Hmph —Chu Mingyun resopló suavemente, y la diversión se desvaneció de su rostro mientras su tono se volvía frío—. Dijiste que no lo presionarías, pero ¿por qué no puedes dejarlo ir? Mientras él no comprenda tus sentimientos, esta no será la última vez.

Los ojos de Qin Zhao se oscurecieron y su voz se volvió ronca. «Maestro...».

Chu Mingyun se dio la vuelta y se alejó. «Tengo hambre».

“ ... ”

Qin Zhao echó otra mirada a la entrada desierta de la mansión antes de levantar finalmente el pie y seguir a Chu Mingyun.

capitulo 27

☆, [Capítulo 27]

Las hojas caen hechas jirones, el viento del norte sopla frío.

Pasó más de un mes antes de que la criada vestida con túnicas verdes anunciara en el salón que el maestro Du, el boticario, había regresado. Al oír esto, Qin Zhao se levantó bruscamente, con el rostro ensombrecido, pero se obligó a volver a sentarse. Chu Mingyun le miró y le dedicó una sonrisa ambigua antes de volver a pelar el kumquat que tenía en la mano.

Al poco tiempo, Du Yue se acercó lentamente a la puerta. Su corazón estaba lleno de aprensión, y ver que Qin Zhao apartaba la mirada no hizo más que aumentar su inquietud. Tras tartamudear un momento, logró decir con voz seca: «He vuelto».

Qin Zhao giró ligeramente la cabeza, con expresión oculta, sin ofrecer respuesta.

Chu Mingyun, en un raro arranque de amabilidad, se dirigió a él. «Vaya, vaya, ¿te acordaste de volver? ¿No te apetecía quedarte unos días más con tu primo?».

«Me encantaría», dijo Du Yue, armándose de valor para entrar y sentarse. «Pero parecía que allí estorbaba. Incluso Su Bai hace los recados más rápido que yo».

Con algunas personas, como Du Yue, realmente no se sabía si eran lentos de entendimiento o simplemente demasiado directos.

Chu Mingyun comía una naranja, saboreando la vista del cutis de Qin Zhao, más oscuro y sombrío después de más de un mes de tristeza.

Du Yue miró a Qin Zhao varias veces antes de armarse finalmente de valor para decir: «Qin Zhao... he vuelto».

Las palabras de Chu Mingyun de aquel día aún le dolían. Qin Zhao, que nunca era muy expresivo, ahora sentía que se le atragantaban en la garganta. Tras una larga pausa, respondió con voz ronca: «Mm». Después de pensarlo un momento, añadió: «Me alegro de que hayas vuelto».

Du Yue se sintió incómodo, sin saber qué más decir. Al volverse, vio a Chu Mingyun limpiarse las manos y levantarse para marcharse, dejando al descubierto una túnica púrpura bordada con motivos de castañas de agua. De repente, comentó sorprendido: «Ah, vi a mi primo con el mismo atuendo cuando salí».

«Mm». Chu Mingyun se alisó la túnica. «Hoy es el solsticio de invierno. La vestimenta ceremonial de los dignatarios civiles y militares es idéntica».

«¿Ah?», Du Yue se quedó paralizado. «¿Comer dumplings en Chang'an es un acontecimiento tan grandioso?».

Chu Mingyun hizo una pausa, reprimiendo una mirada de desdén hacia Du Yue. «... La Ceremonia del Sacrificio Celestial».

El Sacrificio Celestial del Solsticio de Invierno, para rezar por vientos y lluvias favorables, deseando que las montañas y los ríos prosperen.

Dentro del Palacio Weiyang, la música ceremonial flotaba en el aire. Las banderas ondeaban en el cielo, susurrando con la brisa. Los funcionarios se colocaron en filas ordenadas, liderados por Chu Mingyun y Su Shiyu, inclinándose profundamente en señal de reverencia.

Honrando el elemento agua y venerando el color negro, Li Yanzhen, vestido con túnicas imperiales de color negro puro, subió los escalones del altar. Ofreció jade y seda, recitando el verso ritual: «Con la llegada, todo es armonioso; con la parada, todo es solemne». Debajo del altar, la compañía de danza de ocho filas actuó, rezando por las bendiciones.

Chu Mingyun entrecerró ligeramente los ojos, observando la solemne grandeza. Sin quererlo, le vinieron a la mente las palabras de Su Xing: si esta era de prosperidad y esplendor era realmente solo un espejismo, frágil y fugaz.

El ritual concluyó y se celebró un gran banquete para los ministros. En el vasto salón, músicos y bailarines desfilaron sobre alfombras bordadas. Cuando comenzaron las melodías de la flauta sheng y los cantos, se desarrollaron elegantes danzas. Desde su asiento de honor, Li Yanzhen saludó con la mano,

declarando que era un día de desenfundada alegría. Los ministros brindaron e intercambiaron tostadas, y el ambiente se volvió ferviente al instante.

Chu Mingyun apoyó la barbilla en una mano y bebió vino con indiferencia. Sentado solo a la izquierda, su habitual ferocidad disuadió a la mayoría de acercarse a él para brindar. En comparación con Su Shiyu, que estaba constantemente asediada por pretendientes al otro lado del salón, Chu Mingyun disfrutaba de un agradable respiro del bullicio.

Sin embargo, apenas a mitad del banquete, su soledad se vio perturbada. Una doncella del palacio hizo una reverencia y murmuró: «Nuestra señora solicita su presencia. Le rogamos humildemente que nos honre con su presencia».

Chu Mingyun levantó una ceja. «¿Y si me niego?».

«Bueno...». Sorprendida por esta respuesta, tartamudeó: «Si Su Excelencia se niega, no podré informar de ello. Esperamos sinceramente que nos honre con su presencia».

Chu Mingyun sonrió con indiferencia, se levantó y la siguió fuera de la sala sin molestar a nadie.

Serpenteando entre las ramas, salieron junto al estanque Taiye. Una mujer con túnicas carmesí estaba de pie junto a las vastas aguas. Al verlo acercarse, le dedicó una elegante sonrisa. «Temía que no viniera, Excelencia».

La doncella del palacio que les había guiado se había retirado hacía tiempo. La mayoría de la gente se había reunido en el salón de banquetes, dejando solo a los dos junto al estanque Taiye. Chu Mingyun se inclinó y dijo: «La consorte me ha convocado. ¿Cómo podría atreverme a negarme? Pero ¿qué es lo que quiere de mí?».

Jiang Yuan lo miró y respondió: «No es nada importante. Simplemente, hoy se ha presentado una oportunidad única de verlo, mi señor, y no he podido resistirme».

«Su Señoría, hable con claridad».

Jiang Yuan apartó la mirada y contempló los pocos peces koi que se vislumbraban bajo la superficie del estanque Taiye. Habló lentamente: «Su Excelencia es un general de renombre en la corte, su fama llega muy lejos. Es el esposo ideal con el que muchas jóvenes sueñan en secreto... Yo, por supuesto, no soy una excepción... Por desgracia, ahora que he entrado en el palacio, parece que nuestros caminos no se cruzarán en esta vida».

Chu Mingyun se rió suavemente. «Esa táctica es bastante trillada». Esa estratagema para confesar sus sentimientos se había empleado con Su Shiyu medio año antes.

«¿Qué?», Jiang Yuan se volvió sorprendida, sin haber oído bien.

«Nada», respondió Chu Mingyun. «Si el destino no nos ha unido, ¿por qué Su Alteza ha llamado a esta sierva?».

Ella se acercó hasta quedar frente a él. «Entonces es... irresistible».

Chu Mingyun bajó la mirada hacia ella. Al no haber nadie más presente, prescindió de las formalidades. «¿No has oído que ahora prefiero la compañía de los hombres?».

Jiang Yuan inclinó ligeramente la cabeza. «Por supuesto que lo he oído. Sin embargo, la admiración no se extingue tan fácilmente».

Chu Mingyun se rió entre dientes y le pellizcó la barbilla a Jiang Yuan para levantarle el rostro. Su voz se volvió ronca cuando le preguntó: «¿Así que deseas compartir mi lecho?».

No pasó por alto el destello de pánico en los ojos de Jiang Yuan. Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras se obligaba a mirarlo con compostura. «Su Excelencia...».

«Es cierto que antes tenía algunas bellezas en mi residencia, pero no eran como tú». Chu Mingyun la interrumpió, soltándole la barbilla.

Jiang Yuan bajó rápidamente la cabeza, recuperando la compostura antes de preguntar: «¿En qué se diferenciaban?».

«Ellas...», Chu Mingyun la miró. «Todas tenían pechos».

Jiang Yuan se quedó paralizada, luego respiró hondo sin delatar sus emociones y logró recuperar la compostura.

Chu Mingyun se inclinó con una expresión de absoluta serenidad. «Este humilde servidor se despide».

Sorprendida, Jiang Yuan no pudo pensar en nada más que agarrarle de la manga. «¡Excelencia, quédese!».

Chu Mingyun se volvió hacia ella. Jiang Yuan soltó su agarre, sacó un saquito exquisitamente bordado de su manga y se lo puso en la mano. «A decir verdad, mi único propósito al venir hoy era entregarle este saquito a Su Excelencia».

«¿Puedo rechazarlo?», preguntó Chu Mingyun.

Muy lejos, detrás de Chu Mingyun, entre las enredadas ramas muertas, una figura púrpura se detuvo momentáneamente. Al verlos, se retiró en silencio. Jiang Yuan suspiró aliviada. «Es mi humilde muestra de afecto. Le ruego que la guarde bien». Sin decir nada más, hizo una reverencia a Chu Mingyun y se dio la vuelta para marcharse.

Chu Mingyun apretó la bolsa. Pesaba más de lo esperado. La abrió. Bajo las especias que la disimulaban, brillaba un borde de cobre. La sacó: era una llave de propósito desconocido. Tras pensarlo un momento, la volvió a meter dentro y lanzó la bolsa al estanque con indiferencia.

Se oyó un ruido sordo cuando se hundió hasta el fondo.

Cuando Chu Mingyun regresó al salón, los ministros reunidos ya estaban completamente ebrios, con las orejas enrojecidas por el vino. Jiang Yuan estaba atendiendo a Li Yanzhen. Echó un vistazo casual a su alrededor y notó que la multitud que rodeaba a Su Shiyu se había dispersado. Dio media vuelta, se acercó y se sentó. —Ministro Su, ¿me acompañaría a tomar unas copas más?

Su Shiyu se volvió hacia él, sin mostrar signos de embriaguez, aunque su expresión delataba un atisbo de vacilación.

—¿Qué pasa?

Su Shiyu bajó la voz. —Tú...

El capitán de la guardia entró de repente en la sala, atravesando rápidamente entre los ministros arrodillados. —¡Su Majestad! ¡Han robado en el Pabellón Tianlu!

Los ministros se sobriedaron al instante, mientras que Li Yanzhen, apoyando la frente, todavía algo aturdido, preguntó: «¿Qué ha pasado?».

«¡Han robado en el Pabellón Tianlu! El guardia de servicio fue encontrado inconsciente. ¡Las dos llaves del pabellón han desaparecido y todos los registros sellados han sido abiertos!».

Los ministros intercambiaron miradas desconcertadas, completamente perplejos. El Pabellón Tianlu, situado dentro del Palacio Weiyang, había servido durante mucho tiempo como depósito de importantes textos literarios y edictos imperiales. Aunque era innegablemente significativo, era un lugar al que pocos prestaban mucha atención. Ahora, este inexplicable robo los dejaba completamente desconcertados en cuanto al propósito que podría tener.

Li Yanzhen también lo entendía claramente y preguntó: «¿Qué se ha perdido exactamente?».

«Bueno...», respondió con dificultad el capitán de la guardia, «el volumen de pergaminos que hay en el pabellón es inmenso y aún no hemos podido determinar su alcance total».

Li Yanzhen, que aún sentía los efectos de la bebida, se frotó las sienes y permaneció en silencio durante un momento. Jiang Yuan lo miró, respiró hondo y dijo: «Su Majestad, permita a esta humilde sirvienta indagar más». Sacó una llave de latón de su manga y se dirigió al capitán de la guardia: «¿Es esta la llave que falta?».

El capitán de la guardia se sorprendió y confirmó apresuradamente: «¡Sí, es ella! ... Pero ¿cómo la tiene Su Alteza?».

Jiang Yuan se encontró con la mirada inquisitiva de Li Yanzhen y explicó lentamente: «Hace un momento, cuando salí a tomar el aire, vi por casualidad a un caballero recoger esta llave del suelo. Tenía la intención de que alguien se la devolviera cuando terminara el banquete». Mientras hablaba, sus ojos se desviaron hacia el asiento de la derecha.

El asiento de la derecha estaba reservado para el Gran Censor Su Shiyu, aunque en ese momento Chu Mingyun también lo ocupaba. Su mirada se cruzó con la de Jiang Yuan y, de repente, las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa que denotaba cierto peligro.

Todas las miradas lo siguieron. Li Yanzhen preguntó: «¿A quién ha visto mi amada consorte?».

«¿Es necesario que Su Majestad pregunte?», intervino directamente el ministro de Justicia Lu Shi. «¿No hay más que un funcionario en este banquete que lleva tanto tiempo ausente?».

Chu Mingyun le lanzó una mirada impaciente. Aunque sabía que este viejo cascarrabias siempre le había tenido aversión, no esperaba que la aversión del hombre llegara al extremo de espiarlo en un banquete.

Justo cuando Jiang Yuan estaba a punto de hablar, Su Shiyu se le adelantó. «Ministro Lu, yo también salí del salón antes».

«¡Por supuesto que no me refería a ti!», se apresuró a explicar Lu Shi.

Su Shiyu sonrió levemente, desviando la mirada hacia Jiang Yuan y suavizando el tono. «Qué casualidad. Acabo de encontrarme con el ministro Chu a la salida de la sala, hablando de algunos casos anteriores. No me he alejado mucho. ¿Puedo preguntarte a quién has visto?».

La expresión de Jiang Yuan se tensó de repente mientras miraba a Su Shiyu, con incredulidad palpable.

Chu Mingyun observó la descarada mentira de Su Shiyu con total asombro.

Jiang Yuan bajó las pestañas. «Si el honorable censor lo dice, debe de ser que me he equivocado».

Un murmullo recorrió la sala. La facción Chu, naturalmente, se enfureció, mientras que la mayoría de la facción Su, como Lu Shi, se sintió discretamente satisfecha al ver a Chu Mingyun en apuros. Sin embargo, la intervención de Su Shiyu los dejó a todos en un estado de incómoda confusión.

«¿Cómo puede ser eso?», se rió Su Shiyu en voz baja. «Si Su Alteza se equivocó, ¿cómo consiguió la llave?».

Jiang Yuan titubeó, incapaz de responder. Chu Mingyun intervino entonces con frialdad: «No hay necesidad de complicarlo tanto. ¿No se dijo que había dos llaves? Se puede determinar si son auténticas o no mediante una búsqueda». Hizo una pausa y su sonrisa se hizo más profunda. «Sin embargo, si no se encuentra la llave restante, entonces realmente se me está haciendo una injusticia».

De repente, una mano cubrió la de ella, que aún agarraba la manga. Jiang Yuan levantó la vista sorprendida. Li Yanzhen le sonrió y finalmente dijo: «Ya basta. Este banquete debía ser una ocasión alegre. ¿Por qué estropearlo con discordia?».

—Su Majestad...

—Solo son unos cuantos libros de contabilidad, nada importante. Puede retirarse.
—Li Yanzhen levantó la mano y el capitán de la guardia se marchó obedeciendo su orden—. ¡Que continúe la música!

La danza y la música se reanudaron. Se sirvió vino y se llenaron las copas. El malestar se desvaneció como el humo y las nubes, olvidado con cada copa que se vaciaba.

Su Shiyu tomó un pequeño sorbo sin pestañear y luego le preguntó a Chu Mingyun, que lo miraba fijamente: «¿Qué has visto?».

«Ministro Su, creo que tu piel no es mucho más fina que la mía. ¿Por qué no me dejas comprobarlo por mí mismo?».

Su Shiyu bajó la mirada y sonrió levemente, mirándolo antes de murmurar: «Es cierto que te vi antes».

«¿Hmm?».

«Una asistente del palacio dijo que alguien quería verme. Me llevó al borde de la piscina Taiye y luego desapareció. Fue entonces cuando te vi a ti y a la consorte Jiang».

«Dijo que le gustaba. ¿Ni siquiera sientes un poco de celos?», Chu Mingyun lo miró con una sonrisa juguetona.

Su Shiyu no respondió, sino que sacó sus propias conclusiones. «Esa dama de compañía parece bastante preocupada. Sin embargo, Su Majestad la favorece enormemente. Como ministros ajenos a la corte interior, no nos corresponde entrometernos en los asuntos del palacio. Solo podemos mantener una atenta vigilancia».

Chu Mingyun, sin embargo, no se mostró preocupado. «Entonces, ¿por qué me ayudaste?».

Su Shiyu reflexionó brevemente. «Considéralo el pago de una deuda». Hizo una pausa y luego aclaró: «Por protegerme de esa flecha en la mazmorra de Song Heng».

Chu Mingyun lo estudió por un momento antes de soltar una suave risita. «Realmente eres...».

¿Qué exactamente? Las palabras se le escapaban.

Incluso después de que el banquete terminara y regresaran a la alcoba, Jiang Yuan todavía se sentía algo aturdida.

Se le había ordenado cubrir el Pabellón Tianlu, ya preparada para morir, con la única esperanza de utilizar a Su Shiyu para debilitar las fuerzas de Chu Mingyun.

Sin embargo, Su Shiyu, por razones desconocidas, había rechazado dos veces una oportunidad tan dorada que se le había presentado. En el momento en que él habló en defensa de Chu Mingyun, Jiang Yuan ya había agarrado el veneno que ocultaba en su manga. Sin embargo, por pura casualidad, Li Yanzhen le había agarrado la muñeca. Este joven emperador, tan poco versado en los entresijos del poder, zanjó el asunto con unas pocas palabras y realmente no lo investigó más.

«¿Por qué estás tan pálida?», preguntó Li Yanzhen mientras las sirvientas del palacio le quitaban la túnica exterior y se volvía para mirarla.

Jiang Yuan se recompuso apresuradamente y negó con la cabeza.

Li Yanzhen se acercó con una sonrisa. «¿Sigues pensando en el robo del Pabellón Tianlu?». Al ver que Jiang Yuan permanecía en silencio, le tomó la mano. «Aunque yo tampoco tengo claras las circunstancias, no debes darle más vueltas. Mi confianza en ti es suficiente».

Jiang Yuan se quedó paralizada, con las emociones tan enredadas que apenas podía discernir sus propios sentimientos. Bajó la mirada hacia la mano de Li Yanzhen, una mano de notable delicadeza. Había manejado memoriales, empuñado pinceles y herramientas de grabado, pero nunca se había manchado con el más mínimo rastro de sangre. Al igual que el propio hombre, era demasiado gentil, demasiado suave, diferente de lo que uno esperaría de un emperador.

Suspiró para sus adentros. Qué muchacho tan tonto.

capitulo 28

☆, [Capítulo 28]

Las tierras del norte están cubiertas de nieve y, a medida que se acerca la víspera de Año Nuevo, la nieve cae cada vez con más intensidad. Se acumula hasta cubrir la tierra y el cielo, solo para ser arrastrada de nuevo por los fuertes vientos, girando sin cesar en el aire. En Chang'an, hace tiempo que se han colgado linternas en lo alto; el rojo intenso brilla contra la nieve blanca, creando una escena de alegría festiva que parece disipar gran parte del frío de los huesos.

Los asuntos de la corte se redujeron y los funcionarios de todos los rangos esperaban con ansias las vacaciones de Año Nuevo, deseosos de disfrutar del ocio en casa.

El Palacio de la Paz Eterna yacía cubierto de plata, con la nieve y el viento azotando el exterior, mientras que el calor impregnaba los salones del interior.

Después de escuchar el informe, Li Yanzhen comentó de repente: «Hablando de eso, ¿el ministro Su y el ministro Chu parecen haberse vuelto bastante cercanos últimamente?».

Chu Mingyun levantó una ceja y se rió suavemente, a punto de responder, cuando Su Shiyu intervino: «Su Excelencia y yo hemos tenido muchos asuntos oficiales que tratar estos últimos días, por lo que es inevitable que hayamos aumentado el contacto. Además, tras haber servido en la misma corte durante muchos años, nuestra relación siempre ha sido armoniosa. ¿Cómo se puede hablar de una repentina cercanía?».

Chu Mingyun no recordaba en absoluto haber tenido nunca una relación tan armoniosa con Su Shiyu.

«Así es», asintió el emperador Li Yanzhen, volviéndose hacia Su Shiyu con una sonrisa. «El año está llegando a su fin. Una vez resueltos los asuntos de la Censoría, tendrás algo de tiempo libre antes de que la corte se reúna de nuevo en el nuevo año, ¿no es así?».

«Así es», respondió Su Shiyu. «Aunque hay algunos alborotadores ocasionales que pervierten la justicia, la administración sigue siendo en gran medida recta y ordenada, lo que da testimonio de la diligencia de Su Majestad».

«Eso no es lo que quería discutir», Li Yanzhen lo despidió con un gesto, mirándolo fijamente. «Ya que no tienes deberes urgentes, ¿por qué no te quedas en el palacio para hacerme compañía en Nochevieja después de que se levante la sesión? Quédate conmigo para recibir el año nuevo».

Chu Mingyun, de pie cerca de ellos, observó a la pareja con una mirada fugaz antes de esbozar una sonrisa ambigua y optar por el silencio en lugar de interrumpir.

Su Shiyu se sorprendió visiblemente y, tras confirmar que no había oído mal, respondió: «Su Majestad me honra con esta petición, pero me temo que no puedo acceder a ella».

«¿Por qué no?», insistió Li Yanzhen.

«A fin de año, Su Majestad debe reunirse con sus consortes para las festividades. Mezclarse con funcionarios externos entre ellos es realmente inaudito».

«Entonces no los convoques. Que seamos solo tú y yo».

Su Shiyu lo miró y suspiró con impotencia. «Eso violaría aún más gravemente los ritos y protocolos ancestrales. Sin duda provocaría censura».

«Soy el soberano del reino. ¿Quién se atrevería a criticarme? Solo dime si aceptas o rechazas».

«Mi deber es supervisar a los funcionarios. ¿Cómo podría sentar un precedente ignorando la ley?». Su Shiyu se arrodilló sobre una rodilla. «Su Majestad, agradezco su amabilidad, pero debo rechazarlo».

«Ministro Su», murmuró Li Yanzhen, con un tono teñido de descontento, «cuando yo era príncipe heredero, usted permaneció a mi lado en el palacio. ¿Por qué tanta reticencia ahora? Además, sus padres han fallecido. No le queda ningún familiar al que visitar. ¿Qué sentido tiene regresar solo a su residencia, privado de la reunión familiar?».

Su Shiyu inclinó la cabeza. Sin que los demás lo vieran, sus ojos se oscurecieron de repente y permaneció en silencio durante un momento.

El breve silencio hizo que Li Yanzhen se diera cuenta poco a poco de que había hablado fuera de lugar. Sin embargo, sus palabras habían sido ofrecidas con buena voluntad, y sería incómodo retractarse. Solo podía mirar fijamente a la figura que tenía delante, con un atisbo de inquietud visible.

Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, Su Shiyu se puso de pie, exhalando suavemente. Cuando levantó la mirada, estaba completamente inmóvil. «En ese momento, este siervo era el compañero de estudios de Su Majestad. Permanecer a su lado era totalmente apropiado. Pero los tiempos han cambiado». Hizo una pausa. «Además, ya que Su Majestad recuerda aquella ocasión, también debería recordar por qué se me prohibió regresar a casa aquella Nochevieja y se me confinó en el Palacio Oriental junto a usted». Su tono se volvió ligeramente más severo. «Su Majestad, por favor, tenga cuidado con sus palabras y acciones».

Li Yanzhen se quedó paralizado, abriendo y cerrando la boca sin emitir ningún sonido. Su mirada se desvió hacia Chu Mingyun, que estaba a su lado, antes de retirarse, y se quedó en silencio.

Chu Mingyun observó sus expresiones con gran interés antes de aclararse la garganta ligeramente. Con un toque de diversión, comentó: «Su Majestad no tiene por qué preocuparse por el ministro Su. Su primo se aloja actualmente en mi residencia. Si el ministro Su encuentra la soledad en la corte demasiado aburrida, seguramente lo visitará. Me aseguraré de que reciba la más cálida hospitalidad».

La insinuación en estas palabras era demasiado obvia. Su Shiyu lo miró con el ceño ligeramente fruncido, pero no replicó. Li Yanzhen miró fijamente a Chu Mingyun durante un momento antes de finalmente apartar la cabeza sin decir nada.

Cuando los dos hombres salieron del salón, estaba nevando. La vista lejana estaba cubierta de un manto blanco puro. Su Shiyu se detuvo de repente y miró hacia las nubes gris plomizo que cubrían el cielo. Tras un largo silencio, con el viento frío cortándole la garganta, llamó a Chu Mingyun, que ya se había adelantado varios pasos: «Ministro Chu».

Su voz se desintegró en fragmentos dispersos. Chu Mingyun se detuvo y se volvió hacia él. —¿Hmm?

Su Shiyu dio un paso más, y la nieve crujió suavemente bajo sus pies. De pie frente a él, esbozó lentamente una sonrisa. —Después de que se selle la víspera de Año Nuevo, una vez que regrese a casa para cambiarme a mi atuendo habitual, procederé. Le daré molestias.

«¿Venir?», preguntó Chu Mingyun sorprendido. «¿Desea visitar mi residencia, señor Su?».

«En efecto», respondió Su Shiyu. Su aliento formaba volutas de niebla blanca que se dispersaban en el aire. Contempló el tenue sol en la distancia, con tono amable. «Este invierno ha sido bastante frío».

Chu Mingyun no captó la insinuación. «... ¿Acaso... hay escasez de carbón en la residencia del señor Su?».

«No es que seamos pobres», respondió Su Shiyu con una leve sonrisa. «¿Qué pasa? Acabas de decir que me recibirías con los brazos abiertos. ¿Ya no me das la bienvenida?».

«En absoluto», se rió Chu Mingyun. «Estaré encantado de recibirte en cualquier momento».

Dos pares de huellas desaparecieron rápidamente bajo la nieve. Uno al lado del otro, se alejaron cada vez más, fundiéndose en el vasto y blanco paisaje.

Li Yanzhen tenía toda la razón. Regresar a la mansión significaba enfrentarse a otra noche solitaria, sentado en silencio ante la lápida conmemorativa. Y este invierno... hacía demasiado frío.

La víspera de Año Nuevo había estado bastante despejada, pero la nieve comenzó a caer abruptamente al acercarse el atardecer. Las nubes se acumularon en el cielo, la nieve se amontonó en el patio y el viento frío sacudió los marcos de las ventanas.

Qin Zhao cerró la ventana con fuerza y luego se volvió para mirar a la figura recostada en el suave sofá. Chu Mingyun hacía tiempo que se había quitado sus ropas oficiales y ahora sostenía un calentador de manos con una mano. Tenía la mitad de la cara enterrada en la piel de zorro blanco, con los ojos cerrados como si estuviera profundamente dormido. Sus pestañas eran largas y rizadas, y su frente serena.

En el momento en que se oyeron los pasos de Qin Zhao, Chu Mingyun habló sin abrir los ojos. «¿Ha venido?».

«Todavía es bastante temprano», comentó Qin Zhao. «Pero, ya que Su Shiyu va a venir, ¿no deberíamos decorar la casa?». Su mirada recorrió el mobiliario, que seguía igual que en días anteriores. «Me temo que, de todo Chang'an, nuestra casa es la que menos ambiente festivo tiene».

«¿Te parece que le falta festividad?», preguntó Chu Mingyun levantando lentamente los párpados, con una leve sonrisa burlona en los labios. «Entonces recortemos algunos caracteres auspiciosos para pegarlos en las puertas y ventanas, coloquemos velas rojas, melones y frutas, y sentémonos Su Shiyu y yo en el salón principal. Tú y Du Yue podéis poneros ropa nueva y presentaros en el salón. ¿Qué te parece?».

«Hermano mayor», Qin Zhao lo miró con expresión impasible.

Después de ese día, aunque Qin Zhao y Du Yue se habían reconciliado y aparentaban estar bien, sus interacciones se volvieron cada vez más sofocantes. Qin Zhao, que albergaba sus propias preocupaciones, naturalmente permaneció en silencio. Du Yue, al notar su creciente reticencia, sabiamente también se mantuvo callado. Poco a poco, sus conversaciones disminuyeron.

Chu Mingyun se rió suavemente, ahorrándole más insistencia. Sentándose, se echó casualmente los mechones sueltos hacia atrás. —No hay necesidad de preparativos elaborados. Si Su Shiyu llega y no le parece satisfactorio, su pronta partida me vendría muy bien.

—¿Por qué querría venir aquí? —preguntó Qin Zhao—. ¿Porque Du Yue está aquí?

«¿Crees que Su Shiyu es como tú? Du Yue le resulta mucho menos atractivo». Chu Mingyun le lanzó una mirada antes de bajar los ojos para examinar el calentador de manos dorado. «Me pregunto qué estará tramando. Lo he pensado durante bastante tiempo y sigo sin entenderlo. Además —hizo una pausa, frunciendo ligeramente el ceño—, me pregunto si es solo mi imaginación, pero la actitud de Su Shiyu hacia mí parece considerablemente más cálida que antes.

Qin Zhao reflexionó por un momento. «Quizás sea porque han interactuado con más frecuencia. Ahora te considera un amigo».

«Hmph», se burló Chu Mingyun con frialdad, con un tono teñido de sarcasmo. «¿No te has dado cuenta? Las únicas personas con las que Su Shiyu se relaciona son como Du Yue, aquellos que dejan su cerebro en casa. Está claro que no le gusta involucrarse demasiado con personas demasiado intrigantes. En cuanto a mi carácter... No carezco por completo de conciencia de mí mismo».

«¿Y cuál es tu sugerencia, por favor?».

«Reforzar la seguridad en toda la finca y vigilar de cerca a los que trae Su Shiyu».

Después de permanecer ociosamente en la cámara interior durante un rato más, consideraron que se acercaba la hora y se levantaron para dirigirse al salón principal.

La sala era espaciosa y aireada, con cuatro mesitas dispuestas en parejas una frente a otra. Junto a cada una había un pequeño brasero con carbón al rojo vivo que llenaba toda la habitación de calor. Los vientos fríos azotaban el lugar, trayendo consigo ráfagas de nieve que se derretían en gotas bajo los aleros bermellones.

Du Yue estaba agachado en un rincón, de espaldas a ellos, jugando con algo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Chu Mingyun.

Du Yue se giró, resoplando ligeramente, con los ojos brillantes de satisfacción. —No te lo voy a decir.

Chu Mingyun miró la pila de pirotecnia que Du Yue había colocado frente a él.
—Eres demasiado bajito para bloquearlo todo.

—¡Maldita sea! —Du Yue se puso de pie de un salto—. Tú...

Qin Zhao estaba detrás de Chu Mingyun, observándolo con ojos oscuros e indescifrables. El corazón de Chu Mingyun dio un vuelco. Rápidamente desvió la mirada, recordando que Qin Zhao probablemente todavía estaba enojado. Provocar a Chu Mingyun ahora podría significar que no lo protegería de nuevo. Al darse cuenta de la situación, murmuró: «¡Todavía soy un niño! Dame unos años más y seré más alto que tú».

Chu Mingyun lo oyó claramente, pero no se molestó en responder.

De repente, se oyeron pasos detrás de ellos. Una criada vestida con una túnica verde se apresuró a anunciar la llegada de alguien. Chu Mingyun dio una respuesta evasiva y se volvió hacia la entrada. Levantó la vista y se detuvo, ligeramente sorprendido.

En el patio, las flores de ciruelo carmesí florecían con fuerza. En medio de la nieve que se arremolinaba, apareció una figura. Cabello negro azabache como la tinta, túnicas blancas como la nieve como flores. Su Shiyu caminaba con paso firme por los ventisqueros, solo. Llevaba una sombrilla de bambú púrpura, con las mangas ondeando al viento. En ese instante, parecía como si la fría fragancia de las flores de ciruelo de invierno floreciera silenciosamente a su paso, mezclándose con la nieve que caía para posarse sobre sus hombros. Parecía una pincelada en una pintura a tinta, irradiando un aire de noble gracia y refinada elegancia.

«¡Maldita sea! ¡Mi primo es guapísimo!», exclamó Du Yue, que había aparecido a su lado sin previo aviso.

Chu Mingyun le lanzó una mirada, con los dedos ligeramente temblorosos mientras reprimía las ganas de golpearlo delante de Su Shiyu y Qin Zhao.

Su Shiyu ya había salido al pasillo. Detuvo la mano a medio cerrar el paraguas y se volvió hacia Du Yue. —Ah Yue, cuida tus modales.

«¡Primo! ¡Estás estupendo!», exclamó Du Yue con una amplia sonrisa, acercándose a él.

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa antes de volverse hacia Chu Mingyun con un ligero gesto de asentimiento. «Ministro Chu, le pido disculpas por haberle hecho esperar».

«No ha sido mucho tiempo», respondió Chu Mingyun, mirando hacia fuera. «Ministro Su, ¿ha venido solo?».

«Tenía intención de venir solo. ¿Por qué traer a otros?», preguntó Su Shiyu, sonriéndole.

Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja. «Solo era una pregunta».

Tomaron asiento en la mesa del banquete junto a Su Shiyu. Se sirvió té y platos sucesivamente, cuyo vapor humeante resultaba tentador. Chu Mingyun se deslizó silenciosamente de la mesa y se retiró a las sombras más allá del pasillo. «¿Y bien?», preguntó.

El guardia de las sombras informó: «Mi señor, la mansión y sus alrededores han sido registrados minuciosamente. No se ha encontrado a ningún individuo sospechoso».

«...», Chu Mingyun miró desconcertado a Su Shiyu, que conversaba con Du Yue en el salón, frunciendo lentamente el ceño. «... Entonces, realmente está solo».

Su Shiyu giró repentinamente la cabeza como si sintiera algo y se encontró con la mirada de Chu Mingyun. Sus ojos se cruzaron. Antes de que Chu Mingyun pudiera reaccionar, Su Shiyu esbozó una leve sonrisa y apartó la mirada.

Una brisa fresca y fría que traía el aroma de las flores de ciruelo se coló en el pasillo. Tras un momento de silencio, murmuró: «Entendido. Pueden retirarse todos».

Después de la cena, las sirvientas recogieron los platos y sirvieron vino caliente con kumquats antes de marcharse, dejando a los cuatro continuar con su vigilia de Nochevieja.

De repente, el amplio salón principal se sintió bastante vacío. Du Yue, aferrándose a su copa, se acercó arrastrando los pies para sentarse junto a Su Shiyu y se rió entre dientes: «¡Te haré compañía, primo!».

Chu Mingyun miró de reojo. Qin Zhao estaba sentado con expresión impasible, con la mirada baja, sin mostrar ninguna intención de mirar en esa dirección. Él se rió suavemente y acercó su asiento al de Su Shiyu. «Él será mi compañero, naturalmente. ¿Qué te hace pensar que es tu turno?».

Los otros tres presentes lo miraron con leve sorpresa. Chu Mingyun, sin embargo, le sirvió a Su Shiyu una copa de vino sin prisa, y luego miró de reojo a Qin Zhao. «¿Por qué te sientas tan lejos?».

Qin Zhao entendió la insinuación. Tras dudar solo un momento, se acercó para unirse a ellos. Con los cuatro ahora reunidos alrededor del brasero, la sala parecía aún más vacía. Su Shiyu sorbió su vino, con la mirada fija en Du Yue, que miraba con torpeza a Qin Zhao. Él se limitó a sonreír sin hacer ningún comentario.

Du Yue apartó rápidamente la mirada, murmuró entre dientes y luego fijó su atención en las tazas que tenía delante. Al instante, protestó: «¿Por qué el mío es té?».

Chu Mingyun respondió con lentitud: «Demasiado vino atrofia tu crecimiento. Aún eres un niño».

Du Yue tembló mientras lo señalaba. «Maldita sea...». Su Shiyu lo miró y Du Yue se obligó a corregirse. «... Después de todo este duro trabajo, sigues exprimiéndome en Año Nuevo».

Su Shiyu apartó la mirada y se rió entre dientes. «¿No eras tú la que siempre caía después de una sola taza? El té está igual de bien».

«Eso no tiene ninguna gracia», frunció el ceño Du Yue. «Además, primo, ¿cuántos años han pasado? Ya no soy el mismo. No me desmayo después de un trago. ¿No me crees? Hazme beber uno y verás».

Su Shiyu se rió entre dientes. «Te tomaré la palabra».

Du Yue se atragantó con sus palabras y su mirada se cruzó con la expresión divertida de Chu Mingyun. Una intensa ola de irritación lo invadió. Apuró su taza de té y, de repente, agarró la petaca de vino y llenó su taza hasta el borde. La inclinó hacia atrás con un movimiento rápido y fluido, y su mirada triunfante se encontró con la mirada preocupada de Qin Zhao mientras levantaba la taza vacía. «¿Ves? Te dije que estaba bien». Qin Zhao observó cómo se sonrojaba, pero sus ojos permanecían claros y lúcidos, momentáneamente desconcertado. Du Yue se sirvió alegremente otra taza, mirando a Chu Mingyun y Su Shiyu mientras daba un sorbo. «Te lo dije...». Su voz se apagó cuando su agarre se aflojó inconscientemente. Su cabeza se ladeó y se desplomó sobre Qin Zhao, que estaba a su lado.

Qin Zhao reaccionó rápidamente, con un brazo sujetando a Du Yue y con el otro recuperando la taza y volviéndola a colocar sobre la mesa.

Chu Mingyun pasó casualmente un brazo por los hombros de Su Shiyu, silbando con admiración. —Ministro Su, su primo realmente dice la verdad. Uno se pregunta cómo ha logrado desarrollar una tolerancia tan limitada a lo largo de los años.

Su Shiyu no respondió y retiró la mano en silencio.

Qin Zhao miró a la figura desplomada en sus brazos. Tras un momento de vacilación, levantó a Du Yue con cuidado. «Lo llevaré de vuelta a sus aposentos». Sin esperar respuesta, se levantó y salió.

La cabaña de medicinas desprendía un ligero y amargo aroma a hierbas, y la luz de la lámpara proyectaba un tenue resplandor. Qin Zhao se inclinó para acostar a Du Yue en la cama, pero Du Yue de repente extendió el brazo hacia atrás y tiró de su bata. Abrió los ojos y murmuró aturdido: «Yo... todavía puedo beber...».

—Mm. —Qin Zhao le soltó el cuello—. Ahora duerme.

—¿Eh? —Du Yue abrió los ojos de par en par. Lo miró fijamente durante un momento—. ¿Qin Zhao? ... Por fin me reconoces.

—No —respondió Qin Zhao, haciendo una pausa antes de añadir—: ¿Cómo podría ignorarte?

Recordó aquel invierno, vagamente similar a este.

Tras años de sequía, su familia huyó de la hambruna. Al pasar por la montaña Cangwu, se quedaron solo una noche. Cuando despertó, lo habían abandonado solo. Lo entendió: su hermano mayor podía trabajar, su hermano menor aún llevaba pañales. Solo él merecía ser abandonado. Lo entendió todo.

En aquel entonces, la nieve cubría las montañas, la escarcha azotaba los bosques y su rostro se congeló, quedando tan entumecido que ni siquiera el Sabio de la Medicina pudo hacer nada por él. A partir de ese día, ya no pudo volver a mostrar ni la más mínima expresión.

Hambriento y congelado, pero impulsado por una inexplicable voluntad de sobrevivir, se abalanzó sobre su discípulo mayor cuando se encontraron en las montañas. Naturalmente, este lo derribó y lo inmovilizó bajo sus pies. Los ojos juveniles de Chu Mingyun aún conservaban una sombra de tristeza. Lo miró fijamente durante un largo momento antes de soltar su pie. «... Así que al fin y al cabo es una persona».

Luchó por levantarse, pero se encontró demasiado débil. Al levantar la vista, vio a un niño que se apresuraba a alcanzar a Chu Mingyun. «¡Chu! ¡Si no me esperas, se lo diré a tu maestro!».

Chu Mingyun permaneció impasible. «Como quieras».

El niño lo vio entonces y sus ojos se iluminaron. Torpemente, ayudó a Chu Mingyun a ponerse de pie. «¿También has venido a buscar un maestro? ¿Eso significa que pronto tendré un discípulo menor?». La última pregunta iba dirigida a Chu Mingyun, quien solo respondió con una mirada fría.

Y en medio de ese largo y crudo invierno, finalmente sintió calor.

Nunca había imaginado que alguien vestido con una simple túnica azul pudiera irradiar calidez como el sol.

Sus pensamientos se remontaron al pasado. Qin Zhao volvió a murmurar: «... ¿Por qué iba a ignorarte?».

Pero había olvidado que Du Yue estaba borracho, completamente ajeno a sus palabras. Agarrándole la manga, el chico balbuceó incoherencias. Qin Zhao se inclinó para escuchar, con la expresión momentáneamente congelada.

La voz de Du Yue era débil y apenas audible, pero totalmente sincera: «... Lo siento, Qin Zhao. Lo siento. Yo... No debería haberte hablado así. Pero tú nunca me prestaste atención antes. Sé que me equivoqué. Qin Zhao, no me atreví a pedirte perdón. Qin Zhao, por favor, no te enfades... No te enfades conmigo...».

Su voz se apagó, la pizca de luz en sus ojos se desvaneció cuando los cerró por completo y cayó en un sueño profundo.

Un dolor amargo se apoderó del corazón de Qin Zhao, y se le formó un nudo en la garganta. Lo observó en silencio durante mucho, mucho tiempo antes de tomar su mano con vacilación. Finalmente, con voz áspera y ronca, murmuró: «... ¿Podrías... dejar de mirarlo todo el tiempo? Yo...».

Me gustas.

capitulo 29

☆, [Capítulo 29]

De repente, solo quedaron Chu Mingyun y Su Shiyu en la sala. El fuego de carbón crepitaba suavemente, mientras que fuera, el viento del norte aullaba con fuerza y caía una intensa nevada en remolinos. El patio, cubierto de nieve, brillaba pálidamente bajo la luz de la luna en la profunda y tranquila noche. Toda la residencia del Gran Mariscal estaba tan silenciosa que no se oía ni un solo sonido humano.

—Pensaba que mi propia residencia era lo suficientemente desolada, pero veo que la suya es igual de lúgubre —comentó Su Shiyu de repente.

—Nunca he celebrado las fiestas —respondió Chu Mingyun con una risita baja, hablando con naturalidad—. Cuando no hay necesidad de sirvientes, los despido a todos. Yo mismo no tengo un hogar al que volver, así que ¿por qué debería interrumpir las reuniones de aquellos que sí lo tienen?

Su Shiyu asintió en silencio y luego le ofreció con naturalidad el kumquat pelado que sostenía.

Chu Mingyun levantó una ceja ante esto y sonrió sin cogerlo. Miró a Su Shiyu. «¿Su Excelencia me toma por un niño de tres años? ¿Cree que un solo kumquat me va a apaciguar?».

«...» Su Shiyu bajó la mirada hacia la mandarina medio pelada que tenía en la otra mano y le ofreció ambas.

La sonrisa de Chu Mingyun se hizo más profunda y frunció el ceño. «¿Entonces dos son suficientes?».

«Si no desea comerlas, no lo haga». Su Shiyu retiró la mano.

«¿Quién ha dicho que no las quiera?». Chu Mingyun le agarró la mano. Su Shiyu se rió suavemente, sin apartarse, algo inusual en él.

Fuera del salón, el viento amainó poco a poco. La nieve caía en silencio, acompañada por el débil tintineo de las campanas protectoras de las flores en los

aleros, intercalado con el crujido seco de los carámbanos que caían repentinamente desde debajo del techo.

Chu Mingyun arrancó un trozo de pulpa de naranja y de repente recordó: «Por cierto, ¿qué era eso de confinar al príncipe heredero en el Palacio Oriental en Nochevieja que le mencionaste a Su Majestad el otro día?».

«No es nada digno de mención», suspiró Su Shiyu en voz baja.

«Ahora que lo dices, ministro Su, parece que vale la pena escucharlo».

«...». Su Shiyu lo miró y le explicó: «Su Majestad siempre ha tendido a confiar demasiado en los demás. Durante su época como príncipe heredero, una vez habló descuidadamente delante de sus asistentes, lo que les permitió aprovechar sus palabras. El difunto emperador lo castigó confinándolo en el Palacio Oriental en Nochevieja, impidiéndole asistir al banquete. Como su tutor, pasé la noche copiando textos para él. Eso fue todo».

Chu Mingyun no pudo evitar ofrecerle otro kumquat, en un gesto de simpatía.

Su Shiyu le sonrió, hizo una pausa y, de repente, dijo: «Ahora que lo pienso, hay algo que quería decirte, pero nunca encontré el momento adecuado».

«¿Hmm?».

«¿Habrás visto la sentencia del caso de mi tío?».

—¿Te refieres al asunto que se mantuvo en secreto para el príncipe de Huainan? —respondió Chu Mingyun—. Puedo adivinar lo que pretendes hacer.

Su Shiyu ladeó la cabeza, sorprendido. —¿Puedes adivinarlo?

—Ministro Su —suspiró lentamente Chu Mingyun—, según mis cálculos, llevo más de medio año persiguiéndote. ¿Acaso no podría entenderte un poco?

—¿Entenderte un poco?

—Así es. Por lo general, puedo anticipar tus métodos, pero... —Chu Mingyun se apoyó con una mano y se inclinó hacia él. Sus pálidos dedos se posaron sobre la túnica de erudito de Su Shiyu, rozándole ligeramente el pecho mientras murmuraba—: Lo que hay dentro de tu corazón... eso es algo que no puedo comprender.

El cuerpo de Su Shiyu se tensó ligeramente, pero no se apartó. Bajando la mirada, preguntó: «¿Qué desea adivinar el señor Chu?».

Chu Mingyun soltó una risita casi inaudible, con voz lenta y mesurada. «Hay muchas cosas que me gustaría adivinar. Por ejemplo, cómo me ves realmente. O...». Levantó los párpados gradualmente, mirando directamente a los ojos de Su Shiyu. «Por qué has venido aquí esta noche».

Mientras hablaba, sus dedos trazaron un círculo en su túnica, con una presión ni ligera ni fuerte al rozar su pecho. El movimiento se ralentizó, rozando lo sugerente. Su Shiyu presionó su mano hacia abajo, con voz tranquila y divertida. «¿Realmente importa la razón?».

—Por supuesto que importa. —Chu Mingyun arqueó las cejas en una sonrisa—. Qin Zhao cree que has venido por Du Yue, pero yo sospecho lo contrario. Si no es por ella, ¿podría ser por mí?

—Pensaba que, dada la disposición de Su Excelencia, asumiría lo segundo.

Chu Mingyun le estrechó la mano a su vez, clavando su mirada en los ojos de Su Shiyu. —Respóndeme.

Sin embargo, no sabía cómo responder, ya que ni siquiera él tenía claro por qué de repente había decidido venir solo. A decir verdad, no todo en este mundo tiene una razón; a menudo, se trata simplemente de un repentino arrebató emocional en un momento fugaz. Pero al decir eso, temía que Chu Mingyun no le creyera.

Tras pensarlo un momento, Su Shiyu retiró la mano y sonrió levemente. «Precisamente por usted».

La inesperada respuesta dejó a Chu Mingyun momentáneamente atónito.

El cálido resplandor del fuego de carbón reflejaba la diversión en los ojos de Su Shiyu mientras replicaba: «¿Ha olvidado Su Excelencia, Chu? ¿No fue usted quien me invitó aquí ante Su Majestad?».

Chu Mingyun volvió a la realidad y levantó ligeramente una ceja. «Lo recuerdo bien. Entonces, ¿está sugiriendo, señor Su, que me buscó porque se sentía solo en plena noche?».

—¿El señor Chu también preparó fuegos artificiales? —preguntó Su Shiyu.

—Yo no, pero Du Yue compró algunos. Sé dónde los ha escondido.

—¿No temes que Du Yue venga a buscarte cuando se despierte mañana?

—Eso es fácil de solucionar —Chu Mingyun lo miró y parpadeó—. Solo di que no lo sabes, que nunca los has visto. Du Yue no me creerá a mí, pero sin duda te creerá a ti.

«Entonces, ¿por qué debería ocultarlo por el señor Chu?», se rió Su Shiyu.

Chu Mingyun simplemente empujó a Su Shiyu hacia la salida del salón. «Porque ahora eres cómplice».

La pila de fuegos artificiales estaba escondida en un rincón. Los llevaron al patio y los ordenaron, y solo entonces se dieron cuenta de que Du Yue había comprado una variedad asombrosa.

Chu Mingyun encendió dos mecheros. Al mirar de reojo, vio a Su Shiyu estudiando un fuego artificial con forma de loto. «Ese se quema rápido. Enciéndelo al final».

«De acuerdo. ¿Algo más que deba tener en cuenta?».

Chu Mingyun lo pensó. «Después de encenderlos, recuerda correr hacia mí y abrazarme fuerte».

«...» Su Shiyu reflexionó. «¿Por qué?». «

Me preocupa que el ruido te asuste más tarde».

«... Ministro Chu, siempre tan considerado».

Las llamas escarlatas se dispararon a lo largo de la mecha, acompañadas de un rugido atronador. Chorros de fuego se dispararon hacia el cielo, donde florecieron en vastos y extensos fuegos artificiales. Chispas brillantes caían como estrellas y lluvia, una vista de impresionante belleza. Donde su lugar se oscurecía, otra parte del cielo nocturno brillaba intensamente. El crepitar de los fuegos artificiales resonaba cerca y lejos, ininterrumpido y continuo.

Los niños reían mientras correteaban por el callejón. Un canto débil se filtraba a través de las paredes bermellonas, atravesando el fino humo de la pólvora, cantando: La luna creciente brilla sobre las Nueve Provincias, algunas familias se regocijan, otras se afligen.

«Algunas familias se regocijan, otras se afligen», murmuró Su Shiyu para sí mismo varias veces, frunciendo ligeramente el ceño mientras sonreía. En esta ocasión festiva, solo la figura solitaria sentía el peso de la soledad. Al girar la cabeza, vio otra figura solitaria agachada bajo las flores de ciruelo rojo del patio, enrollando con atención bolas de nieve.

Su Shiyu se acercó y se agachó a su lado, observando en silencio cómo los dedos delgados y huesudos del hombre formaban dos bolas de nieve. De repente, se rió entre dientes: «Déjame esculpir algo diferente para ti».

Dicho esto, cogió un puñado de nieve y le dio forma de cuerpo plano y redondo. Le presionó una cabeza esférica y luego talló cuidadosamente dos orejas puntiagudas con las yemas de los dedos. Mientras Su Shiyu buscaba en el suelo pétalos caídos adecuados para hacer los ojos, Chu Mingyun, que había estado observando con la cabeza inclinada, de repente extendió la mano. Su Shiyu lo miró confundido cuando su mano se detuvo junto a la cabeza. Con un ligero movimiento del dedo, una oreja salió disparada al instante.

Su Shiyu miró fijamente a Chu Mingyun, que sonrió con los ojos arrugados y los labios curvados. Con renovado entusiasmo, destruyó sin piedad la otra oreja, logrando una simetría tan perfecta que incluso Su Shiyu se quedó sin palabras.

Sin decir una palabra, Su Shiyu recogió un puñado de nieve suave y translúcida que había a su lado. Tras pensarlo un momento, se la metió en el cuello de Chu Mingyun, que no estaba preparado para ello.

Los reflejos de Chu Mingyun eran rápidos como el rayo; en cuanto le tocó, saltó varios metros hacia atrás, pero aún así se estremeció por el frío en la nuca. Entrecerrando los ojos, no se molestó en sacudirse la nieve, sino que rápidamente agarró a Su Shiyu, que ya se estaba levantando para marcharse. Su Shiyu, aún inestable sobre sus pies, tropezó al ser agarrado bruscamente. En esa fracción de segundo, sus pensamientos se aceleraron. En lugar de recuperar el equilibrio, de repente agarró el brazo de Chu Mingyun y lo arrastró al agua.

Ambos hombres cayeron torpemente sobre el grueso manto de nieve. En el caos de la caída, Chu Mingyun logró apoyarse con las manos justo a tiempo para evitar caer sobre Su Shiyu. Respiró aliviado, con emociones encontradas, y abrió la boca para hablar. Pero al bajar la mirada, se encontró con los ojos de Su Shiyu, ahora llenos de diversión. Instintivamente, supo que algo no estaba bien.

Al instante siguiente, la mano de Su Shiyu golpeó el ciruelo que tenía al lado. El árbol tembló y las ramas cargadas de nieve, mezcladas con flores carmesí, llovieron sobre ellos. Los pétalos rojos de ciruelo se mezclaron con los copos de nieve, cubriendo el cabello y la espalda de Chu Mingyun, enfriándolo al instante hasta los huesos.

Chu Mingyun se apoyó con una mano junto a la cabeza de Su Shiyu, quitándole la nieve de la nuca. Contempló el agua helada que se derretía en la palma de su mano. «Su Shiyu», dijo, «si hubiera sido cualquier otra persona, ya la habría enterrado viva en la nieve».

Mientras caía la nieve, una flor de ciruelo carmesí rozó la sien de Chu Mingyun y cayó suavemente sobre los párpados de Su Shiyu. Percibió el tenue aroma del sándalo mezclado con la fría fragancia de la flor de ciruelo. Un toque carmesí tiñó su visión, mientras los rasgos de Chu Mingyun se acercaban. El cabello negro

azabache, blanco como la escarcha, se agitaba con el viento, difuminando los fuegos artificiales contra el brumoso cielo nocturno.

Su Shiyu recogió la flor caída, recostándose en la nieve con tranquila diversión. «Si algún plebeyo fuera capaz de reducirlo a tal desorden, ministro Chu, difícilmente se atrevería a mostrar su rostro en público». Levantó la mano una vez más, cepillando meticulosamente los copos de nieve de la sien de Chu Mingyun.

Sus dedos se sintieron fríos al tocar por primera vez la frente, pero se fueron calentando gradualmente a medida que se movían por el cabello. El gesto fue tan suave, tan ligero, que le provocó un leve cosquilleo en el cuero cabelludo.

Antes de que Chu Mingyun pudiera reflexionar más, Su Shiyu retiró la mano. «Ya está. Levántate ahora».

«¿Te levantarás cuando te apetezca?», preguntó Chu Mingyun con una sonrisa, entrecerrando ligeramente los ojos. «Intenta decir algo agradable por una vez».

Su Shiyu reflexionó un momento antes de responder: «Gracias, señor Chu, por protegerme de toda la nieve».

Chu Mingyun le agarró la barbilla y sus miradas se cruzaron. «Muy bien. Esta noche no te levantarás».

Su Shiyu sonrió con impotencia, pensando en cómo resolver la situación, y permaneció en silencio durante un momento.

Bajo el pasillo carmesí, las linternas se balanceaban, proyectando patrones parpadeantes de luz y sombra a través del patio. Los dedos de Chu Mingyun presionaron la mandíbula de Su Shiyu mientras su mirada se desviaba involuntariamente hacia los labios del otro. Sus labios eran naturalmente pálidos, pero ahora, ya fuera por el frío o por el marcado contraste con la nieve que había debajo, parecían teñidos de color, con una tenue línea carmesí visible entre ellos.

De repente, como impulsado por una fuerza invisible, Chu Mingyun se inclinó hacia él.

—¿Señor Chu? —dijo de repente una voz suave, teñida de sorpresa.

Chu Mingyun se quedó paralizado al instante, encontrando los ojos de Su Shiyu a pocos centímetros de distancia. Solo entonces se dio cuenta de que había estado a punto de besarlo, con sus respiraciones entremezclándose.

Se enderezó como si despertara de un sueño, dio un paso atrás y se llevó una mano a la frente antes de ayudar a Su Shiyu a ponerse de pie.

Su Shiyu le lanzó una mirada desconcertada antes de encogerse de hombros con una sonrisa despreocupada.

Después de esta odisea, las túnicas de ambos estaban medio empapadas por la nieve. Al regresar al salón, se sentaron uno frente al otro, secándose lentamente. Chu Mingyun observó cómo Su Shiyu se quitaba con indiferencia su túnica exterior. Murmuró en silencio algunas maldiciones sobre la lujuria que nubla el juicio, y luego decidió borrar de su mente el incidente anterior. Recostándose perezosamente, de repente comentó: «Ah, claro».

«¿Qué pasa?», respondió Su Shiyu, examinando la parte trasera húmeda de su bata.

«En realidad, ese ratón que estabas amasando antes era bastante bonito», comentó Chu Mingyun.

«Qué adulator», le lanzó una mirada Su Shiyu. «Era un conejo lo que estaba amasando».

«... Muy bien».

capitulo 30

☆, [Capítulo 30]

La temporada festiva ha terminado, el ambiente alegre se desvanece poco a poco, mientras se acerca el comienzo de la primavera y la nieve acumulada se derrite.

Las tiendas de Chang'an han reabierto gradualmente, aunque los clientes siguen siendo escasos. Los dependientes se apoyan ociosamente en los marcos de las puertas, charlando tranquilamente. De repente, alguien da un grito de sorpresa, seguido del débil y tintineante sonido de campanas que llega desde las puertas de la ciudad. La gente que se alinea en la calle estira el cuello apresuradamente para mirar.

Con los soldados despejando el camino, una larga procesión de carruajes atraviesa las calles en dirección al palacio imperial. Las campanas de los camellos tintinean suavemente entre el ruido de las ruedas y los caballos. Mujeres exóticas, con el rostro velado por gasas, se mueven con elegancia, formando dos columnas detrás de un palanquín. Una esquina de la cortina de brocado bordada se levantó disimuladamente, revelando un par de profundos ojos verdes. Un niño sentado en un piso superior los vio al instante, señalándolos y exclamando con alegría antes de ser rápidamente silenciado por un adulto que estaba a su lado. «Loulan», murmuró el adulto.

Louran, situado en el desierto occidental, controlaba una ruta comercial vital. Aunque era un reino pequeño, sus ciudades prosperaban y tenían una importancia estratégica significativa. Históricamente, Louran había oscilado entre la lealtad a la Gran Xia y a los xiongnu. Solo en los últimos años se había acercado más a la Gran Xia. Sin embargo, a pesar del aumento de los intercambios, los enviados nunca habían llegado tan temprano en primavera.

Ese día marcaba la reanudación de los procedimientos de la corte. Al salir del Salón Dorado, Chu Mingyun vio de lejos la procesión de bienvenida y se volvió hacia Su Shiyu con desconcierto. «¿Quién es el enviado de Loulan esta vez, que se le han concedido los honores propios de un señor feudal?».

«La propia princesa de Loulan ha llegado hoy con regalos», explicó Su Shiyu.

Chu Mingyun asintió con la cabeza, con la mente a mil por hora. De repente, comprendió por qué la mirada de Su Shiyu había parecido tan significativa durante todo el día.

Se decía que la arrogancia y el capricho de la princesa de Loulan habían llegado a extremos insospechados. Sus tres matrimonios terminaron antes de que acabara el primer mes. O bien ordenaba que sus maridos fueran golpeados hasta la muerte en el patio, o bien los humillaba públicamente ante sus padres, obligándolos a suplicar al soberano que anulara el matrimonio. Tras tal agitación, ningún hombre del reino se atrevía a casarse con ella. Sin embargo, el rey de Loulan quería mucho a su hija y, en su búsqueda de un marido adecuado para ella en la Gran Xia, llegó a ofrecer tres ciudades como dote.

Ese día, en la corte, Chu Mingyun soltó una leve risa y empujó decididamente a su rival Su Shiyu hacia delante. Afirmó que Su no tenía padres problemáticos con los que lidiar, poseía un carácter recto y gentil y, convenientemente, no tenía esposa ni concubinas. Finalmente, añadió con mesurada calma: «Recuerdo que la princesa de Loulan sonrió dulcemente a Su Shiyu cuando bajó de su palanquín».

Su Shiyu, que se había mantenido impasible durante todo el tiempo, finalmente volvió la cabeza y miró fijamente a Chu Mingyun con una mirada penetrante al escuchar esas últimas palabras.

No prestó atención a cómo Su Shiyu resolvió el asunto después, solo recordaba que, cuando salieron de la corte ese día, Su Shiyu le habló por primera vez en cinco años de servicio compartido más allá de los simples saludos diarios.

Su Shiyu le había ofrecido una cálida sonrisa y había pronunciado dos palabras, sencillas pero profundamente significativas:

«Je».

Recordando esto, Chu Mingyun carraspeó ligeramente y dijo con una sonrisa: «Ministro Su, yo estaba bastante...».

Su Shiyu le lanzó una mirada.

Chu Mingyun continuó: «... no importa».

Su Shiyu se rió suavemente y respondió con amabilidad: «Ministro Chu, no se preocupe por eso. La princesa no es tan caprichosa como sugieren los rumores».

Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja y decidió no seguir con el tema.

Sin asuntos oficiales que tratar en este primer día de vuelta al trabajo, Chu Mingyun y Su Shiyu caminaron juntos hacia la salida. En medio de la conversación, el sonido de pasos apresurados resonó en el pasillo del palacio detrás de ellos, acompañado por el tintineo de campanas que se hacía más fuerte a medida que se acercaban. Se detuvieron y giraron la cabeza para ver a una joven esbelta que corría con los brazos abiertos. Agarró con fuerza el brazo de Su Shiyu e inclinó la cabeza hacia atrás con una sonrisa radiante. «¡Ani'nuo!».

Chu Mingyun se detuvo, reconociendo vagamente el significado de esta frase de Loulan, un tratamiento honorífico para referirse al hermano mayor.

Su Shiyu la miró con una leve sonrisa. «¿Ya has presentado tus respetos a Su Majestad?».

«¡Sí! ¡Incluso ha dicho que hoy no hay nada para ti, así que puedes llevarme a jugar!».

Su pronunciación del mandarín era un poco peculiar, pero perfectamente clara. Mulahe soltó a Su Shiyu y dio una vuelta sobre sí misma. Su falda de color púrpura ahumado se hinchó y las campanillas de plata de sus muñecas tintinearón con claridad. «¿Te gusta?».

Su Shiyu asintió con la cabeza. Mulahe ladeó la cabeza con una sonrisa y sus ojos, parecidos al jade, se iluminaron al ver a Chu Mingyun. «Hermano guapo, ¿quién eres?».

«Chu Mingyun».

Mulahe asintió con seriedad y, tras una pausa, añadió: «Hermano guapo, ¿quieres jugar con nosotras?».

Chu Mingyun se quedó paralizado por un momento. Su Shiyu explicó: «No recuerda los nombres han».

Chu Mingyun se encogió de hombros con indiferencia. «Id vosotras dos. Yo no...».

«¡Es más divertido en compañía! ¡Tú vienes!», interrumpió Mula, agarrando a uno de ellos por el brazo.

El sol brillaba en lo alto del cielo. El mercado oriental de Chang'an bullía de actividad, con los gritos de los vendedores ambulantes subiendo y bajando en oleadas.

Los transeúntes pasaban en fila, todos echando miradas adicionales a un puesto de fideos en particular. Allí, dos apuestos jóvenes caballeros estaban sentados en silencio, sorbiendo té. Frente a ellos, una doncella extranjera de ojos esmeralda devoraba sus fideos con un vigor totalmente en desacuerdo con su delicada apariencia. Varios tazones vacíos ya apilados en la mesa daban testimonio de ello.

Cuando se acercaba al fondo de su tazón, Chu Mingyun, incapaz de resistir su implacable ritmo vertiginoso, soltó: «... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que comiste bien?

«No he tenido una comida decente desde que me preparé para Chang'an. ¡Estoy casi muerta de hambre!», respondió Mula entre bocados.

«¿Por qué no comiste?

«Porque quería ver a An Yinuo. Estar más delgada es más atractivo».

«Entonces, ¿por qué estás comiendo tanto ahora?

«¿No lo acabas de ver?», preguntó Mu Lahuo con total convicción, volviéndose para saludar al puesto. «¡Quiero más!».

Chu Mingyun se quedó sin palabras. Observó cómo el vendedor sonreía y aceptaba con entusiasmo, y luego dirigió la mirada a Su Shiyu, que estaba a su lado.

Su Shiyu lo miró con calma. «¿Quiere usted también, magistrado Chu?».

«... No importa». Chu Mingyun suspiró suavemente: «Solo con verlo me siento satisfecho».

Su Shiyu se rió entre dientes y apartó la mirada mientras recordaba su primer encuentro con Mula.

En aquel entonces, cuando Chu Mingyun había hablado así en la corte, Su Shiyu se vio incapaz de rechazar una audiencia con la princesa de Loulan. Después de pensarlo mucho, llevó su qin a la reunión, con la intención de tocar algunas melodías para apaciguarla, dada la barrera del idioma. No esperaba que ella entendiera algo de chino han, ni tampoco anticipó que un látigo flexible se abalanzaría sobre él en el momento en que abriera la puerta.

Su Shiyu esquivó el golpe e interceptó el látigo con naturalidad. Lejos de enfadarse, ella pareció encantada y exclamó que esperaba encontrarse con un erudito inútil, pero que había descubierto a un hombre experto en artes marciales. Le invitó a sentarse a la mesa.

Solo al conocerla, Su Shiyu se dio cuenta de que esta princesa de Loulan no era la tirana caprichosa de la que se rumoreaba, sino una mujer cuya naturaleza excesivamente sincera provenía de una vida de aislamiento y mimos.

Tan pronto como terminó de tocar Spring River Moonlit Night, Mula He le contó sus problemas en un torrente de palabras. Se había casado tres veces. Los dos primeros matrimonios le fueron impuestos por poderosos ministros que buscaban manipular al soberano. Apenas dos días después de entrar en la casa de su primer marido, descubrió que este se relacionaba con otra mujer. En un ataque de ira, irrumpió en su habitación y lo golpeó con tal ferocidad que lo dejó muerto en el patio, incidente que dio lugar a los rumores. Sin embargo, Mulahe se dio cuenta inesperadamente de que había librado a su padre de una gran amenaza, lo que la envalentonó enormemente. Decidió casarse con el mismo ministro que chantajeaba constantemente a su padre, obligándolo a dimitir humillado.

Su Shiyu permaneció en silencio durante un largo rato. Frente a Mulahe, que parecía ansiar elogios, reflexionó: «¿Es ese realmente tu único deseo en el matrimonio?».

«Sí, porque trataban mal a mi padre», respondió Mu Luhe.

Su Shiyu sonrió con ironía. «Desde la antigüedad, el matrimonio de una doncella ha sido para unirse con su amado».

Mu Luheladeó la cabeza pensativa. «Pero yo no tengo ningún amado. Aunque he pensado que, cuando me case de verdad, debe ser con un héroe marcial sin igual».

Su Shiyu lo entendió. «No me extraña que blandieras tu látigo cuando te enteraste de que era un erudito».

Mulahe se apoyó en la mesa y observó sus manos delgadas y elegantes descansando sobre la cítara. «Debes de ser increíblemente hábil en las artes marciales. Me gustas mucho», hizo una pausa, «pero no tengo ningún deseo de casarme contigo».

Su Shiyu no pudo evitar reírse suavemente. «¿Por qué no?».

«Estoy segura de que no te gustaría», añadió. «Pareces alguien a quien no le gusta nada».

«¿Por qué lo dices?».

«Eres amable, pero te sientes muy distante», Mulahe extendió la mano, con los dedos flotando justo fuera del alcance de Su Shiyu, como si los detuviera alguna barrera. «¿Ves? Es como una capa de niebla. Te sientas frente a mí, hablando en voz baja y con suavidad, pero no puedo sentir tu corazón. Todo en ti es difuso, velado por esa niebla. Siento como si pudieras desaparecer en cuanto parpadee».

Su Shiyu sonrió levemente, sin responder.

Mulahe preguntó: «¿Sabes lo que se siente al querer a alguien?».

Su Shiyu reflexionó durante un largo momento antes de responder con franqueza: «Nunca lo he experimentado».

«No puedo afirmarlo con certeza, pero en Loulan tenemos un dicho que, traducido a tu idioma, describe a los escorpiones y las arañas que se arrastran por tu corazón. Este se contrae, latiendo rápida y dolorosamente, como si estuviera lleno de temor, pero al mismo tiempo rebosante de alegría».

Incluso Su Shiyu se sorprendió por esta imagen de escorpiones y arañas. Al ver la expresión de Mulahe, no quiso desanimarla. Tras reflexionar un momento, dijo: «Los han tenemos una descripción similar, aunque habla de diez mil mariposas revoloteando dentro del corazón, batiendo sus alas frenéticamente y sumiendo al alma en el caos».

Mulahe asintió, medio entendiendo, y apoyó la cabeza en su brazo mientras él tocaba las cuerdas. La melodía del Guangling San hizo temblar la mecha de la lámpara.

Ese día, cuando se separaron, Mulahe se aferró a su manga, negándose a soltarlo. Repitió insistentemente: «Me gustas mucho, pero no de la forma en que uno quiere a su amada. Por eso no puedo casarme contigo. ¿Quieres ser mi hermano?».

Al final, Su Shiyu miró con impotencia su manga rasgada, suspiró suavemente y aceptó.

«Ainyu». Mulahe se había acercado a él sin que se diera cuenta. Su Shiyu volvió a la realidad y solo entonces se dio cuenta de que ella había terminado de comer. Chu Mingyun, que había estado sentado a su lado, estaba pagando la cuenta cerca de ellos.

«¿Qué pasa?».

Mu Lahuo bajó la voz para hablar con Loulan, mientras miraba fijamente a Chu Mingyun. «Acabo de recordar... ¿No es él tu enemigo? ¿Por qué estás charlando con él tan alegremente? ¿Te ha obligado? ¿Me caso con él y te ayudo a matarlo?».

Su Shiyu se atragantó con el té, tosió dos veces y luego se echó a reír. Miró a Chu Mingyun y respondió también en loulan: «No es un enemigo, como mucho un adversario. Además, es una figura vital para nuestra nación, no debe morir».

«Pero si es vital para el Estado, ¿por qué eres tan amable con él?», preguntó Mura, completamente perplejo.

No supo qué responder.

En ese momento, Chu Mingyun se dio la vuelta y se acercó, encontrándose con las miradas de ambos fijas en él. Confundido, preguntó: «¿Por qué me miran todos?».

Su Shiyu se recompuso y esbozó una leve sonrisa. «Por nada».

capitulo 31

☆, [Capítulo 31]

Con el estómago lleno, Mula y Xingchong los arrastraron por las calles y callejones, decididos a explorar cada rincón de Chang'an.

A lo largo de este tramo, numerosos artistas callejeros pregonaban sus mercancías, animando a los transeúntes a reunirse en círculos. Los vítores y gritos de admiración resonaban continuamente. Mulahe se abrió paso rápidamente entre la multitud para unirse al gentío. En el espacio abierto que tenían delante yacía una pesada losa de piedra. Un hombre corpulento, tras flexionar los músculos, plantó los pies con firmeza. Con un grito gutural y grave, bajó el puño con fuerza. La losa emitió un ruido sordo y se rompió en cuatro pedazos.

La multitud rugió su aprobación. Mulahe se unió a los vítores, empujando a las personas que le bloqueaban la vista para avanzar. Pero Su Shiyu lo tiró hacia atrás. «¿Qué diablos estás haciendo?».

«¡Parece que es muy bueno en las artes marciales!», exclamó Mulahe emocionado. «¡Voy a desafiarlo!».

«Se gana la vida actuando. Desafiarlo solo le causaría problemas».

El ánimo de Mulahe decayó al instante. «Ya veo. Pero realmente me gustaría intentarlo...».

La mirada de Su Shiyu se posó en Chu Mingyun, que estaba cerca. Estaba desenvolviendo en silencio una bolsa de pasteles de azúcar que Mu Luhe acababa de comprar, cogiendo uno para comer mientras echaba un vistazo. «¿Hmm?».

Su Shiyu se rió suavemente, señalando a Chu Mingyun. «No te molestes. Él también sabe hacer eso».

Chu Mingyun miró las losas de piedra destrozadas esparcidas por el suelo. Se dio cuenta de que, efectivamente, sabía cómo hacerlo, y de una forma mucho más elegante que el fornido hombre momentos antes.

Los artistas callejeros abundaban a lo largo de la vía pública. Cada vez que Mulahe intentaba acercarse para ver mejor, Su Shiyu comentaba con indiferencia: «Él también sabe hacerlo».

Gracias al Gran Censor, el Gran Mariscal Chu se dio cuenta hoy de cuántos talentos poseía.

Después de terminarse en silencio su pastel de azúcar, Chu Mingyun finalmente llegó a su límite al ver el frente. Tiró de Mula hacia un puesto de joyería. «Echa un vistazo libremente. Yo invito». Volviéndose para encontrar la mirada de Su Shiyu, suspiró profundamente. «Eso... realmente no puedo hacerlo».

Su Shiyu se dio la vuelta y vio entre la multitud a un artista callejero que tragaba espadas y escupía fuego. Su mirada se posó de nuevo en la expresión de total impotencia de Chu Mingyun y, de repente, no pudo evitar sonreír. En medio del bullicio mundano, solo sus rasgos seguían siendo amables.

Algo revoloteó inesperadamente dentro de su pecho. Chu Mingyun lo estudió atentamente, tomó una horquilla de jade del puesto e imitó el tono de un mujeriego, riéndose entre dientes: «Vamos, hermosa. Este caballero también te regalará una. ¿Qué tal si te rindes ante mí?».

Su Shiyu bloqueó su mano extendida, sonriendo levemente. «Tu apariencia es verdaderamente excepcional, joven amo. Esta horquilla de jade te queda mucho mejor».

«Muy bien», aceptó Chu Mingyun de buen grado. «Entonces pónmela. Yo también me someteré a ti».

El vendedor se sonrojó y dudó antes de hablar: «Caballeros... Aquí solo vendo adornos para damas».

Chu Mingyun se encogió de hombros y dejó el artículo sobre la mesa. Su Shiyu negó con la cabeza y sonrió, y su mirada se cruzó inadvertidamente con la de Mulahe, que brillaba con diversión. «¿Qué pasa?».

Mulahe desvió la mirada, con una sonrisa pícaro en los labios. —Se lo diré a An Yinuó más tarde.

Al mediodía, el trío buscó una posada para descansar y comer. Mulahe desenvolvió con entusiasmo sus compras, mientras Chu Mingyong la ayudaba distraídamente a abrir sus paquetes de comida. Su Shiyu los observaba en silencio.

En las mesas detrás de ellos, las voces se hicieron más fuertes de repente cuando la conversación cambió de tema.

«Caray, amigo, estamos hablando de un funcionario imperial. Cuida tu lengua. ¿Crees que puedes vendernos esa tontería sin pruebas?».

«Sinceramente, ¿qué ganaría mintiendo? Acabo de regresar de la Comandancia de Fufeng. ¡Mi pariente de la oficina del magistrado me lo dijo personalmente!».

Otra voz se unió desde una mesa vecina: «¿De qué va esto? Todo el mundo sabe quién estaba detrás del caso Right Fufeng, así que ¿por qué meter ahora a Su Shiyu en ello?».

Chu Mingyun y Su Shiyu intercambiaron una mirada, con expresiones indescifrables.

«Piénsenlo. Su Shiyu no es un hombre cualquiera. Si todos podemos adivinar quién es, ¿no lo sabrá él también? Debe haber algo más de lo que parece». El hombre hizo una pausa y bajó la voz de forma intrigante. «¡Está utilizando esto como una oportunidad para eliminar a Su Xing!».

«¿De verdad nos toman por tontos? ¡Su Xing es el tío de Su Shiyu!».

«Precisamente por eso no lo entiendes. Los lazos familiares dentro de los clanes prominentes no se parecen en nada a los de la gente común. ¿Crees que esas luchas internas surgen sin motivo? Su Xing acaba de regresar a Chang'an. ¿Qué motivo podría tener para cometer un crimen tan atroz? Especialmente teniendo en cuenta sus conexiones con los funcionarios asesinados».

«Si estás tan seguro, ¿cuál crees que es la verdad?».

El hombre carraspeó afectadamente y declaró: «Piénsalo detenidamente: dado que Su Shiyu estaba a cargo de ese caso de asesinato y Chu Mingyun era el autor evidente —teniendo en cuenta la rivalidad de décadas entre las facciones Chu y Su—, ¿qué significa que Su Shiyu no aprovechara la oportunidad para detener a Chu Mingyun, sino que se uniera a él para investigar otro caso? Antes de que nadie pudiera responder, continuó: «¡Es evidente que llegaron a algún acuerdo! Su Shiyu encubre a Chu Mingyun en el caso, mientras que Chu Mingyun ayuda a Su Shiyu a eliminar a Su Xing. Luego, simplemente dejan el caso de lado, ¡una situación en la que ambos salen ganando! Cuanto más rico y privilegiado es alguien, más despiadadamente ataca a sus propios familiares».

Los demás se quedaron en silencio, encontrando algo de verdad en las palabras del hombre y comenzando a dudar.

Chu Mingyun apoyó la barbilla en la mano y se rió suavemente. «Bien dicho. Casi me has convencido incluso a mí».

Su Shiyu negó con la cabeza y sonrió levemente, bebiendo su té sin hacer comentarios.

La mirada de Mula He se movió entre los dos hombres, confundida, antes de volverse hacia la multitud que susurraba detrás de ellos. Se volvió hacia Su Shiyu con desagrado. «¿Están hablando de ti?».

«Has oído mal», respondió Su Shiyu con frialdad.

«¡No! ¡He oído vuestros nombres!». Mula He se puso de pie de un salto.

«Ni siquiera recuerdas bien los nombres han, ¿cómo puedes estar tan segura de que éramos nosotros?».

«Yo...», balbuceó Mula, volviéndose hacia Chu Mingyun. «¡Hermano guapo, dime, ¿se referían a ustedes dos?».

Chu Mingyun miró a Su Shiyu y sonrió lentamente. «Si él dice que no, entonces naturalmente no era así».

El comentario era bastante ambiguo y Mula no lo entendió del todo.

Una mesera perspicaz, intuyendo que se avecinaba un problema, se apresuró a intervenir para mediar: «¡Caballeros, por favor, nada de política durante la cena! ¡Nada de política!».

Su Shiyu giró la cabeza para mirarla. «Siéntate».

Mula He lanzó una mirada fulminante a la multitud que había detrás de ella, aún ajena al alboroto, antes de sentarse a regañadientes.

Chu Mingyun trazó los dibujos de su taza de porcelana con los dedos, con un tono de voz entre divertido y burlón. «Ya te lo dije antes: a esta gente no le importa la verdad, solo los chismes. ¿Qué sentido tiene explicarles nada?».

«La verdad es lo que es. Aunque algunos opten por especular maliciosamente, no debemos privar al resto de la oportunidad de comprenderla», replicó Su Shiyu. «Si nos negamos persistentemente a dar explicaciones, lo único que quedará serán rumores».

Chu Mingyun se rió con desdén, sin ofrecer ninguna respuesta.

La visita de Lou Lan no tenía ningún motivo oficial. Tras varios días en Chang'an, partió hacia su hogar, escoltado por el Gran Comandante y el Censor Imperial hasta el Mausoleo Baling de Chang'an.

Era principios de primavera. La antigua carretera estaba cubierta de hierba fresca, bajo el puente fluía majestuosamente el río Ba, cuyas orillas estaban adornadas con sauces cuyas nuevas hojas verdes colgaban como hilos carmesí sobre el agua esmeralda.

Se detuvieron en el pabellón de despedida para despedirse. Mula He apartó a sus sirvientes con un gesto antes de sacar una carta de su pecho y entregársela a Su Shiyu. «¡Para An Yinuo!».

Su Shiyu examinó el sobre bien sellado y preguntó: «¿Lo has escrito tú?».

«¡Por supuesto! ¡Llevo mucho tiempo practicando los caracteres chinos! ¡Pero no lo abras ahora!». Mulahe hizo una pausa y luego añadió con más instrucciones: «Ni siquiera cuando regreses. Mmm... ¡Solo podrás leerlo cuando yo haya regresado a Loulan!».

Su Shiyu se rió entre dientes: «¿Qué pasa? ¿Has escrito algo ahí que temes que vaya a buscarte para ajustar cuentas?».

«¡Para nada! De todos modos, ¡tendrás que esperar a que vuelva para verlo!».

Su Shiyu asintió con una sonrisa. Mula sacó entonces otro paquete envuelto en papel aceitado y se lo entregó a Chu Mingyun: «¡Para mi guapo hermano!».

Chu Mingyun lo aceptó con cierta sorpresa y preguntó: «¿Qué es?».

«Al guapo hermano le encantan los dulces, ¿verdad? ¡Son dulces de piñones!», añadió ella. «¡Están deliciosos!».

Chu Mingyun miró a Su Shiyu, cuya sonrisa se había intensificado a su lado, y luego frunció el ceño a Mulahe, que le ofrecía el regalo como si fuera un tesoro. No pudo evitar reírse suavemente. «Está bien, gracias».

Una vez entregado el regalo, ella se quedó allí en lugar de marcharse, vacilando. Miró a Chu Mingyun y luego reunió el valor para apartar a Su Shiyu. «Hay algo más que debo decirle a An Yinuo».

«¿Qué es?».

«He encontrado a alguien muy querido para mí», murmuró Mu Lahuo, con la cabeza ligeramente inclinada y las mejillas sonrojadas, en una rara muestra de sentimentalismo femenino. «Es un comerciante han de Loulan que me salvó durante un disturbio. Es amable y experto en artes marciales, y me enseñó a escribir caracteres chinos. Entre la gente de las Llanuras Centrales, es mi favorito después de ti. Mi padre ya ha dado su consentimiento a nuestro matrimonio. Fue él quien sugirió que viniera a contártelo personalmente».

«Hmm», los ojos de Su Shiyu se suavizaron con diversión. «Entonces, efectivamente, hay que felicitarte».

«¿Asistirá An Yinuo a mi boda?», levantó la mirada para encontrarse con la de Su Shiyu, con los ojos llenos de expectación.

«Por supuesto que vendrá a felicitarte».

«¿Incluso si tienes otros compromisos?».

Su Shiyu lo pensó. «Por supuesto».

Mula He sonrió. «¡Entonces debes venir con el Hermano Guapo!».

«¿Tienes muchas ganas de que asista?».

«Porque el Hermano Guapo es muy guapo y...», parpadeó, «¡cuando el Hermano Guapo está presente, la niebla desaparece!».

Su Shiyu frunció el ceño, confundido. «¿Qué niebla desaparece?».

Mu Lahuo no respondió. Con una sonrisa radiante, se despidió de la pareja y corrió hacia el carruaje que la esperaba. Girándose bruscamente antes de subir, se despidió con la mano, con la falda ondeando y las campanillas plateadas de su muñeca tintineando alegremente.

Los días pasaron rápidamente tras su despedida y la primavera envolvió poco a poco la tierra.

En el estudio, Su Shiyu dejó el pincel y ordenó cuidadosamente los documentos que tenía a su lado. Su mirada se posó casualmente en la carta que descansaba cerca. Supuso que el carruaje ya debía de haber llegado a Loulan, así que extendió la mano y tomó la carta.

Mula había sellado bien el sobre, evidentemente todavía recelosa de que él lo abriera. Al agarrarlo, pudo sentir el considerable grosor del papel que había dentro y se preguntó qué podría estar escrito.

Justo cuando Su Shiyu comenzaba a rasgar una esquina del sobre, el sonido de pasos apresurados resonó desde fuera. La puerta del estudio se abrió de golpe y Su Bai entró corriendo, con el rostro marcado por la alarma. Gritó:

«¡Joven maestro, ha ocurrido una catástrofe! La princesa de Loulan ha sufrido una emboscada en nuestra ciudad fronteriza. Todo su séquito ha sido masacrado. El rey de Loulan está furioso y ha enviado emisarios para exigir una explicación a Gran Xia. ¡Su Majestad el Emperador lo convoca urgentemente al palacio para deliberar!».

capitulo 32

☆, [Capítulo 32]

Todos los sirvientes y guardias del palacio se retiraron del vestíbulo del Palacio Xuan. En la amplia sala, incluso el aire parecía cargado de solemnidad. Li Yanzhen se sentó solo en el trono, flanqueado por Chu Mingyun y Su Shiyu, junto al enviado de Loulan.

El guardia mensajero había transmitido el relato completo a Su Shiyu durante el trayecto: en el día señalado, Loulan llegó a la ciudad fronteriza según lo acordado para escoltar a la princesa, solo para encontrar un silencio absoluto dentro de la posada donde se había alojado. Todas las habitaciones de huéspedes de la planta superior estaban empapadas de sangre, tanto las paredes como los suelos, y el espeso y empalagoso hedor de la sangre era nauseabundo. La princesa más querida de Loulan yacía tendida en el suelo, con el cabello enredado sobre el rostro. Su pálido brazo, manchado de salpicaduras de sangre, se extendía hacia adelante como si hubiera empleado todas sus fuerzas para agarrar algo.

Al recibir la noticia, el rey de Loulan casi se desmaya y ordenó que se enviaran tropas de inmediato. Solo después de la insistencia y la persuasión de sus ministros accedió a enviar emisarios en su lugar.

El guardia habló con urgencia: «Su Excelencia, el reino acaba de recuperar la paz. ¿Esto conducirá a una nueva guerra?».

Su Shiyu frunció profundamente el ceño y no respondió. Las cortinas del carruaje se agitaban con el viento, mientras las flores bordeaban el camino, en un paisaje primaveral que parecía un cuadro.

Dentro de la sala, el enviado de Loulan tenía el rostro sombrío, pero se inclinó con el debido decoro antes de declarar con claridad: «¡Exigimos que la Gran Xia asuma la responsabilidad por el asesinato de nuestra princesa!».

Li Yanzhen dudó antes de que Chu Mingyun interviniera: «Por supuesto. Mantenga la calma, embajador. Hemos cerrado los pasos fronterizos y estamos buscando a los sospechosos. Si hay alguna novedad, se lo comunicaremos de inmediato».

El enviado se volvió hacia Chu Mingyun. «La forma evasiva de hablar del gran mariscal es bastante inapropiada, ¿no le parece?».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun se giró para mirarlo a los ojos. «¿Qué quiere decir con "esquivar el tema"? No entiendo muy bien a qué se refiere».

«La Gran Xia es una nación vasta y poderosa. Sin embargo, ahora nuestra princesa ha sido asesinada dentro de sus fronteras. ¿De verdad se puede resolver esto con una simple investigación?».

«¿Qué más se puede hacer?», replicó Chu Mingyun. «Resolver el crimen y detener al culpable es lo correcto y lo adecuado. Si esto constituye eludir los puntos cruciales, ¿qué más exige el enviado?».

«No garantizar la seguridad de un enviado dentro de sus fronteras y luego eludir la responsabilidad cuando ocurre una tragedia, ¿es esta la conducta que corresponde a la Gran Xia?», replicó el enviado. «El alojamiento de la princesa no era de conocimiento público. Que haya tenido un final tan violento, ¿se puede afirmar realmente que su corte no tiene ninguna relación?».

«Eso no es del todo exacto», replicó Chu Mingyun. «Los movimientos de la princesa eran conocidos no solo por nosotros, sino también por la casa real de Loulan. Dado que la emboscada se produjo en la frontera, es difícil determinar quién filtró la información».

Su Shiyu, que estaba cerca, se quedó paralizado al oír estas palabras.

El enviado replicó con frialdad: «Con esas palabras, señor Gran Mariscal, ¿se atreve a afirmar que no está echando la culpa a otros?».

Chu Mingyun respondió secamente: «Solo he planteado una posible hipótesis. ¿Por qué tanta agitación?».

«Tú...».

«Le ruego al enviado que se calme», intervino Su Shiyu de repente. «Esta tragedia es un dolor compartido tanto por Gran Xia como por Loulan. Discutir no sirve más que para profundizar las divisiones. Solo a través de la cooperación

sincera entre nuestras naciones podremos descubrir rápidamente a los responsables».

El tono de la otra parte era amable y cortés; aunque el enviado sintiera ira ardiendo en su interior, le resultaba difícil seguir descargándola.

Chu Mingyun volvió la cabeza para mirar a Su Shiyu. «¿Se le ha ocurrido algo, ministro Su?».

En efecto, sí. En el momento en que Chu Mingyun pronunció esas palabras, el torbellino de pensamientos se detuvo abruptamente. Algo luchó por salir a la superficie, cristalizándose en claridad.

El envío de un enviado no debería haber llegado tan pronto. Como princesa, Mula no debería haber venido en persona.

Pero...

—He encontrado el deseo de mi corazón.

—Mi padre ya ha dado su consentimiento a nuestro matrimonio. Me ha encargado que te lo comunique.

—Enviado, ¿puedo preguntar si la princesa se va a casar con un comerciante han?
—preguntó Su Shiyu.

—¿Se refiere el censor al maestro Ji Heng?

«¿Sabe dónde estaba después del incidente?».

«No presté atención a eso. Él...». Las palabras del enviado se detuvieron abruptamente y su expresión se ensombreció.

Al ver la reacción del enviado, los presentes lo comprendieron. Li Yanzhen finalmente habló: «Ya que tenemos una pista, emita la orden de arrestarlo inmediatamente».

El enviado aceptó la orden, su expresión cambió varias veces antes de volverse finalmente hacia Su Shiyu. —Pero, ¿cómo llegó Su Excelencia a sospechar de él? Se tendió una emboscada dentro de las fronteras de Gran Xia, y Ji Heng es un comerciante han. ¿Podría haber alguna conexión?

Chu Mingyun entrecerró los ojos y sonrió con desdén para sus adentros. Desde el principio, el enviado había insistido repetidamente en la responsabilidad de Da Xia. Ahora, este enviado de Loulan ya no podía contenerse y había revelado abiertamente sus verdaderas intenciones.

Los muertos no pueden revivir. En lugar de aferrarse al pasado, es más sensato buscar ventaja en la situación. Tales intrigas y cálculos son naturales y totalmente justificables.

Su Shiyu comentó con frialdad: «¿Su Excelencia percibe alguna conexión?».

Antes de que el enviado pudiera responder, Li Yanzhen levantó una mano para detener el intercambio y suspiró. «Su significado me queda claro, Su Excelencia. Sin duda ordenaré una investigación exhaustiva. Como esto ocurrió dentro de nuestras fronteras, el Imperio de Gran Xia no puede eludir la culpa».

El enviado se dio la vuelta e inclinó la cabeza respetuosamente ante Li Yanzhen. «Puesto que Su Majestad el Emperador ha hablado así, este siervo se siente tranquilo. Sin embargo, aunque Loulan es un pequeño estado, su fuerza no puede igualar la de la Gran Xia. Aún así, esperamos que Su Majestad el Emperador actúe con justicia».

Li Yanzhen miró a Chu Mingyun y Su Shiyu, que estaban debajo del estrado, y declaró: «En el pasado, el gobernante de Loulan ofreció tres ciudades como dote. Por lo tanto, se compensarán tres ciudades. Que el gobernante considere esto como casar a su princesa con Gran Xia».

Tres ciudades en el Gran Desierto no podían compararse con tres ciudades en las Llanuras Centrales. Esta compensación superaba con creces las expectativas. El enviado estaba asombrado y perplejo. Antes de que su alegría pudiera manifestarse por completo, la fría voz de Chu Mingyun cortó el aire:

«Su Majestad, elija cuidadosamente sus palabras».

Su Shiyu añadió: «Su Majestad, según los precedentes, los detalles de la compensación deben deliberarse en la corte antes de su finalización».

Li Yanzhen se quedó inmediatamente en silencio.

La expresión del enviado se torció ligeramente. Entendía la situación dentro de la corte de Gran Xia. Los responsables de la toma de decisiones en el consejo imperial eran esencialmente solo Chu Mingyun y Su Shiyu. Ahora que ambos habían hablado, la noción de «deliberación en el consejo imperial» era claramente una táctica dilatoria.

Chu Mingyun irradiaba una abrumadora sensación de agresividad. La mirada del enviado se desplazó hacia Su Shiyu. «Excelentísimo señor Censor, nuestra princesa lo consideraba como un hermano. Ahora, su cuerpo yace frío dentro de sus fronteras. ¿Aún debe discutir sobre la indemnización?».

Los ojos de Su Shiyu se oscurecieron y permaneció en silencio durante un momento.

Chu Mingyun se rió entre dientes. «¿No es evidente, Excelencia, que la compensación es su principal preocupación?».

Como la situación amenazaba con degenerar en otra disputa, Su Shiyu suspiró suavemente. «Su Excelencia dice la verdad. La princesa me trató con auténtica amabilidad, por lo que le estoy profundamente agradecido». Hizo una pausa. «Precisamente por esta razón, me gustaría hablar con Su Excelencia en privado». »

El enviado seguía perplejo. Su Shiyu se inclinó ante Li Yanzhen para pedirle permiso, que le fue concedido. A continuación, extendió la mano en señal de invitación. «Le estaría muy agradecido si Su Excelencia me acompañara al salón lateral para seguir hablando».

El enviado dudó, pero finalmente accedió a regañadientes.

Sin Li Yanzhen observando, Su Shiyu se sintió menos cohibido en sus negociaciones con el enviado. Sin embargo, a pesar de su elocuencia e ingenio, la

dinastía Gran Xia no podía eludir su responsabilidad por la trágica muerte de Mulahe.

Las conversaciones resultaron extremadamente arduas y solo se llegó a un acuerdo provisional cuando el sol se ocultó tras el horizonte. La demanda de cesión territorial fue sustituida por reparaciones. El enviado se marchó con el rostro tan sombrío como las nubes de tormenta. Tras informar a Li Yanzhen y recibir su aprobación, Su Shiyu esperó a la sesión matutina de la corte para deliberar más a fondo.

Caminando solo bajo la luz oblicua del sol, Su Shiyu regresó a su residencia. Bajó la mirada hacia las losas azules bajo sus pies, donde los rayos persistentes fluían como sangre serpenteando en la distancia.

Se preguntó si aquella doncella de ojos esmeralda habría vislumbrado una escena así cuando cerró los ojos para siempre. Se preguntó qué emociones se habrían despertado en ella cuando su amado le asestó el golpe fatal. Se preguntó si, en ese último instante, habría recordado la boda a la que habían prometido asistir, aquella ceremonia condenada al fracaso, destinada a convertirse en ruinas.

Qué chica tan tonta, tal vez ella misma había revelado la ruta a su asesino.

En realidad, Su Shiyu entendía que, dada la posición de Mulahe en el corazón del gobernante de Loulan, ni siquiera tres ciudades podrían aliviar lo más mínimo su dolor. Sin embargo, aun así, no podía acceder a la demanda del enviado de Loulan.

La familia y la nación son lo primero; el afecto personal es trivial, apenas digno de mención.

Sin embargo, si Mu La sentía algo en el más allá, conociéndolo como lo conocía, ¿quizás él también se arrepentiría de haberlo llamado hermano? Al igual que... aquel día en la mazmorra acuática, Su Xing lo había mirado con rencor.

Al pensar en ello, Su Shiyu soltó una risa débil y silenciosa, y una fugaz sombra de cansancio cruzó su frente.

Pronto llegaron noticias: Ji Heng había sido detenido, había confesado todos los delitos y estaba siendo escoltado desde Zhenjiang a Chang'an.

Su Shiyu se limitó a asentir al oír esto, despidió a los asistentes sin más comentarios y continuó revisando los documentos oficiales uno por uno. Al levantar una página, algo se deslizó de repente y cayó sobre el escritorio.

Era una carta con fondo amarillo y sello rojo, con la solapa parcialmente rasgada.

Su Shiyu se detuvo y la miró en silencio durante un largo rato antes de extender lentamente la mano. De forma poco habitual en él, dudó y despegó con cuidado el sello.

Aunque el papel era grueso, el contenido era escaso y estaba escrito con la letra torcida y desigual de Mula. Su Shiyu descifró cada carácter, leyéndolo detenidamente, incapaz de reprimir una leve sonrisa.

La carta no tenía ni rastro del estilo literario formal común entre los chinos han, ya que estaba escrita íntegramente a mano por Mulahe. Comenzaba con sus impresiones sobre la deliciosa comida y los lugares de entretenimiento que había encontrado en Chang'an durante los últimos días, y luego pasaba abruptamente a mencionar varias flores inusuales que habían florecido recientemente en Loulan.

Cuando Su Shiyu pasó la página, la sonrisa se desvaneció de sus labios.

«¡An Yinuo miente sin pestañear! Más tarde, recordé la entonación y pregunté a varios han. Todos dijeron que esos eran tus nombres. Ese día, ese grupo estaba hablando mal de ti, ¡pero tú insististe en que no era así!».

«Me hizo darme cuenta de que no todos los han son tan decentes. Por alguna razón, he seguido escuchando a gente hablar mal de ti estos últimos días. Pero pensé que quizá no querrías que lo supiera, así que me contuve y no me peleé con ellos».

«¿Has oído que las mujeres de Loulan podemos leer la mente? Los han son demasiado simples para darse cuenta, pero yo sé que tú eres excepcionalmente bueno».

«An Yinuo tiene el corazón más bondadoso del mundo».

An Yinuo tiene el corazón más bondadoso del mundo.

Una frase tan absurda que solo Mura podría haberla escrito.

Su Shiyu apretó la carta con fuerza, con la mano temblando ligeramente. Cerró los ojos, respiró hondo lentamente y se relajó de nuevo. Bajó la mirada y se quedó mirando la línea escrita durante lo que le pareció una eternidad, antes de soltar finalmente una risa débil y amarga.

Al pasar a la última página, Su Shiyu se quedó completamente paralizado en el momento en que vio las palabras manchadas de tinta.

«La pregunta que An Yinuo no pudo responder aquel día... Creo que ahora sé la respuesta».

«Entonces...».

capitulo 33

☆, [Capítulo 33]

Bajo la luz de la luna, el patio brillaba como un estanque de agua cristalina, y las sombras de los bambúes y los cipreses tejían un tapiz de plantas acuáticas entrecruzadas en el suelo. Un joven practicaba el manejo de la espada solo en el patio, y el silencio solo se rompía con el silbido agudo de la hoja al cortar el aire.

La fuerza de Chen Siheng flaqueó, lo que hizo que su golpe con la espada vacilara. La espada larga se le escapó de las manos y cayó al suelo con estrépito. Reaccionó rápidamente, retrocediendo justo a tiempo para evitar que le golpeará el pie. Sin embargo, se quedó mirando la espada durante un largo rato, suspirando profundamente. Chen Siheng tocó la daga que llevaba en el pecho, se agachó y murmuró en voz baja:

«Hermana Jingshu... Sigo sin poder odiarte...».

De repente, se oyó un crujido cuando se abrieron las pesadas puertas de la mansión y una ráfaga de viento barrió el patio. Chen Siheng agarró su espada y se giró para mirar con recelo a los intrusos. «¿Quién anda ahí?!».

Dos figuras vestidas de negro flanqueaban las puertas abiertas. Detrás de ellas, dos escuadrones de hombres con túnicas negras entraron con expresiones frías y formaron una línea a ambos lados.

La escena empapó al instante la espalda de Chen Siheng en sudor frío. Paralizado en el sitio, fijó la mirada en la última figura en entrar.

Envueltos en la noche, la visitante se erguía alta y esbelta, con motivos de loto en sus túnicas como sangre. Una sonrisa tenue, casi imperceptible, jugaba en sus ojos. «¿Por qué esa mirada? ¿No me reconoces?».

La sorpresa de Chen Siheng se convirtió en alegría. «¿General Chu?! ¿Ha venido a verme?!».

«Mm», respondió Chu Mingyun. «Para ver si estás muerto».

La oleada de emoción de Chen Siheng se apagó al instante. Su boca se crispó y se quedó sin palabras.

Chu Mingyun observó los alrededores y le preguntó casualmente por su rutina diaria antes de cambiar bruscamente de tono. «He venido a hacerte unas preguntas. Tanto si deseas recordarlas como si no, debes responder con sinceridad. ¿Entendido?».

Chen Siheng sonrió, con un toque de resignación en su expresión. «Después de todo este tiempo, hace tiempo que lo he aceptado. No hay nada que no esté dispuesto a recordar. Pregunta lo que quieras».

«¿Qué fue exactamente lo que oíste cuando ocurrió el incidente en tu casa?».

«No sé nada», Chen Siheng negó con la cabeza. «Cuando el abuelo nos mandó irnos, por mucho que preguntara, solo me decían que todo iba bien. La noche en que se produjo el incendio fue tan repentina que todo era un caos. Simplemente no pude ver ni oír nada». Hizo una pausa. «... Solo vi a la hermana Jing Shu entrar corriendo y sacarme de allí».

Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño y volvió a preguntar: «Ese día en Hongxiu Zhaoqui, ¿qué le ibas a decir a Su Shiyu antes de que yo llegara?».

«La hermana Jingzhu me ordenó que dijera que al hombre se le llamaba Gran Mariscal», respondió Chen Siheng, mirándolo con repentina urgencia. «¡Sí, general Chu! ¿Quién es este Gran Mariscal? ¿Podría ser realmente él quien dañó a mi familia?».

Chu Mingyun lo miró impasible. «Fui yo».

«¿Qué?», balbuceó Chen Siheng. «Pero... ¿no es usted un general?».

«Gran Mariscal es mi cargo civil en la corte. En el campo de batalla, naturalmente, soy general», explicó Chu Mingyun, con la mirada ligeramente fría. «Déjame pensar. Si no me hubiera cruzado con Su Shiyu ese día, ¿ella tenía pensado decirme que la otra parte era el Censor en Jefe?».

De este modo, sembraría la discordia entre ellos, enfrentando a la facción Chu contra la facción Su en una destrucción mutua, para cosechar los beneficios como tercera parte.

«Un plan muy inteligente, sin duda». Resopló con desdén y sacó una ficha de bronce de su manga. «Joven, ¿sabes para qué sirve esto?».

Chen Siheng la tomó, negó con la cabeza, pensó detenidamente y luego asintió.

«¿Hmm?».

«Un hermano visitaba a menudo a la hermana Jing Shu. Una vez lo vi darle esta ficha y luego varias personas obedecieron sus órdenes», explicó Chen Siheng. «Supongo que debe ser algún tipo de ficha o prueba de identidad».

—¿Alguna vez les oíste mencionar Huainan?

—Nunca —respondió Chen Siheng con absoluta certeza.

Chu Mingyun asintió con la cabeza y guardó la ficha de bronce pensativo.

Al ver que había terminado de preguntar, Chen Siheng miró a las figuras vestidas de negro y no pudo evitar preguntar: «General Chu, ¿esos hombres son sus subordinados?».

Chu Mingyun giró ligeramente la cabeza. «Guardias de la Sombra».

Los ojos de Chen Siheng se iluminaron. Estudió con cautela la expresión de Chu Mingyun antes de armarse de valor para decir: «Entonces... ¿podría yo también convertirme en uno de sus Guardias de la Sombra?».

Chu Mingyun se echó a reír de repente. «¿Sabes lo que implica ser un guardia de las sombras?».

«... ¿La sombra del maestro?», se atrevió a decir.

«Exactamente», respondió Chu Mingyun, estudiándolo lentamente. «Entonces, ¿por qué crees que aceptaría una sombra tan corta?».

Chen Siheng: «...».

Chu Mingyun sonrió, se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, saludando con la mano con indiferencia. «Shen Qiding, mantén la calma y empuña tu espada con firmeza. Cuando llegue tu momento, te llamaré».

Chen Siheng exclamó sorprendido: «¿De verdad?».

Nadie respondió. En un abrir y cerrar de ojos, los guardias de las sombras volvieron a cerrar la puerta. El patio volvió a quedar en silencio, completamente inmóvil, como si nunca hubiera habido nadie allí.

A lo largo del antiguo camino de regreso a la ciudad, el noble corcel trotaba tranquilamente, sin que sus cascos hicieran ruido sobre la hierba fresca. Los guardias de las sombras que los seguían eran igualmente silenciosos. Chu Mingyun parecía sumido en sus pensamientos, con la mirada inquieta. De repente, detuvo su caballo y levantó una mano para silenciar las preguntas de los guardias. Incluyó ligeramente la cabeza y escuchó con atención.

Una melodía extremadamente débil flotaba en el aire, una melodía etérea y desolada, ligeramente teñida de tristeza, pero tan delicada como el agua que gotea sobre la piedra, apenas audible en sus momentos más tranquilos.

Chu Mingyun escuchó atentamente durante un momento antes de desmontar. Lanzó las riendas a los guardias de las sombras que lo seguían. «Pueden regresar primero». Dicho esto, partió solo.

Siguiendo la melodía, se abrió paso entre ramas en flor y sauces. Al apartar una exuberante rama de melocotonero, su vista se abrió de repente. Se detuvo, sorprendido, cuando los pétalos carmesí bajo sus dedos desprendieron una tenue fragancia que permaneció en sus yemas.

El río Ba fluía majestuosamente junto al pabellón. La luz de la luna, como la escarcha, proyectaba un frío sobre el joven vestido con túnicas blancas que se encontraba en su interior, envolviéndolo en una pálida frialdad. Sentado con las piernas cruzadas contra el pilar bermellón, una cítara de paulownia descansaba sobre sus rodillas. Con la cabeza ligeramente inclinada, pulsaba las cuerdas de seda. Su largo cabello caía en cascada con sus movimientos, como trazos de tinta de diferente intensidad sobre papel Xuan blanco contra su túnica plateada bordada con motivos de nubes. Sus cejas y ojos bajos conservaban su habitual y llamativa belleza.

El juicio del mundo resultó infalible; pocos bajo los cielos podían rivalizar con su gentil elegancia, tan refinada como el jade.

Su Shiyu levantó la mirada al oír pasos que se acercaban. Cuando las últimas notas de su melodía se desvanecieron, miró a la figura que se acercaba. «¿Qué te trae por aquí?».

«Yo debería preguntarte eso a ti», respondió Chu Mingyun, observando los alrededores vacíos. «Al oír el zither desde lejos, supuse que alguna cortesana actuaba aquí. Encontrarte a ti, magistrado Su, demuestra que posees un ocio bastante refinado».

Su Shiyu respondió con frialdad: «Me temo que no era ningún cantante ni intérprete, para decepcionarlo, ministro Chu. Aún no es demasiado tarde para que se marche».

«¿Por qué quiere que me vaya, ministro Su?», Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja. «¿Es que no desea verme?».

«En absoluto», Su Shiyu se rió suavemente.

«¿Era un canto fúnebre lo que tocabas hace un momento?», Chu Mingyun se agachó ante él, inclinando ligeramente la cabeza mientras observaba a Su Shiyu. «¿Estabas llorando a los difuntos?».

«¿Qué sugiere eso?», respondió Su Shiyu con una sonrisa. «¿Me está ofreciendo consuelo, señor Chu?».

Chu Mingyun se rió entre dientes. «Cuando tu propio tío muere ante tus ojos y tú permaneces impasible, ¿para qué necesitas mi consuelo?».

Su Shiyu bajó la mirada sin responder y volvió a tocar las cuerdas.

Chu Mingyun no le prestó atención y simplemente se levantó la túnica para sentarse junto a Su Shiyu. Extendió la mano y lo tocó ligeramente. «Toca otra cosa».

«...» Su Shiyu lo miró de reojo. «¿De verdad me considera un simple juglar o una cortesana?».

«Si hubiera querido un juglar o una cortesana, no estaría escuchando tu interpretación». La respuesta de Chu Mingyun tenía un aire de lógica evidente.

«Tienes toda la razón», se rió Su Shiyu. «Con el mejor intérprete de qin del sur, comprado a un alto precio y presentado en tu casa, ciertamente no te falta nadie que toque las cuerdas».

Chu Mingyun volvió la cabeza para mirarlo, con un tono cargado de un significado indescifrable. « Pareces estar bastante bien informado sobre mis asuntos».

Su Shiyu hizo una breve pausa en su interpretación antes de responder con franqueza: «Es solo que la reputación de la señorita Ruji la precede tanto que incluso yo he oído hablar de ella. Una vez deseé buscar su orientación, pero, por desgracia, perdí la oportunidad. No me había dado cuenta de que la habías despedido tan a fondo después, no queda ni rastro de ella hasta el día de hoy».

Chu Mingyun se rió suavemente. «¿No es porque estoy profundamente enamorado de ti?».

Su Shiyu apartó la mirada. «En ese caso, supongo que debo preguntarte: ¿es la habilidad de la señorita Ruji con la cítara realmente tan extraordinaria como se rumorea?».

Chu Mingyun se detuvo brevemente y luego ofreció una valoración de tres palabras: «Suenas soporífera».

Su Shiyu le lanzó una mirada penetrante. «Con su gusto tan exigente, señor Chu, me temo que no entiendo por qué debería molestarme en tocar para usted».

«En plena noche, aquí en medio de la naturaleza, he abandonado mi residencia para escuchar tocar al señor Su, ¿y se atreve a criticarme? Qué desalentador». Chu Mingyun suspiró con nostalgia.

«... ¿Qué le gustaría escuchar?».

Chu Mingyun reflexionó por un momento. «La Marcha de batalla del príncipe Lanling».

Su Shiyu levantó la vista de repente y fijó la mirada en el rostro de Chu Mingyun, estudiándolo atentamente durante un momento. «Hablando de eso, me recuerda una pregunta que hace tiempo que quería hacerle».

«El príncipe de Lanling, famoso por su impresionante belleza, a menudo se enfrentaba al desprecio en el campo de batalla. Por eso se fabricó una horrible máscara dorada para infundir terror a sus enemigos. Entonces, ¿cómo conseguiste que tu propio rostro inspirara tanto respeto en el campo de batalla?».

Su Shiyu hizo una pausa y luego apartó la mirada. Levantó la mano, colocó los dedos sobre las cuerdas y la brillante luz de la luna se extendió uniformemente por sus yemas.

La melodía comenzó con una elegancia refinada, sus notas como discos de jade y perlas que caían con un sonido fresco y claro. Luego, el tono cambió al estruendoso ritmo de los tambores de guerra, intensificándose gradualmente hasta convertirse en el estruendo del choque de las espadas. Aquí, los caballos de hierro y los ríos helados avanzaban en olas tumultuosas.

El sonido llenó el pabellón bermellón hasta rebosar. Chu Mingyun apoyó los codos en las rodillas, inclinó la cabeza para mirar a Su Shiyu y apoyó la barbilla en la mano.

Incluso aquellos que más detestaban a Chu Mingyun tenían que reconocer una cosa: poseía un rostro de extraordinaria belleza. Los chismes eran constantes; algunos afirmaban que era la inquietante curva de sus finos labios lo que cautivaba las almas, otros que lo más encantador era la postura de sus pálidos dedos manchados de sangre que sostenían un abanico.

Sin embargo, Su Shiyu ahora pensaba que eran esos ojos los que resultaban verdaderamente insoportables. Cuando sonreía, brillaban como aguas primaverales, rebosantes de luz; cuando estaban quietos, eran tan claros y fríos como aguas otoñales.

Con un repentino movimiento de sus dedos, las cuerdas callaron. A medida que la melodía se desvanecía, el mundo quedó sumido en un momento de profunda quietud.

Chu Mingyun permaneció inmóvil, con la mirada fija en Su Shiyu. Tras un momento de silencio, habló de repente: «Tu rostro parece bastante sonrojado».

«...», suspiró Su Shiyu en silencio. «Cualquiera se sentiría incómodo bajo tu mirada fija durante tanto tiempo».

Chu Mingyun sonrió suavemente. «Tú eres aún mejor».

«¿Qué?», Su Shiyu se quedó paralizado, encontrándose con la creciente calidez de esos ojos y perdiendo momentáneamente el rumbo.

Chu Mingyun señaló la cítara que tenía en el regazo. «La mejor de Jiangnan palidece a tu lado».

«Gracias por el cumplido», respondió Su Shiyu, apartando la mirada y sonriendo. Sin embargo, en medio de estas pocas palabras, aunque aliviado, una sensación inexplicable y opresiva se apoderó silenciosamente de él, desconcertante de descifrar.

Chu Mingyun se dio la vuelta, apoyando su cuerpo relajado contra la barandilla del pabellón. «Sigue tocando. No me hagas caso».

Su Shiyu asintió levemente, pero Chu Mingyun volvió a hablar de repente: «Ah, claro».

«¿Qué pasa?».

«¿Te apetece algo dulce? Puedo compartir contigo unos dulces de piñones».

Su Shiyu soltó una suave risita, sin confirmar ni negar nada, y comenzó a tocar con naturalidad otra delicada y clara melodía.

Chu Mingyun se quedó en silencio y cerró los ojos como si estuviera cansado. La suave música llenaba el aire, Se movió ligeramente, aparentemente incómodo en su postura, apoyándose de lado contra el pilar del pabellón. Su hombro rozó el de Su Shiyu y su suelto cabello negro azabache se deslizó hacia abajo cuando inclinó la cabeza, cayendo sobre el hombro de Su Shiyu. La brisa nocturna lo atrapó, barriéndolo a través de la mandíbula de Su Shiyu, dejando un indescriptible cosquilleo y entumecimiento.

Una inexplicable punzada de ansiedad lo invadió, y la voz de Mu Luhe resonó claramente en sus oídos:

«Entonces...».

«Entonces, ¿a An Yinuo le gusta, verdad?».

Los dedos de Su Shiyu vacilaron y la música se volvió inestable.

En ese instante, diez mil mariposas batieron sus alas al unísono, llenando su pecho con el aleteo de sus alas. Su corazón estaba completamente caótico, sin ningún ritmo.

«Cuatro generaciones de la familia Su... no necesitamos un general más».

«No te llevaré al campo de batalla otra vez. A partir de ahora, debes aprender a ser un funcionario civil».

«Lo que deseo es expandir nuestras fronteras miles de kilómetros, convocando a todos los rincones para que rindan homenaje».

—¿Te gusta?

«Es vital para la nación, ¿por qué debes tratarlo con tanta amabilidad?».

«¡Cuando mi apuesto hermano está aquí, la niebla se desvanece!».

«Hay mucho sobre lo que especular, como la forma en que me percibes».

—¿Te gusta?

«¿No tienes corazón?»

«¡Sin corazón ni deseos, sin sangre ni lágrimas! ¡Sigue así y permanecerás solo y abandonado toda la vida!»

«Dije que te invitaría a vino para celebrarlo. ¿Por qué sigues frunciendo el ceño?»

—¿Te gusta?

«¿Le habría gustado esto al ministro Su?»

«Lo olvidé, tú nunca disfrutas de nada».

—¿No te gusta?

“.....Entonces, ¿por qué el sonido de los latidos de mi corazón resuena en mí como un dolor desgarrador?”

Su Shiyu detuvo sus manos. Las cuerdas aún temblaban, pero la melodía hacía tiempo que se había desafinado, caótica y desordenada, reflejando la confusión de su mente. Un toque de nerviosismo, un atisbo de alegría, una pizca de desconcierto y un dolor innegable y punzante en lo más profundo de su corazón. Al fin y al cabo, parecía que cada palabra pronunciada era cierta.

Su Shiyu levantó ligeramente la cabeza y exhaló un largo suspiro. Después de una eternidad, giró lentamente la cabeza para mirar a Chu Mingyun, que estaba a su lado. Este parecía completamente ajeno a todo, aún descansando con los ojos cerrados y el rostro sereno.

Su Shiyu lo miró fijamente durante un largo rato antes de levantar de repente la mano lentamente. Extendió los dedos, con cautela y deliberadamente, y los acercó para tocar los párpados de Chu Mingyun. Este simple movimiento le llevó una eternidad. Un suspiro de profundo cambio resonó en su interior, el sonido del agua que fluía y el viento que rozaba sus oídos. Su mano finalmente se detuvo a unos centímetros de distancia, congelada como si no pudiera acercarse más.

Chu Mingyun abrió de repente los ojos y miró los dedos que tenía delante sin mostrar ninguna emoción.

La calma volvió instantáneamente a los ojos de Su Shiyu y sus pensamientos se aclararon. Su mano se curvó con el arco más sutil y leve, como si la pausa no hubiera sido más que una vacilación inadvertida. Casualmente, arrancó un mechón de pelo de la

sien de Chu Mingyun, lo examinó con seriedad bajo sus párpados y luego comentó con indiferencia: «Ha sido un error mío. Lo confundí con un mechón de pelo blanco».

Chu Mingyun lo observó y levantó la mano para frotarse la sien dolorida.

capitulo 34

☆, [Capítulo 34]

El hombre encadenado fue conducido a un pequeño patio, donde lo obligaron a arrodillarse antes de arrancarle la capucha negra que le cubría la cabeza. Luchando por levantar la mirada, se quedó mirando fijamente a la figura que tenía delante. «¿Su Shiyu?».

Bajo la brillante luz de la lámpara, el joven sonrió levemente. «¿Me reconoces?».

Ji Heng observó a su alrededor. No había ni una sola ventana abierta; aunque era pleno día, ni un solo rayo de sol penetraba en el espacio. El mobiliario de la habitación era extremadamente minimalista: salvo por un escritorio y una silla en la parte delantera, estaba completamente vacía. Los guardias permanecían en silencio a los lados de la habitación, y su presencia irradiaba un frío inexplicable. Fijó la mirada en Su Shiyu. «Esto no es la Censoría. ¿Qué pretendes?».

«Mis disculpas por la intrusión», respondió Su Shiyu. «Tengo algunas preguntas que hacerte. No te preocupes, solo quiero que me dediques un poco de tu tiempo. Después te devolveré a la Censoría».

«He confesado todo lo que sé». «Respondió Ji Heng. «Lo creas o no, no tengo nada más que decir».

Su Shiyu se rió suavemente. «Nunca dije que quisiera interrogarte sobre el caso. No hay necesidad de tanta rebeldía».

«Entonces, ¿qué quieres preguntarme?».

Su Shiyu suspiró levemente. «¿Mataste a Mu Lahu con tus propias manos?».

«Sí».

«En tu confesión, afirmaste que actuabas bajo órdenes. ¿Así que ese encuentro con ella en medio del caos también fue meticulosamente planeado?».

Ji Heng, aún sin entenderlo, respondió con franqueza: «Sí. Ya tenía una esposa en casa. ¿Quién se aventuraría a ir a un lugar abandonado de la mano de Dios como Loulan por negocios a menos que se viera obligado por la fuerza?».

Los ojos de Su Shiyu parpadearon. Tras un momento de reflexión, preguntó: «¿Sentiste alguna reticencia cuando atacaste?».

La confusión en los ojos de Ji Heng se desvaneció mientras fijaba su mirada en Su Shiyu. De repente, sonrió, como si encontrara la pregunta completamente absurda. «Así que el honorable censor puede ser tan ingenuo», comentó con una risita. «Cuando uno se acerca con segundas intenciones desde el principio, ¿quién podría enamorarse genuinamente de un peón?».

Siempre ha sido así. Incluso después de una prolongada proximidad, no es más que una actuación escenificada. La mirada del estratega se fija únicamente en la batalla de ingenio; ¿cómo podría discernir el afecto genuino por un peón?

Solo los caídos son insensatos sin medida.

Su Shiyu miró a Ji Heng a los ojos. Sus ojos se intensificaron, luego asintió levemente y murmuró con una leve sonrisa: Tienes razón.

Con eso, Su Shiyu sacó un frasco de porcelana celadón de su manga. Un guardia se inclinó para recibirlo, mientras otro agarraba rápidamente la mandíbula de Ji Heng, obligándolo a abrir la boca. Ji Heng apretó los dientes con pánico, luchando desesperadamente, Pero un objeto afilado le golpeó la espalda con fuerza, hundiéndose profundamente en su carne. Gritó de dolor. En ese instante, le introdujeron una píldora en la boca y se la hicieron tragar. Ji Heng tosió violentamente dos veces y gritó alarmado: «¿Qué están haciendo?!».

«No temas, es una pastilla para proteger el corazón». Su Shiyu recuperó el frasco de porcelana. «Tu destino final es Loulan. No te quitaré la vida ahora».

Ji Heng lo entendió al instante. «¡Su Shiyu! Como Gran Censor, ¿tienes que atormentar a los prisioneros?».

«Un Gran Censor nunca haría tal cosa. Su Shiyu lo miró y sonrió levemente. «Pero estos hombres son mis guardias privados. Esta es mi residencia privada. Y nuestra disputa es personal, no tiene nada que ver con asuntos oficiales».

«¿Una disputa personal?», preguntó Ji Heng incrédulo. «¿Qué disputa personal podría tener yo contigo?».

La sonrisa de Su Shiyu se hizo más profunda mientras bajaba la mirada. «Mi hermana tiene poco criterio para juzgar el carácter de las personas. Como su hermano mayor... ...debo cuidar de ella». Sin esperar la reacción atónita de Ji Heng, levantó su taza y bebió un sorbo del té de primavera.

«Continúa».

Chu Mingyun dejó casualmente su pincel y miró a Qin Zhao. «¿No se puede recabar información? ¿Qué significa eso?».

«Yan Ye dice que la información de la Censoría está muy bien guardada. Solo ha oído que Ji Heng estaba apenas vivo cuando lo trajeron aquí. Sin embargo, pocos, aparte de Su Shiyu y el censor jefe, lo han visto, por lo que no está claro si es verdad o ficción. Todas las confesiones están en manos de Su Shiyu; ni siquiera los mensajeros conocen su contenido».

«Eso es inusual. No parece probable que se trate de un crimen pasional». Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño. «Ahora que lo pienso, los problemas se han ido acumulando en los últimos días».

Tras pensarlo un momento, dio una orden: «Ve a investigar a cierta persona».

«¿A quién?».

Los labios de Chu Mingyun esbozaron una leve sonrisa. «A la consorte imperial del palacio, Jiang Yuan».

Qin Zhao asintió con la cabeza. De repente, volvió a suspirar. «Pero este asunto no puede quedar sin resolver. ¿Debo buscar personalmente a Su Shiyu para interrogarlo?».

«Es posible que Su Shiyu no diga la verdad», comentó Qin Zhao.

Chu Mingyun se llevó el dedo a la barbilla. «Tienes razón. Entonces, ¿crees que es mejor que vaya durante el día o por la noche?».

—Hermano mayor —llamó Qin Zhao de repente, en voz baja—. Mávalo.

Chu Mingyun lo miró con ojos penetrantes. —¿Qué acabas de decir?

—Mávalo —repitió Qin Zhao—. Ha pasado mucho tiempo y seguimos sin poder comprender a Su Shiyu. Como no se puede convencer, sería mejor simplemente eliminarlo. No importa cuán hábil sea, no puede resistir a un número abrumador. Si cien hombres no logran matarlo, entonces lo harán doscientos. Una vez que esté muerto, no tendremos más obstáculos».

«La muerte de Su Shiyu significa que no habrá más obstáculos, tienes toda la razón», Chu Mingyun miró fijamente a Qin Zhao y, de repente, esbozó una sonrisa. «Pero no lo haré».

«¿Por qué?», espetó Qin Zhao.

Chu Mingyun apartó la mirada y respondió tranquilamente: «Me gusta bastante Su Shiyu. Sería terriblemente aburrido si muriera».

«¿Qué tiene de bueno?», insistió Qin Zhao.

«Me peló naranjas en Nochevieja», comentó Chu Mingyun con indiferencia.

Por un momento, casi pensó que Qin Zhao podría superar su cara de póquer para mostrarle una mirada de angustia sincera. Por desgracia, Qin Zhao solo esbozó una rígida mueca con los labios. «Hermano mayor...».

«¿Por qué sientes tanta hostilidad hacia Su Shiyu?», lo interrumpió Chu Mingyun.

Qin Zhao se quedó en silencio, con los labios apretados.

Chu Mingyun se tomó su tiempo para estudiarlo y, de repente, se echó a reír. «Déjame adivinar: no es porque ese chico, Du Yue, no pare de llamarlo "primo" todo el día, ¿verdad? Has tomado a Su Shiyu por un rival romántico, ¿no?». Qin Zhao bajó la mirada, en silencio, admitiéndolo de hecho.

No era más que un mortal, de mente estrecha, con espacio en su corazón solo para dos. Dado que la existencia de Su Shiyu afectaba tanto a Chu Mingyun como a Du Yue, ¿por qué no debía ser eliminado?

Chu Mingyun se rió sin control durante un buen rato, pero cuando se volvió para ver la expresión de Qin Zhao, su diversión se desvaneció al instante. —Qin Zhao —su voz se volvió ligeramente más fría—, sácate esa idea de la cabeza.

—¿Por qué? —Qin Zhao levantó la vista y fijó la mirada en Chu Mingyun—. Hermano mayor, ¿es posible que realmente te haya caído bien?

Chu Mingyun se quedó paralizado. «¿Por qué preguntas eso?».

«Entonces, ¿por qué no lo matas?».

Chu Mingyun encontró su razonamiento absurdo, pero por un momento se quedó sin palabras. Tras pensarlo un momento, respondió: «Naturalmente, hay muchas razones para no matar a un hombre. Puede que no sea lo que imaginas. Tomemos como ejemplo la situación actual. Su Shiyu debe vivir. Su supervivencia nos beneficia mucho más».

Qin Zhao lo miró impasible.

Chu Mingyun frunció profundamente el ceño antes de volver a hablar tras una larga pausa. «¿Cómo podría sentir algo por él?». Hizo una pausa, como si sus propias palabras hubieran reforzado su convicción. Su frente se relajó y se rió suavemente. «Su Shiyu es un hombre de apariencia cálida pero de corazón frío. Oculta profundamente sus emociones, sin dejar nunca que se note su alegría o su ira. Dicen que es despiadado. Cualquiera que se enamore de él está realmente condenado».

Qin Zhao se quedó en silencio y no preguntó nada más.

Debajo de la ventana, pasó una criada vestida de azul. Al oír las voces, miró hacia la habitación antes de continuar su camino, con pasos pausados, mientras cruzaba la hierba tranquila y fragante y se alejaba.

«¿Eso es lo que dijo?», preguntó Su Shiyu, levantando la vista del memorial. Tras un momento de reflexión, sonrió lentamente y asintió con la cabeza. «La valoración es bastante acertada».

La criada vestida con una túnica verde se arrodilló ante el escritorio, con expresión desconcertada. —¿Señorito?

—Pero has olvidado que esta misión es diferente a las anteriores. No hay necesidad de recabar información —comentó Su Shiyu con una leve sonrisa—. Simplemente cuida de Yue. No hay necesidad de informarme de tales asuntos en lo sucesivo.

La doncella inclinó profundamente la cabeza, murmurando su asentimiento.

Su Shiyu asintió. «Regresa rápidamente, no sea que despiertes sospechas». Mientras la veía retirarse con reverencia, su mirada se posó en el colgante de jade que tenía a su lado. Perdido en sus pensamientos durante un largo rato, finalmente esbozó una leve sonrisa.

Solo los caídos son completamente necios.

capitulo 35

☆, [Capítulo 35]

Los puestos de té junto a las puertas de la ciudad de Chang'an siempre estaban llenos de actividad. Vendedores ambulantes, trabajadores y transeúntes se detenían invariablemente para tomar té y descansar los pies, antes de lanzarse a animadas discusiones sobre la situación del país.

Un joven espadachín alto y delgado encontró un asiento, apoyó casualmente su espada sobre la mesa y llamó al propietario para que le trajera té. Los que estaban cerca mantenían una acalorada discusión, con voces llenas de indignación y descontento. Todos parecían visiblemente agitados. Desconcertado, el espadachín sorbió su té y se inclinó para escuchar.

«¡Las cosas van realmente de mal en peor! Piensa en los cien años transcurridos desde la fundación de la dinastía Gran Xia: ¿cuándo hemos soportado alguna vez tal humillación?».

«¡Exacto! ¿Por qué una gran nación como la nuestra tiene que pagar unas indemnizaciones tan elevadas a un estado insignificante como Loulan? Solo se trata de la muerte de una mujer, y ni siquiera la hemos matado nosotros. ¿Qué derecho tienen a exigir una indemnización?».

«¿No murió en la frontera? Afirman que era han, pero ¿quién dice que no la mataron ellos mismos solo para sacarnos el dinero?».

«¿Y qué si nos están sacando el dinero? ¿Qué podemos hacer al respecto? Parece que la corte está llena de cobardes sin carácter últimamente. En los viejos tiempos, no habrían pagado ni un centavo, ¡habrían entrado directamente y se lo habrían llevado!».

A su alrededor se escuchó un coro de voces de acuerdo, interrumpido por otra voz: «¡Es fácil para ti decirlo! ¿Qué sentido tiene luchar? Una vez que estalle la guerra, esos nobles señores no tendrán un momento de paz. Es mejor pagar y acabar con esto, al fin y al cabo es nuestro dinero ganado con esfuerzo».

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando el clamor estalló de nuevo.

El espadachín se quedó desconcertado, tirando de la manga de un hombre de mediana edad que estaba a su lado. «Hermano, ¿de qué demonios están hablando?».

El hombre se volvió hacia él. «¿No lo sabes, muchacho? Hace unos días, la princesa de Loulan murió en circunstancias misteriosas. Nuestro país envió un enorme tributo en concepto de indemnización: ¡cientos de cofres! Acaban de salir de las puertas de la ciudad». Asintió con la cabeza hacia la distancia, con la voz cargada de resentimiento. «¡Se rumorea que hay diez mil taels de oro y plata, además de tres mil rollos de brocado y seda!».

El espadachín asintió sin responder. El hombre de mediana edad continuó sin que nadie le preguntara: Estos funcionarios se han acostumbrado demasiado a sus cómodas vidas. Una sola palabra suya y todo fue enviado. ¡El Gran Censor, el Gran Censor! ¿Quién hubiera pensado que caería tan bajo? Si el general Su Jue siguiera vivo, probablemente se vería abocado a la muerte por la pura indignidad.

El espadachín parecía desconcertado. «¿Te refieres al señor Su Shiyu? ¿No era famoso por su integridad y virtud? «

Es él», respondió el hombre de mediana edad. «Pero lo que dices es probablemente cosa del pasado. ¿La disculpa que mencioné antes? ¡Él ordenó que se entregara!». Suspiró profundamente una vez más. «A decir verdad, ¿dónde se encuentra esa virtud? Todos los funcionarios son igualmente corruptos. La corte no es más que una guarida de especuladores egoístas. Justo el otro día, oí rumores de que conspiró con el gran mariscal Chu para asesinar a Su Xing. Me negué a creerlo y discutí con ese tipo toda la tarde. Pero ahora, tras reflexionar...». Soltó una risa fría, sacudió la cabeza y se calló.

El espadachín lanzó una mirada compleja a la multitud, aún indignada, antes de suspirar él mismo.

La mirada del hombre de mediana edad pasó de la espada sobre la mesa al espadachín. De repente, comentó: «Bueno, jovencito. A juzgar por tu atuendo, eres un caballero errante, ¿verdad?».

El espadachín se apresuró a responder: «Qué halago. No soy un caballero errante, solo un aprendiz de artes marciales».

«Ah, demasiado modesto», se rió el hombre de mediana edad, dándole una palmada en el hombro. «Hoy en día, a los poderosos no les importa en absoluto nuestra difícil situación. Cuando surgen problemas, ¡son personas como tú las que tienen que resolverlos!».

El espadachín asintió sin responder, mirando pensativo su propia espada.

Esa noche, una sombra oscura pasó rápidamente por la puerta del estudio.

Su Shiyu permaneció completamente sereno, sin dejar de moler lentamente la tinta de pino mientras se arremangaba. La puerta se abrió de golpe. El viento nocturno hizo que la llama de la vela titilara y se apagara. Un destello frío atravesó la penumbra, acompañado de una fuerte ráfaga de viento, que se precipitó directamente hacia él.

Su Shiyu permaneció impasible, con la mirada baja, inmóvil, la espada oculta en la manga presionada silenciosamente contra la palma de su mano.

Sin embargo, no atacó.

La figura se congeló abruptamente. En el silencio, una espada atravesó la carne con un leve golpe sordo. La punta de la espada emergió por el pecho, salpicando sangre por todas partes.

Su Shiyu dio un paso atrás y su mirada se posó en las gotas carmesí que manchaban la piedra de tinta, en un marcado contraste entre el negro y el rojo. Levantó los ojos y vio cómo la oscura figura se derrumbaba de lado, revelando a la figura que empuñaba la espada detrás de ella. La hoja dibujó un arco brillante al enfundarse. El hombre se encontraba bañado por la luz de la luna, con un perfil familiar.

«¿Por qué has venido?», preguntó Su Shiyu, con un deje de sorpresa en su voz.

Chu Mingyun no respondió, sino que se adelantó para mirar al espadachín caído. Chasqueó la lengua con desdén. «Señor Su, la disculpa apenas ha salido de Chang'an, ¿y ya hay alguien que busca quitarle la vida a este perro de funcionario?».

Su Shiyu le lanzó una mirada de impotencia. Chu Mingyun levantó los ojos para encontrarse con la mirada de Su. «¿Tan poco valor tienes que, incluso con un asesino a las puertas de tu casa, ni siquiera eres capaz de esquivarlo?».

—Estaba a punto de actuar cuando tú te me adelantaste —dijo Su Shiyu, guardando los documentos manchados de sangre y sonriendo—. Gracias por intervenir, señor Chu. Te debo un favor.

Chu Mingyun se sentó en el escritorio, con los brazos cruzados sobre la mesa. Inclinandose hacia adelante, pronunció lentamente sus palabras con una suave risa: «¿Me debes un favor? ¿Crees que con esa sola frase me vas a despedir?».

La última sílaba y el movimiento hacia adelante se vieron interrumpidos por un colgante de jade que se le apoyó en la frente, con una textura suave y cálida. Su Shiyu miró el rostro que tenía a pocos centímetros de distancia y luego colocó el colgante de jade en la mano de Chu Mingyun. «Esto debería bastar, entonces».

Brillando con color y irradiando calidez al tacto, Chu Mingyun recordó que este mismo colgante de jade era la apuesta que Su Shiyu le había ofrecido en el Pabellón del Deleite Supremo. «¿Por qué me das esto?».

«Para devolverte el favor. Simplemente acéptalo». » Su Shiyu hizo una pausa antes de añadir: «De ahora en adelante, si vuelves a visitar la mansión, no hay necesidad de escabullirte como un asesino. Lleva este colgante de jade y podrás venir a verme a cualquier hora. Nadie te lo impedirá».

Chu Mingyun recorrió con los dedos los patrones tallados en el jade blanco. «¿Incluso cuando te estés bañando?».

«...», respondió Su Shiyu, «¿tú qué crees?».

Chu Mingyun se rió suavemente y aceptó el jade. «Pero esta vez he venido a discutir algo realmente importante».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa mientras le servía té. «Lo entiendo. Habla con franqueza».

«Mantuviste en secreto el asunto de Ji Heng», observó Chu Mingyun, mirándolo a los ojos. «¿El príncipe de Huainan también estaba detrás de esto?».

Su Shiyu asintió. «La confesión así lo afirma, y Ji Heng presentó la prueba. A simple vista, eso es lo que parece».

«¿A simple vista?», se rió Chu Mingyun. «¿El señor Su también ha detectado algo extraño?».

Su Shiyu le devolvió la mirada. «¿Qué has descubierto?».

—¿Recuerdas el asunto de la Ceremonia del Sacrificio Celestial? —preguntó Chu Mingyun—. Hice que mis hombres investigaran el lugar de origen de Jiang Yuan. Probablemente ya lo has adivinado, ¿verdad?

—¿Huainan?

—Exactamente —respondió Chu Mingyun, con expresión alegre—. Esas coincidencias son poco frecuentes en este mundo. Si Su Majestad hubiera seguido investigando el asunto, inevitablemente se habría descubierto el origen de Jiang Yuan. Probablemente habría vuelto a conducir al príncipe de Huainan una vez más.

Su Shiyu bajó la mirada, en silencio, perdido en sus pensamientos.

—Tsk —Chu Mingyun levantó la barbilla con un gesto de desaprobación—. Mírame.

Su Shiyu se tensó ligeramente y sus pensamientos se dispersaron. Apartó la mano de Chu Mingyun, se estabilizó y levantó la vista. —¿Qué pasa?

—No he terminado de hablar y ya me ignoras otra vez —Chu Mingyun frunció el ceño.

No pudo evitar reírse suavemente. —Mis disculpas, ministro Chu. Por favor, continúe.

Chu Mingyun tomó la taza de té. —¿No es esto bastante peculiar? Los métodos de la otra parte se vuelven cada vez más burdos, las pruebas cada vez más evidentes.

—Después de que el caso Su Xing implicara al príncipe de Huainan, no hiciste nada. Poco después, Jiang Yuan, oriundo de Huainan, me acusó falsamente. Su Majestad decidió no seguir adelante con el caso. Luego vino esto: el asesinato de la princesa de Loulan, con pruebas incriminatorias que apuntaban directamente al príncipe de Huainan, lo que te obligó a investigar.

Su Shiyu se quedó paralizado, comprendiendo de repente. Chu Mingyun concluyó: «Parece que él te está instando constantemente a que lo mates. Cuanto más dudas, más impaciente se vuelve».

Su Shiyu frunció el ceño. «Pero el sello real es como el edicto imperial de jade: no se puede falsificar».

«Nunca he dicho que las pruebas sean falsas. Simplemente me parecen extrañas». Chu Mingyun lo observó. «A su debido tiempo, el ministro Su emprenderá una gira de inspección imperial. ¿Aún tiene intención de seguir adelante?».

Su Shiyu lo miró a los ojos y asintió. «Habiendo confirmado la complicidad del príncipe de Huainan, es imperativo que vaya».

«Entiendo que el ministro Su alberga desde hace tiempo la intención de reducir el poder de los señores feudales. ¿Es este asunto tan crucial como para arriesgar su vida por él?».

Su Shiyu sonrió levemente. «¿Por qué no?».

«Como desee». Chu Mingyun apartó la mirada y bebió un sorbo de té.

Su Shiyu no insistió en el tema. Mientras la lámpara parpadeaba suavemente y la luz de las velas bailaba, contempló el frío cadáver en el suelo. Suspirando, de repente comentó: « Aunque esta disculpa pueda evitar la guerra, me temo que mientras el rey de Loulan permanezca en el trono, nunca volverá a permitir que

Loulan tenga el más mínimo trato con nuestra Gran Xia. Solo rezo para que no se alíen con los xiongnu...

Chu Mingyun dejó la taza de té y se rió entre dientes. —Loulan se encuentra en la ruta esencial de regreso de las Regiones Occidentales. ¿Crees que seguirán permitiendo el paso a las caravanas de mercaderes Han?

La implicación era clara. Su Shiyu preguntó: —¿Tiene Su Excelencia alguna solución?

—Se me acaba de ocurrir una —respondió Chu Mingyun con una sonrisa—. Simplemente sustituya al comandante que custodia la frontera occidental por Zhou Yi.

«¿Y luego qué?».

«Nada más. El señor Su no tiene por qué pensar en seleccionar a otro candidato si se presenta una solución», respondió Chu Mingyun. «Zhou Yi es quien más tiempo lleva a mi servicio. Era mi comandante adjunto cuando repelimos a los xiongnu. Poner la frontera occidental bajo su mando sin duda infundirá temor tanto a los xiongnu como a Loulan».

Su Shiyu permaneció impasible. «No es un asunto trivial. Debemos esperar la respuesta del emperador antes de deliberar más».

«Si el señor Su está de acuerdo ahora, creo que Su Majestad no tendrá ninguna objeción», respondió Chu Mingyun, con los ojos arrugados en una sonrisa mientras lo estudiaba. «¿Hmm?».

Su Shiyu lo miró en silencio durante un largo rato. La brisa nocturna barría el pasillo mientras las luciérnagas revoloteaban fuera de la ventana.

Chu Mingyun hablaba con sinceridad. Dentro de la corte, aparte de un puñado de confidentes de confianza bajo su mando, no había nadie más capaz de asumir responsabilidades tan pesadas.

Su Shiyu suspiró suavemente. «Puesto que el señor Chu lo plantea así, no tengo motivos para negarme».

Chu Mingyun sonrió. «El ministro Su comprende perfectamente la situación». Hizo una pausa y, de repente, recordó algo. «Por cierto, ¿qué se perdió exactamente durante ese incidente en el Pabellón Tianlu?».

«Varios registros desaparecieron sin ningún patrón», recordó Su Shiyu. «No pudimos discernir el motivo del autor. Entre ellos había exámenes de años anteriores, edictos imperiales relativos a la construcción de canales, informes fronterizos, el Registro de Príncipes Feudales y...».

«¿El Registro de Príncipes Feudales?», interrumpió Chu Mingyun.

Su Shiyu asintió con la cabeza. «Recuerdo que contenía registros de los feudos concedidos a los príncipes feudales, sus genealogías, los emblemas ceremoniales y los protocolos para las ceremonias de audiencia».

“Emblemas”.

La mirada de Chu Mingyun se agudizó ligeramente mientras las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba.

El emblema de esa ficha de bronce.

La otra parte había pensado más detenidamente que él. Para evitar ser descubiertos, habían robado preventivamente el registro de los señores feudales, lo que hacía imposible su verificación.

Chu Mingyun se levantó y se alisó las mangas. «Bueno, ya está dicho todo lo que había que decir. Me voy».

Su Shiyu asintió con la cabeza y se levantó para acompañarlo a la salida. Sin embargo, tras dar solo dos pasos, Chu Mingyun se dio la vuelta. «Casi se me olvida».

«¿Qué es?».

Chu Mingyun le entregó un paquete de papel. «Toma».

«¿Qué es esto?». Su Shiyu lo cogió y lo examinó.

«Los dulces de piñones que te dije que compartiría contigo la última vez». Chu Mingyun hizo un gesto casual con la mano antes de darse la vuelta para marcharse. «No hace falta que me acompañes».

En un abrir y cerrar de ojos, se había ido. Su Shiyu bajó la mirada hacia el paquete de papel que tenía en las manos y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Era difícil precisar la emoción que se escondía detrás de ella.

El guardia apostado en la residencia de los Su se apoyó contra la pared, dormitando, cuando de repente unos pasos llamaron su atención y lo despertaron sobresaltado. Giró la cabeza rápidamente para ver a la figura que se acercaba, pero antes de que pudiera reaccionar, se quedó atónito al ver el colgante de jade que el hombre sacó. «Tu...».

El guardia tartamudeó, su mirada se desvió hacia la lámpara lejana del estudio antes de volver a Chu Mingyun con evidente tensión. Abrió torpemente las puertas de la mansión, miró hacia atrás al colgante de jade y luego se inclinó profundamente con la mayor reverencia. —Por favor... retírese.

Chu Mingyun miró el colgante de jade que tenía en la mano y frunció el ceño, desconcertado.

capitulo 36

☆, [Capítulo 36]

El aroma del sándalo flotaba suavemente por la habitación.

Chu Mingyun dio unos golpecitos en el escritorio, observando a Du Yue, que estaba sentado frente a él, atiborrándose de pasteles. —Te he llamado por negocios, no para invitarte a comer bocadillos.

Sin levantar la vista, Du Yue murmuró una respuesta. —Lo sé. Nunca tienes nada agradable que discutir, así que estoy comiendo unos cuantos tael más de pasteles para calmar mis nervios.

Chu Mingyun no le hizo caso, sacó un colgante de jade de su manga y lo colocó ante él. «¿Ves qué tiene esto de peculiar? ¿Por qué todos en la residencia Su reaccionan de forma tan dramática cuando lo ven?».

Du Yue se atragantó, tosiendo mientras señalaba con asombro. «¡Maldita sea! ... Esto, esto, esto...».

Chu Mingyun apoyó la barbilla en la mano, estudiando la expresión de Du Yue. «Exacto. Esa es la reacción que quería».

«¿De dónde lo has sacado, Chu?».

Chu Mingyun lo miró impasible. «Su Shiyu me lo dio personalmente».

«... ¿Su Shiyu te lo dio? ¿Qué Su Shiyu?». Du Yue jadeó, recuperando el aliento.

«Tú sabes mejor que yo cuántos primos tienes, ¿no?».

«... ¿Mi primo ha perdido la cabeza?». Du Yue parecía totalmente incrédulo.

«Ve al grano», instó Chu Mingyun con impaciencia.

«... De acuerdo». Du Yue se agarró la cabeza y se tomó un momento para recomponerse. «Recuerdo que este colgante de jade se lo dejó nuestra tía. Mi primo lo ha llevado desde que era niño».

«¿Estás seguro?», Chu Mingyun levantó una ceja. «Su Shiyu incluso lo empeñó una vez como garantía. Si fuera realmente tan importante, ¿lo habría entregado tan fácilmente?».

—Ahí es donde te equivocas —declaró Du Yue con aire de suficiencia—. He visto a Su Bai llevarse este colgante de jade varias veces cuando iba a hacer negocios. Se puede decir con seguridad que cualquiera que tenga alguna relación con la familia Su reconoce que pertenece a mi primo. Aunque lo perdiera en una apuesta, nadie se atrevería a quedárselo. Inevitablemente volvería a él.

«¿Ah, sí?», se rió Chu Mingyun. «¿Así que ver el jade es como ver al hombre en persona?».

«Pero como mi primo se atrevió a dártelo, no esperes utilizar este jade para movilizar los recursos de la familia Su», declaró Du Yue con decisión.

Chu Mingyun miró a Du Yue, que por una vez se mostraba inusualmente perspicaz. Los ojos del otro estaban fijos en el colgante de jade mientras daba un buen mordisco al pastel de hibisco. «Pero ¿por qué te lo dio a ti y no a mí?».

«Tampoco lo entiendo muy bien», murmuró Chu Mingyun, dando vueltas al colgante entre sus dedos. «Quizás no llevaba nada más encima en ese momento... O tal vez pretendía...».

—Chu Mingyun —lo interrumpió Du Yue de repente con una seriedad inesperada—. No tengo ni idea de en qué se pasan el día tus funcionarios, pero dejando eso de lado, mi primo no es tan intrigante como crees. ¡Ese colgante de jade significaba realmente algo para él!

—Sí, sí, sí. Siempre te has puesto de su parte, como si desearas que Su Shiyu fuera tu propio hermano. —respondió Chu Mingyun con indiferencia, levantando el colgante de jade ante sus ojos. El jade blanco, adornado con intrincados diseños, brillaba con un resplandor luminoso. De repente, una leve y fría sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. Sin previo aviso, soltó el colgante. —Me da igual si es importante o no.

El colgante de jade cayó en picado, y su claro y resonante tintineo resonó en el suelo.

Du Yue se quedó paralizado y luego golpeó la mesa con el puño, rugiendo: «¿Estás loco, maldito Chu?». Se agachó para recogerlo, pero Chu Mingyun le bloqueó el paso con el pie levantado. Du Yue se enderezó de golpe. «¿Qué estás haciendo?».

Chu Mingyun apoyó los brazos en la mesa e inclinó la cabeza con una sonrisa. «Es mío. ¿Por qué lo vas a recoger tú?».

«¿Y si tú no lo quieres y yo sí?», le espetó Du Yue.

—No —respondió, alargando deliberadamente el tono de su voz.

—¡Vete al infierno! —Du Yue se sacudió las mangas y se dirigió furioso hacia la puerta. Al pasar junto a él, apretó los dientes y escupió—: Eres un desagradecido, no sabes apreciar la bondad. ¡Ya verás cómo te sale el tiro por la culata!

Chu Mingyun lo vio marcharse con una leve sonrisa divertida. —Será un placer.

Du Yue abrió la puerta de una patada.

El silencio se apoderó de la habitación. Chu Mingyun se dio la vuelta, con la sonrisa desvaneciéndose. Apuró lentamente su taza de té, luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Sin embargo, se detuvo abruptamente en el umbral, incapaz de dar un paso más.

Chu Mingyun permaneció en silencio en la habitación, con la mano apoyada en la puerta tallada y lacada en rojo, inmóvil. Su mirada parecía fija en algún punto intangible, perdido en sus pensamientos.

El incienso de sándalo se quemó silenciosamente hasta convertirse en cenizas, desmoronándose en polvo dentro del quemador. El viento susurraba a través de la ventana, llevando consigo la tenue fragancia.

Después de un largo rato, se dio la vuelta lentamente y miró sin expresión al lugar donde había estado de pie, con los ojos moviéndose con incertidumbre. Dio un paso atrás, se agachó y recogió el objeto que tenía a sus pies. El jade

permanecía intacto, aunque habían aparecido varias grietas nuevas, claramente visibles a la luz del sol que se filtraba por la ventana.

Chu Mingyun frunció el ceño, emitió un sonido de desaprobación y volvió a guardar el colgante de jade en su manga. «Qué fastidio».

«¡¡¡Primo!!!». Un rugido acompañó la violenta apertura de la puerta del estudio.

Su Shiyu levantó la vista hacia la furiosa figura vestida de verde y no pudo evitar sonreír. «¿Qué pasa? ¿Has venido a vengarte?». «

¡Para encontrarte y poder buscar a otra persona con quien ajustar cuentas!». Du Yue se abalanzó sobre su escritorio. «¡Maldita sea, Chu Mingyun te ha tirado algo!».

«¿Algo?», Su Shiyu dejó de escribir. «¿Qué exactamente?».

«¡Ese colgante de jade que le regalaste! Dijo que no le importaba y lo tiró a un lado. ¡Maldita sea, yo lo apreciaría mucho!».

Su Shiyu dejó el pincel y frunció el ceño. «Habla correctamente». Tras una breve pausa, de repente se rió entre dientes. «Bueno, si lo ha tirado, que así sea».

«Tú...». A Du Yue le resultaba insoportable su reacción tranquila y, furioso, dijo: «Primo, ¿no vas a decir nada?».

Su Shiyu lo miró. «¿Qué debería decir?».

«¡Que ese tipo apellidado Chu es completamente despreciable! ¡No es más que un pedazo de...!».

«Yue», lo interrumpió Su Shiyu, sonriendo amablemente, «¿por qué menosprecias a los demás de esta manera?».

«¿Cómo que menosprecio?», espetó Du Yue. Sin embargo, a pesar de su furia reprimida, al ver la actitud indiferente de Su Shiyu, se sintió reacio a continuar la discusión. Suavizó el tono y preguntó: «Primo, ese colgante de jade significaba mucho para ti, ¿no? ¿Por qué demonios se lo diste sin motivo alguno?»

«¿Qué más da si significaba algo o no?», Su Shiyu bajó la mirada, con una leve sonrisa en los labios, y respondió con indiferencia: «Era para él, así que se lo di».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Du Yue desconcertado.

Su Shiyu lo miró y suspiró suavemente. «Ya que es suyo, él decide qué hacer con él. Si lo atesora o lo tira sin cuidado, depende totalmente de él».

«Pero, ¿cómo puedes regalar algo con buenas intenciones solo para que te sospechen y luego lo tiren a la basura?», se indignó Du Yue. «¿De qué sirve ser tan amable con él, primo?».

«No hay necesidad de tanto resentimiento», tranquilizó Su Shiyu. «Fue un regalo voluntario, sin intención de obtener nada a cambio. Nunca consideré su uso práctico, ni anticipé ningún resultado en particular. La situación actual no es del todo inesperada, así que no hay que darle más vueltas». Esbozó una leve sonrisa. «Si lo ha desechado, que así sea».

Du Yue sintió un nudo en el pecho. Se quedó mirando a Su Shiyu durante un largo rato antes de murmurar finalmente, nervioso: «Está bien, está bien, lo entiendo. Al menos no lo regañaré». Pero no pudo resistirse a quejarse: «Ese hermoso jade, desperdiciado de esa manera. Me duele. Hubieras podido dármelo a mí».

«¿Dártelo a ti?», se rió Su Shiyu. « «Creo recordar que todo lo que te regalé cuando eras niña se rompió en menos de tres días».

«¡Era pequeña y no sabía lo que hacía! Si me regalara algo ahora, ¡no se rompería!».

Al pronunciar esas palabras, los ojos de Du Yue se iluminaron de repente. Se inclinó hacia él y dijo: «Primo, regálame también un colgante de jade, ¿quieres? ¡Prometo cuidarlo y apreciarlo!».

«No hay ninguno». Su Shiyu negó con la cabeza.

«¿Qué? ¿No hay ninguno?».

«No», murmuró suavemente, contemplando la luz cambiante y las nubes más allá de la ventana, con expresión apacible. «Mi madre solo guardó este para que yo se lo regalara a alguien».

Du Yue siguió su mirada hasta las flores caídas en el patio. Ante esas palabras, se quedó en silencio y no volvió a mencionar el tema.

capitulo 37

☆, [Capítulo 37]

Las flores brotan a lo largo de los caminos rurales, los sauces se envuelven en la niebla. A medida que se acerca la primavera, se acerca la gira imperial.

El gran censor Su Shiyu, siempre prudente y confiable, había organizado meticulosamente todos los asuntos para su ausencia en los últimos días. Luego redactó un memorial para presentar al emperador para su revisión.

Li Yanzhen lo revisó brevemente y asintió. «Muy bien. Siempre he confiado en su gestión de los asuntos, ministro Su». Dejó el memorial a un lado. «¿Parece que tiene algo más que discutir?».

«Sí, Su Majestad», Su Shiyu se arrodilló. «Solicito humildemente que me conceda temporalmente el mando de las fuerzas fronterizas del sur».

Li Yanzhen pareció sorprendido. «¿Autoridad militar sobre la frontera sur?».

«Exactamente. Hace unos días, recibí información de inteligencia. Tras investigar estos últimos días, he descubierto que, aunque el caso contra el príncipe de Huainan es ahora concluyente, siguen existiendo numerosos puntos sospechosos. Incluso si no hay engaño alguno, es poco probable que se rinda sin luchar. El príncipe de Huainan comanda innumerables tropas de élite, incomparables con los simples soldados de escolta. Si las fuerzas fronterizas del sur nos ayudaran, podríamos responder mejor a cualquier acontecimiento repentino». Su Shiyu añadió: «A mi regreso a la corte, renunciaré sin demora alguna al mando».

Li Yanzhen sonrió levemente. «No hay necesidad de explicaciones. No sospecho de su deslealtad. Sin embargo», hizo una pausa y suspiró suavemente, «como bien sabe, la insignia militar no está en mi poder. Incluso si accediera a su petición ahora, no es seguro que el ministro Chu se la entregara».

«Su Majestad no debe preocuparse por eso. Visitaré personalmente al gran mariscal Chu. Seguro que no desobedecerá un decreto imperial. Si aprovechamos esta oportunidad para recuperar la insignia militar, sería el resultado más favorable».

Li Yanzhen asintió con la cabeza, pero una nueva preocupación ensombreció su frente. «Hablando del ministro Chu, llevas muchos días ausente de la corte. ¿Y si aprovecha esta oportunidad para actuar? ¿Qué pasaría entonces?».

«Esa es precisamente mi intención», respondió Su Shiyu, con la mirada más intensa.

«... ¿Qué propone, ministro?».

Su Shiyu bajó la mirada y habló con calma y deliberadamente: «Como bien ha observado Su Majestad, en mi ausencia, el gran mariscal Chu se sentirá naturalmente menos cohibido. Esto nos permite discernir sus verdaderas ambiciones. Además, Huainan no está muy lejos de aquí. Si ocurriera algún incidente importante, un caballo veloz podría traerme de vuelta en cuestión de días».

«... ¿Una prueba, entonces?», Li Yanzhen reflexionó un momento antes de asentir con la cabeza. «Como usted dice, mi querido ministro».

En el estudio, Chu Mingyun se recostó perezosamente en su silla. Al escuchar la propuesta de Su Shiyu, asintió con indiferencia. «Este es un asunto de gran importancia; la cooperación es algo natural. Redactaré una carta de inmediato. El ministro Su puede entregársela a los comandantes allí».

«Su Excelencia», le recordó Su Shiyu, «desde la antigüedad, la práctica establecida ha sido que los comandantes de guarnición actúen al ver la insignia militar».

«Lo sé muy bien», respondió Chu Mingyun, desplegando una hoja de papel para escribir. «Sin embargo, en aras de la seguridad absoluta, la insignia no se guarda en mi residencia. Dado que tu viaje ya está fijado, recuperarla ahora probablemente nos retrasaría varios días. Una carta servirá igual de bien, no hay por qué preocuparse». Habló con indiferencia, pero de repente levantó la vista para mirar a Su Shiyu, con una pizca de diversión en los labios. «Además, esa insignia fría y sin vida nunca podrá compararse con una carta escrita de mi puño y letra. Verla a diario quizá haga que Su Excelencia piense en mí un poco más a menudo».

La negativa era bastante clara. Su Shiyu, que lo había previsto, no insistió más. Sin embargo, al oír el último comentario, sonrió con un toque de resignación. «Incluso sin cartas, dudo que sea fácil olvidar al señor Chu».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun estaba entregándole la carta cuando agarró la mano de Su Shiyu, y su sonrisa se hizo más profunda mientras bajaba la voz. «En ese caso, ¿por qué no se queda conmigo esta noche, señor Su? No hay necesidad de regresar a su residencia».

Su Shiyu retiró la mano y dio un paso atrás, evitando su mirada mientras respondía con frialdad: «Su Excelencia tiene asuntos oficiales urgentes que atender. ¿Cómo podría atreverme a molestarlo?».

Chu Mingyun retiró la mano con un toque de decepción y, de repente, comentó: «Por cierto, Su Excelencia probablemente estará fuera, en Huainan, durante un mes y medio. Dado que insiste en ir personalmente, supongo que todos los asuntos de la corte han sido debidamente arreglados».

«Los asuntos de la corte son complejos e impredecibles, ¿cómo podría organizarlos realmente?», Su Shiyu lo miró. «Pero con Su Excelencia aquí, ¿qué motivo de preocupación podría tener?».

Chu Mingyun entrecerró ligeramente los ojos, comprendiendo la insinuación, y luego sonrió. «Puesto que el señor Su lo plantea así, parece que debo causar una mejor impresión, entonces».

Su Shiyu no respondió, estudió la carta que tenía en la mano y de repente preguntó: «Sus tropas son famosas por su estricta disciplina, ministro Chu. Si se presentaran simultáneamente una orden escrita y la insignia militar, ¿a cuál obedecerían los comandantes?».

Chu Mingyun apoyó la barbilla en la mano y lo miró con una sonrisa lenta y mesurada. «Tanto la carta como la insignia provienen de mí. Las órdenes no entrarían en conflicto. ¿Por qué distinguir entre ellas?».

Su Shiyu levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Chu Mingyun y le devolvió una sonrisa tranquila. «Nada. Solo un capricho».

Afuera, una fina llovizna había comenzado a caer sin que nadie se diera cuenta al caer la tarde. Una brisa fresca traía un ligero frío, pero las yemas de los dedos de Su Shiyu aún conservaban débilmente el calor de la palma de Chu Mingyun. Respiró hondo para calmar el aleteo de su corazón.

Se volvió para mirar la placa de la residencia del Gran Mariscal envuelta en la llovizna y volvió a sacar la carta de su manga. Un suspiro se le escapó. «Parece que... las tropas y las armaduras de la frontera sur han sido reinscritas bajo el nombre de Chu».

En el tercer mes, el Gran Censor, actuando por orden del soberano, viajó en nombre del emperador para inspeccionar los territorios de los estados feudales.

El sol brillaba intensamente entre las nubes primaverales. Li Yanzhen, acompañado por toda la corte de funcionarios civiles y militares, escoltó al enviado hasta las afueras de Chang'an. Las banderas llenaban el cielo, y la procesión ceremonial era imponente y solemne. El sonido de los tambores y la música se elevó hasta perforar los cielos, y luego se fue apagando gradualmente.

El vino sacrificial se vertió en el suelo, removiendo un remolino de arena fina. La fragancia del vino era rica y embriagadora, acompañada por el suave canto de las canciones ceremoniales.

Su Shiyu se arrodilló en el centro y escuchó mientras Li Yanzhen recitaba las palabras ceremoniales. Luego recibió la insignia con ambas manos antes de levantarse para hacer una reverencia respetuosa.

Una vez concluida la ceremonia, Li Yanzhen observó al hombre que tenía delante durante un momento antes de hablar. «Mi querido ministro, tenga mucho cuidado en su viaje».

«Gracias por su preocupación, Majestad», respondió Su Shiyu.

La comitiva que tenía detrás comenzó los preparativos para la partida en cuanto se puso en pie. Su Shiyu se despidió de Li Yanzhen y se dirigió hacia el carruaje. Al pasar junto a Chu Mingyun, no pudo evitar mirarlo, solo para encontrarse inesperadamente con la mirada del otro hombre, unos ojos tan profundos como el mar.

«Ministro Su», Chu Mingyun de repente extendió la mano y le agarró del brazo, con un tono desprovisto de emoción. «No muera allí».

Sus palabras fueron pronunciadas con tal monotonía, casi sin inflexión, que solo unos pocos ministros detrás de ellos captaron débilmente el comentario. Sus expresiones se volvieron instantáneamente impagables.

Su Shiyu se detuvo, incapaz de comprender el significado de esas palabras. Recordó el silencio inusual de Chu Mingyun cuando habían salido de la ciudad ese mismo día, mirando fijamente a lo lejos. Con una sonrisa desdeñosa, respondió: «Tenga la seguridad, ministro Chu. Por supuesto que no lo haré».

La muñeca de Su Shiyu era tan delgada como su complexión. Mingyun inconscientemente apretó ligeramente su agarre, con la mirada fija en los ojos sonrientes. Incapaz de resistirse, lentamente curvó sus propios labios en una sonrisa. Inclinandose más cerca, murmuró suavemente al oído de Su Shiyu: «Entonces el ministro Su debe recordar regresar pronto, no sea que me enferme de nostalgia».

El cuerpo de Su Shiyu se congeló de repente. Giró la cabeza y sus miradas se cruzaron a solo unos centímetros de distancia. El censor en jefe, normalmente reservado y discreto, de repente no prestó atención a la multitud que los observaba. Solo podía oír los latidos de su corazón, que retumbaban como un tambor. En un momento inusual, no se apartó en absoluto, sino que bajó la mirada y sonrió suavemente: «Muy bien».

Su gentil respuesta cayó como jade sobre las flores.

capitulo 38

☆, [Capítulo 38]

La hierba crece alta y los oropéndolas vuelan, y antes de que uno se dé cuenta, ha pasado un mes entero.

Después de que Su Shiyu partiera de la capital en su gira de inspección imperial, la facción Chu, inesperadamente, no hizo ningún movimiento. Todos los departamentos continuaron con sus funciones como antes, y la corte permaneció estable y sin alteraciones. Aunque los ministros dieron un suspiro de alivio, también sintieron una profunda inquietud, conteniendo la respiración en secreto, un estado bastante difícil de mantener. Se esforzaron por mantener este equilibrio durante casi un mes. Solo cuando estalló el incidente de Huainan, seguido de la noticia del inminente regreso del censor en jefe, se dieron cuenta de repente de que Chu Mingyun había permanecido realmente discreto durante tanto tiempo. Sus deliberaciones y decisiones habían sido imparciales y ordenadas, sin dar lugar a críticas, aunque el comportamiento del gran mariscal en los últimos días había sido notablemente inquieto.

Chu Mingyun apoyó la barbilla en una mano y dejó la carta sobre el escritorio con indiferencia. Al oír que se acercaban unos pasos, no levantó la mirada.
—¿Alguna noticia de Su Shiyu?

—... Hermano mayor. Los pasos se detuvieron bruscamente y la voz de Qin Zhao cambió sutilmente.

Chu Mingyun levantó las cejas. «¿Hmm?».

Qin Zhao lo miró con una expresión peculiar, dudando antes de hablar. «... Ya lo has preguntado siete veces en los últimos dos días».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño y luego respondió sin pestañear: «¿He preguntado siete veces y aún no hay ninguna novedad?».

«Su Shiyu ya está de regreso. Si no ha ocurrido ningún percance, naturalmente no hay noticias».

Chu Mingyun asintió impasible. Qin Zhao dio un paso adelante y dejó los documentos sobre la mesa. «Esto lo escribió Zhou Yi después de asumir su cargo. Afirma que la situación en la frontera occidental está ahora bajo control».

«Mm».

Qin Zhao se detuvo de repente, respiró hondo y luego miró el incensario con forma de bestia auspiciosa que había en el borde de la mesa. Un humo tenue y filiforme se elevaba en espirales. Comentó sorprendido: «Hermano mayor, ¿has cambiado el incienso?».

«Sí, incienso calmante», respondió Chu Mingyun mirando de reojo. «¿Qué tal está?».

«Bastante bien».

«¿Ah, sí?». Los dedos de puntas blancas golpearon intermitentemente la cabeza de la bestia dorada, produciendo leves chasquidos. Chu Mingyun comentó: «No puedo evitar sentir que le falta algo, es bastante frío e insípido».

«Ese es el aroma inherente del incienso calmante», respondió Qin Zhao.

«Pero ninguno de los que he olido antes era así», respondió Chu Mingyun instintivamente, con la mirada fija en el quemador de incienso.

«¿Dónde lo has olido antes?».

Un nombre rodó entre sus dientes, en la punta de su lengua, pero se contuvo. Chu Mingyun se quedó paralizado y volvió a tomar conciencia. Retiró la mano y descartó el asunto con unas pocas palabras superficiales.

Tras informar brevemente sobre el asunto, Qin Zhao se marchó.

La lluvia primaveral caía suavemente fuera, empapando los árboles de paulownia de color verde claro. Dentro de la cámara, la cálida niebla del incienso y el humo se entrelazaban, uniendo en silencio pensamientos demasiado complejos para articularlos.

Chu Mingyun se recostó ociosamente en la silla. Momentos después, tomó la carta que tenía a su lado y la leyó de nuevo, palabra por palabra, con aparente indiferencia.

Este informe final del guardia de la sombra que acompañaba a Su Shiyu indicaba que había partido de Huainan sin incidentes.

Sin incidentes.

Todo lo ocurrido durante el último mes, incluido el caso del príncipe de Huainan, había transcurrido con sorprendente facilidad.

Cuando Su Shiyu llegó por primera vez, el príncipe de Huainan se negó a recibirlo en la frontera. Las puertas de la ciudad permanecieron firmemente cerradas, y su postura fue inflexible. Más tarde, incluso desplegó varias capas de tropas dentro de la ciudad, creando un enfrentamiento con los soldados de la frontera sur convocados por Su Shiyu. La situación se había tensado como la cuerda de un arco, volviéndose cada día más urgente, al borde de la explosión.

Sin embargo, de la noche a la mañana, cambió abruptamente.

Más de diez mil soldados de élite depusieron las armas simultáneamente. Las puertas bermellonas de la ciudad se abrieron de par en par. Bajo la húmeda y fría luz de la luna, un hombre salió descalzo, llevando una cabeza en una caja, para ofrecer su rendición.

El hombre se declaró consejero del príncipe de Huainan y confesó que la coacción le había obligado a ayudar al tirano en la rebelión, un tormento que había soportado con profunda angustia. Al ser testigo de los actos traicioneros del príncipe, que ahora se extendían al sufrimiento de sus propios súbditos, había decidido conspirar para asesinar al príncipe. Sin demora, había acudido a abrir las puertas y dar la bienvenida al Gran Censor.

Arrodillado ante las imponentes murallas de la ciudad, confesó todos sus crímenes: utilizar opio para atar a Tan Jing, establecer la Torre de la Felicidad en Chang'an, enviar a Su Xing a asesinar a funcionarios, coaccionar a Ji Heng para que tendiera una emboscada a Mu Lahe y ayudar al príncipe de Huainan a provocar disturbios.

Declaró que todos los planes traicioneros habían sido obra suya y reconoció que merecía la muerte por asesinato. Sin embargo, imploró a Su Shiyu que mostrara misericordia y perdonara la vida a los soldados leales que no sabían nada y a la población inocente de la ciudad.

Sus palabras resonaron con firme convicción y concluyeron con una prolongada postración.

Los soldados detrás de él enrojecían los ojos, mientras que la escolta imperial murmuraba en señal de simpatía.

Su Shiyu contempló impasible la cabeza cortada del príncipe de Huainan. El rostro manchado de sangre aún mostraba una rabia retorcida y un resentimiento amargo, grotescamente aterrador en la penumbra.

Tras un largo silencio, Su Shiyu habló en voz baja: «¿Acaso he pedido alguna vez la cabeza del príncipe de Huainan?».

El estratega levantó la cabeza y enumeró inmediatamente los diez crímenes imperdonables del príncipe: traición, crueldad, pérdida total de la conciencia. Un hombre así merecía la muerte a manos de todos.

En medio del caos resultante, los guardias de las sombras prestaron especial atención a la reacción de Su Shiyu. El Gran Censor, protegido por sus asistentes capturados, simplemente se quedó paralizado por un momento, frunció el ceño y luego bajó la mirada con una leve y enigmática sonrisa.

Otros podrían haberse quedado perplejos ante el significado de las palabras de Su Shiyu, pero Chu Mingyun lo entendió perfectamente:

Antes de que pudiera siquiera acercarse al príncipe de Huainan, murió, truncando cualquier posibilidad de un interrogatorio exhaustivo. Las palabras del estratega, en las que se entremezclaban la verdad y la falsedad, seguían siendo imposibles de desentrañar. Antes de regresar a la capital, ya se había quitado la vida para expiar sus crímenes.

Otro caso más en el que la muerte no dejó testigos.

El caso parecía avanzar sin problemas, incluso adornado con un toque de noble rectitud. Sin embargo, en realidad, más allá de una cabeza cortada y un puñado de cenizas, no habían ganado nada. Su Shiyu no había caído en una trampa peligrosa, ni había sido atraído a una trampa melosa como se esperaba. El conflicto entre las pruebas irrefutables y el motivo cuestionable del sospechoso en el caso del príncipe de Huainan se hizo más profundo, pero se había vuelto completamente irresoluble.

A menos que lo hubieran pensado demasiado, seguramente el asunto era mucho menos sencillo de lo que parecía al mundo.

Las dudas resurgieron, los pensamientos sin resolver.

Chu Mingyun miró fijamente la carta blanca como la nieve, con la mirada vagando inconscientemente hacia el nombre escrito en ella. La tinta trazaba trazos delgados, cada uno de ellos horizontal, vertical y curvo, irradiando una suave calidez.

Casi se podía imaginar la suave y húmeda brisa del sur pasando entre sus dedos, una leve sonrisa jugando en sus labios mientras sus mangas revoloteaban. Como amapolas carmesí, parecían encenderse ante él, sus pétalos transformándose en alas de mariposa que revoloteaban con el viento. El incendio forestal se extendía por kilómetros, su resplandor implacable, ardiendo con una intensidad que se negaba a apagarse.

Era un esplendor sin límites.

—Ministro Su, recuerde volver pronto, no sea que mi añoranza por usted se convierta en una enfermedad.

Era claramente una broma, pronunciada como por una fuerza invisible.

Fuera de la ventana, la lluvia primaveral se intensificaba, y su golpeteo sobre las hojas de paulownia resonaba bajo los aleros.

Chu Mingyun apagó bruscamente el quemador de incienso con una taza de té frío, arrojó la carta sobre la mesa y se presionó las sienes con los dedos.

¿Enfermar de añoranza? Qué broma....

¿Quién lo echaría de menos de verdad?

Pasaron los días. Chang'an no esperaba al Gran Censor, sino a un visitante sin precedentes.

Los xiongnu enviaron un enviado, nada menos que el noveno príncipe, Yuwen Sun.

Desde la fundación de la dinastía, los Grandes Xia y los xiongnu habían estado enzarzados en una guerra sin fin. Innumerables almas leales habían perecido en las arenas del desierto, y sus restos cubrían las orillas del río Wuding. Incluso las mujeres, los niños y los ancianos hablaban de los xiongnu con los dientes apretados y los puños cerrados.

Incluso en los últimos años, cuando los xiongnu habían mostrado cierta moderación debido a la presencia de Chu Mingyun, ambas partes mantuvieron estrictas defensas a lo largo de sus fronteras, sin entablar ningún tipo de comunicación.

Ahora, el repentino envío de un príncipe real por parte de los xiongnu ha conmocionado a la corte. Lo recibieron apresuradamente según el protocolo, logrando al menos preservar el decoro.

El noveno príncipe, Yuwen Sun, hablaba chino han con sorprendente precisión y fluidez. Tras un breve saludo formal en el salón dorado, fue directo al grano:

Daxia debe ceder cinco ciudades del noroeste a los xiongnu.

La postura de los xiongnu era decididamente arrogante, explotando claramente la brecha entre Gran Xia y Loulan para obtener concesiones mediante una mezcla de coacción y negociación. Este príncipe xiongnu demostró ser un maestro de la retórica, entretejiendo la razón y la emoción en un discurso tan elocuente como una flor de loto. Un silencio inquietante se apoderó de la sala mientras los funcionarios de la corte intercambiaban miradas incómodas.

Un momento después, Li Yanzhen tomó la palabra: «Entonces, según Su Alteza, una vez cedidas las cinco ciudades, ¿los xiongnu pueden garantizar que no volverán a invadirnos?».

«Por supuesto», respondió Yuwen Jun con una sonrisa. «A decir verdad, no guardamos rencor alguno contra la Gran Xia. Nuestras repetidas incursiones hacia el sur solo tenían como objetivo garantizar nuestra supervivencia. Como usted sabe, nuestro pueblo ha vagado por las praderas durante generaciones, siguiendo el agua. Cuando llegan las tormentas de arena, nuestro suministro de alimentos se ve interrumpido. Con tantos miembros en nuestras tribus, no podemos simplemente dejar que mueran de hambre. Muchos han perecido en nuestras campañas en el sur, pero solo hemos conseguido apoderarnos de un poco de comida. Apenas vale la pena el costo, pero no hemos tenido otra opción. Hizo una pausa antes de continuar: «Hemos oído que el emperador de Gran Xia es generoso y que el padre Khan ya no desea librar la guerra. Por eso me han enviado urgentemente para proponer la paz».

Antes de que Li Yanzhen pudiera responder, Chu Mingyun intervino con frialdad: «Si se trata de una propuesta de paz, entonces estamos en igualdad de condiciones. ¿Con qué argumentos exige el Xiongnu que cedamos territorio?».

«¿No lo acabo de explicar? Nuestra guerra surge de la necesidad, impulsada por la supervivencia. Las tierras de Gran Xia son vastas y fértiles. Ceder una pequeña parte apenas les supondría una carga, mientras que salvaría a nuestro pueblo del hambre. Ambas partes evitarían el conflicto, un resultado mutuamente beneficioso». «Además —añadió Yuwen Jun—, hemos oído que Loulan solo perdió a una mujer, pero Su Majestad el Emperador les compensó con diez ciudades. Nosotros solo pedimos cinco ciudades para evitar la muerte de decenas de miles de personas, ¿se puede considerar realmente excesivo?».

Sus palabras daban a entender que Loulan había contactado con los xiongnu.

El rostro de Chu Mingyun se ensombreció, pero Li Yanzhen levantó rápidamente la mano para silenciarlo. Volviéndose hacia Yuwen Sun, dijo: «Su Alteza habla con razón. Sin embargo, este asunto no es trivial. No puedo darle una respuesta ahora. Habiendo viajado tan lejos, haría bien en descansar unos días mientras espera el resultado de nuestras deliberaciones».

Yuwen Sun sonrió y aceptó de buen grado, retirándose de la sala de la corte. Los sirvientes del palacio lo acompañaron a su alojamiento.

Mientras tanto, el emperador Li Yanzhen convocó a varios ministros de alto rango al Salón Xuan para una reunión confidencial. Después de tomar asiento, el emperador observó a los allí reunidos con una expresión compleja antes de hablar: «... ¿Qué opinan, señores?».

«¿Realmente merece la pena considerar este asunto?», preguntó Chu Mingyun con una sonrisa burlona.

Li Yanzhen apartó la mirada para evitar su mirada penetrante. «¿Qué opinan los demás ministros?».

Tras un momento de vacilación, Wei Song, el ministro de Hacienda, cuyas sienes ya estaban medio cubiertas de canas, dio un paso al frente y se inclinó profundamente. «En la humilde opinión de este viejo servidor... se puede considerar».

Chu Mingyun le lanzó una mirada de reojo.

«Su Excelencia, por favor, explíquese», instó Li Yanzhen.

Wei Song reflexionó brevemente antes de hablar lentamente: «Los cálculos de los xiongnu son realmente acertados. Además, el noroeste sufre calamidades perpetuas, lo que agota cada año innumerables cantidades de plata y grano del tesoro para paliarlas. Las arcas del Estado están realmente agotadas. Si cedemos estas tierras a los xiongnu, nos ahorraríamos la carga de la ayuda en caso de catástrofes. Sin embargo, esa tierra árida no puede sustentar a muchos xiongnu. Conservarla es un problema espinoso; renunciar a ella... no nos supondría una gran pérdida».

«Ministro Wei, ¿su aversión a las molestias justifica el abandono de la población de varias ciudades?», replicó Chu Mingyun con frialdad.

«¿Cómo se puede llamar a eso abandonarlos?», suspiró Wei Song. «El poderío de la Gran Xia se mantiene firme y nuestras fortalezas fronterizas están guarnecidas. Los xiongnu no se atreven a hacer daño a la gente común. Además,

en los últimos años, en regiones fronterizas como Liangzhou, los comerciantes privados han mantenido un comercio considerable con los xiongnu. Su coexistencia es mucho más armoniosa de lo que uno podría imaginar».

Un repentino destello de ferocidad atravesó la profunda mirada de Chu Mingyun. «Los territorios que recuperaré a través de sangrientas batallas en el campo de batalla, sacrificando a innumerables soldados y generales, ¿así es como pretendes entregarlos?».

Los demás ministros murmuraron entre ellos. Uno no pudo evitar suspirar suavemente: «El ministro Chu ha soportado muchas penurias, pero los tiempos han cambiado. La paz entre nuestras naciones y el comercio mutuo son sin duda beneficiosos. Desde una perspectiva más amplia, es para evitar más sacrificios...».

«¿Cómo puede estar seguro de que cumplirán sus promesas?», Chu Mingyun le lanzó una mirada, lo que hizo que el hombre retrocediera y bajara la cabeza en silencio.

Wei Song negó con la cabeza. «Pero si no lo intentamos, ¿cómo podemos discernir la verdad de la falsedad? Esta rara oportunidad de descongelar las relaciones con los xiongnu, ¿cómo podemos permitirnos retener ni siquiera una pizca de confianza?».

«Su previsión es notable, ministro Wei. Realmente no puedo comprenderla». Chu Mingyun soltó una risa seca y sin emoción.

Wei Song miró a Chu Mingyun y suspiró con impotencia.

Li Yanzhen también reflexionó: «Dado que los xiongnu han venido en persona, y han enviado nada menos que a un príncipe, su sinceridad es evidente. Rechazarlos de plano sin duda cortaría todas las vías para una futura amistad».

Al oír esto, Chu Mingyun levantó lentamente la mirada y fijó los ojos en el soberano sentado en el trono de la sala. Sonrió con frialdad. «Su Majestad es un hombre de profundo afecto, pero nunca se habría imaginado que pudiera ser tan indiferente al destino del reino».

«¿Qué quiere decir con eso, ministro Chu?».

Chu Mingyun apartó la mirada. «Su Majestad lo entiende perfectamente».

La expresión de Li Yanzhen se ensombreció, aunque no estalló en ira. Se volvió hacia los demás, dudando antes de hablar: «En ese caso, tal vez deberíamos seguir...».

«Su Majestad», Lu Shi dio un paso adelante y se inclinó. «Este servidor cree que el gran mariscal Chu habla con razón. ¡No se puede confiar en los xiongnu!».

«Esto...», Li Yanzhen se volvió hacia él.

«Este siervo no está en absoluto de acuerdo», la sonrisa de Chu Mingyun se atenuó ligeramente mientras hablaba lentamente: «Su Majestad, tenga cuidado».

Las palabras de Li Yanzhen se apagaron.

Wei Song se inclinó profundamente y suplicó con fervor: «¡Su Majestad, la causa mayor debe prevalecer!». Antes de que sus palabras se desvanecieran por completo, varias voces se hicieron eco de su súplica desde detrás de él.

Li Yanzhen se encontró en una situación difícil. Mientras Chu Mingyun permanecía erguido como un palo, con la mirada fija e inflexible, una punzada de inquietud recorrió a Li Yanzhen. Sus ojos se desviaron involuntariamente hacia el asiento vacío a su derecha.

Chu Mingyun siguió su mirada, y su expresión se iluminó ligeramente sin darse cuenta, pero permaneció en silencio durante un momento.

Li Yanzhen hizo un gesto con la mano para restarle importancia. «Ya basta, ya basta. Esto no es algo que se pueda decidir en un momento. El ministro Su ya está de regreso a la capital. Podemos seguir discutiendo el tema cuando regrese».

La mayoría de los funcionarios civiles presentes eran partidarios de Su y, naturalmente, no plantearon ninguna objeción. Tras aceptar la decisión, todos dirigieron su mirada hacia Chu Mingyun.

Solo entonces Chu Mingyun apartó la vista y respondió con indiferencia: «Muy bien».

En el pasillo del palacio, Wei Song aminoró gradualmente el paso hasta detenerse. Apoyado en la barandilla, contempló con la mirada perdida el cielo azul y las tejas vidriadas, con el ceño fruncido por la preocupación.

De repente, una voz sonó a su lado: «Ministro Wei, ¿sigue preocupado por el asunto de los xiongnu?».

Wei Song se volvió y vio a Yue Yuxuan, el ministro de Obras Públicas. Tras la ejecución de Tan Jing, Yue, anteriormente viceministro de Obras Públicas, había sido ascendido a este cargo. Wei Song asintió lentamente y, tras una pausa, respondió: «Aunque el señor Chu es, en definitiva, un hombre de armas, carente de previsión y comprensión del plan general, lo que ha dicho... tiene algo de cierto».

«¿Cómo es eso?».

«La población de esas cinco ciudades es, al fin y al cabo, súbdita de la Gran Xia. Abandonarla simplemente a los xiongnu... puede que, en efecto, sea...».

«Así que eso es lo que le preocupa, ministro Wei», sonrió Yue Yuxuan. «El ministro Chu solo buscaba excusas para su propio interés. No debe darle vueltas a sus palabras».

Wei Song lo miró sorprendido. Desde su nombramiento, este hombre siempre había mantenido un perfil bajo, adoptando una postura ambigua entre las facciones Chu y Su, sin ofender a ninguna de las dos. ¿Por qué ahora expresaba sus opiniones de forma tan directa? Insistió: « ¿Por qué dice eso?».

Yue Yuxuan hizo una pausa antes de hablar, miró a su alrededor y luego se inclinó hacia él y bajó la voz. «El señor Chu es originario de Liangzhou. Ahora pretenden ceder su tierra natal a los xiongnu. Naturalmente, está descontento. ¿Por qué le iba a importar el bien común?».

—Ya veo —asintió Wei Song—. Eso explica su repentina preocupación por el sufrimiento del pueblo. Parece que... lo he sobreestimado.

Yue Yuxuan se rió entre dientes. —Como usted dice, señor Wei, estos generales solo piensan en hazañas heroicas momentáneas y carecen de visión a largo plazo. Además, si nos hacemos amigos de los xiongnu, ¿cómo podría el gran mariscal Chu mantener su posición actual? «Es mejor tomar sus palabras con cautela».

Wei Song reflexionó sobre ello. Yue Yuxuan dio un paso atrás y se inclinó respetuosamente. «La mayoría de nosotros comprendemos sus sinceros esfuerzos, señor Wei. Independientemente de cómo pueda reaccionar más adelante el señor Su, yo permaneceré firmemente a su lado».

Wei Song sintió una oleada de emoción. Le dio una palmada en el hombro a Yue Yuxuan, no dijo nada más y salió con él.

capitulo 39

La medianoche era tranquila y silenciosa, y el lejano tintineo del reloj de arena resonaba débilmente. Cada campanada se filtraba a través de la celosía roja lacada de la ventana, haciendo que la vela junto al pergamino titilara, pero sin perturbar el ritmo constante del pincel sobre el escritorio.

La cálida luz de la lámpara proyectaba una delgada sombra a través de la habitación. Sus llamativos rasgos, concentrados, adquirirían un aire de solemnidad. Estudiaba en silencio el mapa amarillento extendido sobre el escritorio, mientras la mecha de la lámpara derramaba silenciosamente su cera.

De repente, un suave clic resonó en el silencio. La puerta oculta del estudio se abrió y Qin Zhao salió rápidamente, mostrando una carta que llevaba en la manga. —Hermano mayor, esto es un despacho de la frontera sur.

—Mm —Chu Mingyun asintió sin levantar la vista, mientras seguía haciendo anotaciones en el mapa—. Déjalo a un lado por ahora.

Qin Zhao miró el cielo nocturno y preguntó: «Es más de medianoche. ¿No va a descansar?».

«Puedes retirarte primero», respondió Chu Mingyong, tomando un documento doblado y escribiendo mientras hablaba. «Mañana por la mañana debo entregar los planes de defensa del Palacio de Caza a la Guardia Imperial. Todavía hay trabajo por hacer».

«¿Las defensas del Palacio de Caza?», preguntó Qin Zhao con curiosidad. «¿No ha sido siempre el comandante de la Guardia Imperial el responsable de los preparativos de la guarnición durante la caza de primavera en el tercer mes?».

—La delegación xiongnu permanece en la capital esperando nuestra respuesta, ¿no es así? —Chu Mingyun dejó el pincel y lo mojó en tinta—. Para evitar descortesías, se les ha invitado a participar en esta caza de primavera. La montaña Qi no es Chang'an; no podemos garantizar que los xiongnu no aprovechen la oportunidad para causar problemas. Me temo que el comandante podría seguir organizando las cosas según los antiguos precedentes.

Qin Zhao asintió.

Desde la antigüedad, los emperadores se adherían a los protocolos rituales y realizaban cacerías cada año de acuerdo con las estaciones.

Tal y como se registra en el Erya, bajo «Explicación de los asuntos celestiales»: la caza primaveral se denomina «búsqueda», la caza estival «siembra», la caza otoñal «trampeo» y la caza invernal «captura». Estas cuatro cacerías estacionales son ritos fijos que constituyen asuntos de estado importantes.

El soberano fundador de Gran Xia, deseando evitar que sus descendientes se entregaran al lujo y al placer excesivos, puso especial énfasis en la caza, estableciendo reglas que no podían violarse. Desgraciadamente, los emperadores de las últimas generaciones han mostrado poco interés por los asuntos marciales. El actual emperador Li Yanzhen ha transformado incluso la caza de primavera en una alegre excursión en la que el soberano y sus ministros, acompañados de sus familias, suben a las montañas para disfrutar de una excursión primaveral.

«En Xiongnu, incluso los niños de cinco años pueden tensar un arco para cazar. En contraste, el estado actual de Gran Xia es verdaderamente vergonzoso. Me preocupaba bastante que el príncipe se burlara de nosotros y nos menospreciara, pero ¿sabes lo que dijo nuestro emperador?». Chu Mingyun hizo una pausa y suavizó la voz. «Declaró que era la oportunidad perfecta para mostrar el refinado esplendor de la cultura de Gran Xia».

Echó un vistazo a la tinta fresca antes de levantar repentinamente la vista hacia Qin Zhao. «¿Acaso Li Yanzhen no oía el agua burbujeando en su propio cerebro cuando pronunció esas palabras?».

«...» Qin Zhao se quedó sin palabras, y finalmente logró decir con sequedad: «Hermano mayor... no imites su discurso».

Chu Mingyun se rió con indiferencia. «Vuelve a la cama. Ocupate de tus propios asuntos».

Qin Zhao asintió brevemente, pero Chu Mingyun de repente lo llamó de nuevo. «Ah, una cosa más...».

«¿Qué es?».

Chu Mingyun dudó, y una sombra de incertidumbre cruzó su frente. Tras un momento, volvió a fijar la mirada en el mapa. «No importa. No es nada».

Esa actitud era inusualmente rara en él. Qin Zhao lo miró fijamente durante un buen rato antes de hablar de repente. «Hay otra noticia relacionada con Su Shiyu».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun no levantó la vista. «¿Qué noticia?».

«Su Shiyu trajo consigo a un hombre de Huainan».

El pincel se detuvo, dejando una pequeña mancha de tinta en el papel blanco. Chu Mingyun levantó lentamente la vista y lo miró inexpresivamente. «Continúa».

«Nada más», respondió Qin Zhao.

Chu Mingyun fijó su mirada en Qin Zhao, quien le devolvió la mirada impasible. El silencio se hizo más denso hasta convertirse en una rigidez sofocante. Finalmente, Chu Mingyun soltó una risa hueca, con un tono desprovisto de emoción. «Si sigues adquiriendo estos malos hábitos de Du Yue, créeme, también te golpearé».

Qin Zhao apartó la mirada en silencio. «Es un joven comandante recientemente nombrado por el príncipe de Huainan, de dieciocho o diecinueve años, llamado Luo Xin. Siguiendo las instrucciones de Su Shiyu, ha regresado a la capital con la comitiva de inspección imperial».

«¿Luo Xin?». El nombre le resultaba totalmente desconocido a Chu Mingyun. Tras pensarlo un momento, murmuró: «Dieciocho o diecinueve años es precisamente la edad en la que uno es más maleable. Dado que actualmente no hay ningún talento militar en la corte, si Su Shiyu tiene la intención de recomendarlo a Li Yanzhen, parece que planea dividir el poder militar bajo mi mando».

Qin Zhao se tensó de inmediato. «¿Qué hacemos?».

«¿Cómo que qué hacemos?», Chu Mingyun le lanzó una mirada desdeñosa, con una leve y fría sonrisa en los labios. «¿Qué hay que preocuparse? ¿Crees que con solo formarlo se garantiza el éxito? ¿Te imaginas que cualquiera puede alcanzar mi posición?».

«Oh». Qin Zhao se relajó.

Aunque habló así, un rastro de irritación permaneció en la expresión de Chu Mingyun. Se presionó las sienes con los dedos, hizo un gesto a Qin Zhao para que se marchara y no dijo nada más.

La vela sobre el escritorio parpadeaba y bailaba.

Al amanecer del día siguiente, cuando las primeras luces del día comenzaban a extenderse por el cielo, el comandante de la Guardia Imperial entró en el palacio y encontró al gran mariscal esperándolo en el salón. Sorprendido, se apresuró a acercarse para ofrecerle sus disculpas.

Con manos temblorosas, aceptó el mapa. Después de escuchar las breves instrucciones de Chu Mingyun, no pudo evitar observar con cautela la expresión del mariscal. Tentativamente, preguntó: «Hoy es su día de descanso, señor Chu, y se ha levantado muy temprano. ¿Acaso hay algún asunto urgente?».

«Nada más», respondió Chu Mingyun, con la mirada baja, fija en el memorial que sostenía en sus manos. «No podía dormir».

El comandante tartamudeó: «... Entonces le acompañaré fuera del palacio».

Miró al comandante, le entregó el memorial y se dio la vuelta para salir. El comandante lo siguió respetuosamente.

Los terrenos del palacio aún estaban bañados por la luz del amanecer, con una capa de polvo primaveral posada sobre los tejados de tejas verdes. De vez en cuando, los sirvientes del palacio que barrían los terrenos se inclinaban ante ellos antes de retroceder para dejarles paso.

Chu Mingyun habló de repente: «Échale un vistazo rápido ahora. Pregunta si hay algo que no te quede claro».

El comandante abrió apresuradamente el memorial y, tras leerlo, no pudo evitar mostrar una ligera sorpresa. «Señor Chu... ¿No han estado siempre desprotegidas las estribaciones meridionales del monte Qi?».

«Las laderas meridionales del monte Qi son escarpadas, con el río Wei abajo. Cuando llega la primavera, sus aguas crecen y la corriente se vuelve tan fuerte que se vuelve intransitable para los hombres, una barrera natural que no requiere guarnición», respondió Chu Mingyun, echando un vistazo al memorial mientras caminaba. «Sin embargo, las lluvias de este año han sido escasas y el deshielo ha sido más lento de lo habitual, lo que ha dejado el caudal del río lento. Con la obstrucción del río Wei disminuida, cualquiera con un mínimo de habilidad podría ascender por las laderas meridionales. Además, las laderas meridionales se encuentran cerca del palacio de caza. Si...».

Su voz se apagó, deteniéndose abruptamente a mitad de la frase. El comandante, que había estado escuchando atentamente con la cabeza inclinada, volvió a prestar atención y se dio cuenta de que el señor Chu Mingyun había dejado de caminar en algún momento.

El comandante se volvió desconcertado y vio al Gran Mariscal mirando fijamente a lo lejos. Sus ojos eran oscuros e inescrutables, pero una leve sonrisa se extendió lentamente por sus labios.

«Por fin, algo que me complace», murmuró, con voz indistinta en la brisa matutina.

Siguiendo la mirada del comandante, vio una figura solitaria deslizándose bajo el enrejado de rosas, elegante como las orquídeas y los árboles de jade.

«Compruébelo usted mismo». Antes de que las palabras salieran completamente de sus labios, le entregó el memorial al comandante. Este se quedó mirando sin comprender, mientras el gran mariscal, sin siquiera mirarlo, se alejaba con paso decidido.

Paso a paso, pisó las losas verdes, sobre las flores caídas esparcidas por el camino, que aún no habían sido barridas.

«Ministro Su...».

Los pétalos carmesí, gruesos y pesados, brillaban con el rocío claro del amanecer, y su sutil fragancia flotaba en el aire.

Su Shiyu se detuvo en medio del esplendor primaveral, con el paso ligeramente vacilante. Se dio la vuelta, levantó la vista y sonrió. «Ministro Chu, han pasado muchos días».

«En efecto, ha pasado bastante tiempo», Chu Mingyun se detuvo ante él, alargando sus palabras con una sonrisa. «Me pregunto si el señor Su me echó de menos mientras estuvo en Huainan».

«¿Qué opina, señor Chu?», Su Shiyu lo miró con una leve sonrisa.

«Creo que sí». Chu Mingyun levantó ambas manos, inclinando la cabeza con los ojos entrecerrados por la diversión. «En ese caso, ¿qué tal un abrazo?».

Mientras hablaba, extendió genuinamente los brazos para abrazarlo. Su Shiyu se detuvo ligeramente, al ver al desconcertado comandante de la guardia imperial que se encontraba cerca. Retrocedió apresuradamente, levantando la mano para bloquear el avance, con un tono de resignación en su voz. «Ministro Chu, esto es el recinto del palacio».

Chu Mingyun bajó los brazos con indiferencia y miró al comandante, que se sobresaltó como si hubiera despertado de un sueño. El comandante se inclinó respetuosamente desde la distancia, con la cabeza gacha, antes de alejarse apresuradamente.

Solo entonces Chu Mingyun retiró la mirada con tranquilidad y preguntó: «¿Acabas de regresar?».

«Sí. Acabo de presentar mi informe a Su Majestad en el Salón Xuan». Su Shiyu caminó junto a él hacia la salida.

«¿Cómo están las cosas en Huainan?».

«Por ahora, todo está relativamente tranquilo. Sin embargo, como probablemente intuirá, señor Chu, la situación puede resultar más compleja de lo que parece. Por el momento, debemos observar cómo se desarrollan los acontecimientos. También instaré a Su Majestad a que emita el Decreto de Favor sin demora».

—¿De verdad no dirás que me has echado de menos, solo para oírlo?

Su Shiyu abrió instintivamente la boca para responder, pero se detuvo al darse cuenta de lo que había dicho. Giró la cabeza y se encontró con la mirada de Chu Mingyun, ahora llena de diversión. Inconscientemente, los labios de Su Shiyu se curvaron en una sonrisa. Desvió la mirada sin responder. —¿Por qué ha venido Su Excelencia al palacio tan temprano en su día libre?

Chu Mingyun levantó una ceja con indiferencia. «Nada especialmente urgente...».

—¡Su Señoría, espere! —se oyó de repente un grito detrás de ellos, claramente audible entre el ruido de los pasos apresurados.

Se volvieron y vieron a un joven que los había alcanzado rápidamente, con la respiración entrecortada mientras se secaba el sudor de la frente. —Se han ido muy rápido —jadeó—, ¡y no les he dado las gracias como es debido!

Su Shiyu sonrió con indiferencia. «Ya me lo ha agradecido muchas veces durante el camino. Además, recomendar a personas capaces es simplemente mi deber. Que Su Majestad le haya favorecido se debe a sus propios méritos. No hay necesidad de correr todo este camino para darme las gracias».

«Vamos, no lo digas así», insistió el joven. «Sin usted, señor, dudo que hubiera llegado a Chang'an. ¡Por supuesto que debo darle las gracias como es debido! ¿Qué tal si le invito a comer?».

«No es necesario», respondió Su Shiyu con una sonrisa. «Pronto seremos compañeros de trabajo. Habrá muchos banquetes en los que vernos. No hay necesidad de tanta formalidad».

«Pero...».

«¿Es este el muchacho que trajiste?», intervino Chu Mingyun, dirigiéndose a Su Shiyu.

El joven se dejó examinar sin protestar. «Soy yo. ¿Por qué?».

Su Shiyu levantó una mano para hacerle callar y luego se volvió hacia Chu Mingyun con una sonrisa. «Este es Luo Xin. Servirá en el Ministerio de Guerra. Aún es joven y no está familiarizado con el protocolo. Confío en que tendrá paciencia con él, ministro Chu».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun se rió entre dientes. «El ministro Su es siempre un modelo de corrección. ¿Cómo ha conseguido llamar su atención este alma inexperta?».

«Las convenciones se pueden enseñar, pero la lealtad sincera y el coraje no se pueden inculcar», respondió Su Shiyu con una leve sonrisa. Con el rabillo del ojo vio que Luo Xin seguía mirándolos fijamente y se volvió para mirarlo. «¿Hay algo que quieras decir?».

«¡Sí!», asintió Luo Xin con entusiasmo. «Señor, me preguntaba si al saltarme la sesión matutina de la corte de hoy no veré a los demás funcionarios».

«Así es».

«Entonces, ¿dónde se puede encontrar al general Chu?», insistió Luo Xin.

Antes de que Su Shiyu pudiera responder, Chu Mingyun habló primero, observándolo impasible. «¿Qué asunto tienes con él?».

Su tono era inexplicablemente frío, y Luo Xin no pudo evitar sentirse menospreciado. «Ningún asunto. ¿Acaso no está permitido simplemente verlo?».

«¿Qué hay que ver?», replicó Chu Mingyun.

«¡Es el gran general que repelió a los xiongnu!», exclamó Luo Xin. «Varias provincias ocupadas por los xiongnu durante cinco largos años fueron recuperadas en un solo año tras su llegada. Si eso no merece la pena verlo, ¿qué lo merece?».

Chu Mingyun resopló con desdén de repente, y su mirada se posó en las manchas carmesí esparcidas por el suelo. «Se quedaron de brazos cruzados mientras los xiongnu los acosaban durante cinco años. Los oficiales y los soldados eran incompetentes y engreídos. Recuperar los territorios perdidos les llevó todo un año, desperdiciado por su ineptitud. Con los asuntos militares en tal estado de decadencia, realmente no veo de qué hay que enorgullecerse, que sigas sacando el tema».

Luo Xin hervía de irritación. —Es fácil para ti decirlo. Si eres tan capaz, ¿por qué no vas tú a luchar...?

—Luo Xin —lo interrumpió Su Shiyu—. Este es el gran mariscal Chu.

Las palabras se le atragantaron en la garganta y se sonrojó. Luo Xin miró a Chu Mingyun con incredulidad. «¿Qué? ¿Cómo es posible?».

Chu Mingyun le lanzó una mirada.

Su Shiyu se encontró con su mirada incrédula y asintió, extinguiendo toda esperanza.

Luo Xin apartó bruscamente la cara, negándose a mirar a Chu Mingyun. Se quedó mirando a Su Shiyu, sin poder articular palabra durante un largo rato, hasta que finalmente logró balbucear: «¿El general Chu? ¿Cómo... cómo puede tener este aspecto...?»

«¿Qué quieres decir?», preguntó Su Shiyu, desconcertado.

Luo Xin frunció el ceño con frustración y murmuró decepcionado: «¿Cómo puede un gran general tener este aspecto... como... como una niña...?»

«...»

Chu Mingyun, al oír esto, se rió entre dientes. Giró la cabeza para mirarlo.
«¿Cómo crees que debería ser? ¿De dos metros y medio de altura, con hombros anchos e imponente?»

—¡Mm! —Luo Xin asintió inmediatamente.

—¿Dientes de hierro y mandíbulas de bronce, con la fuerza para levantar un trípode?

—¡Mm-hmm! —Luo Xin asintió de nuevo.

Chu Mingyun miró al joven de ojos muy abiertos y cara redonda antes de apartar la mirada con una expresión compleja, sin molestarse en hablar más.

Su Shiyu, silencioso y callado, captó esa expresión fugaz. Bajó la mirada y sonrió levemente.

Ya era diferente a los hombres comunes. ¿Por qué debía poseer la fuerza para levantar un trípode o un porte marcial imponente?

Mil barriles de vino, diez mil volúmenes de libros, aún no pueden borrar un espíritu de orgullo desenfrenado.

Mejor así.

Una figura vestida de carmesí, como fuego sobre un corcel, entró directamente en Chang'an. Serpenteando por el bullicioso mercado, giró hacia un callejón y se detuvo bruscamente ante la residencia de Lu Shi, ministro de Justicia.

La joven desmontó y le lanzó las riendas a un sirviente que salió a su encuentro. Al entrar en el patio, gritó: «¡Papá, ya estoy aquí!».

Lu Shi salió apresuradamente al patio y la examinó de pies a cabeza en cuanto la vio. Satisfecho al comprobar que estaba ilesa, se tranquilizó y le preguntó: «Qinghe, te envié a viajar libremente. ¿De verdad tenías intención de no volver nunca?».

«En absoluto. ¿Acaso no he vuelto ahora?», respondió Lu Qinghe.

«¿Habrías regresado por tu propia voluntad si no te hubiera enviado un mensaje para que vinieras?», replicó Lu Shi.

Lu Qinghe evitó rápidamente el tema y rodeó con cariño el brazo de su padre con el suyo. «¡Padre, acabo de regresar de las montañas nevadas! ¿Alguna vez has visto unas montañas nevadas así? Son simplemente...».

—Ya basta —la interrumpió Lu Shi—. Sabes perfectamente por qué te llamé para que regresaras.

Lu Qinghe negó con la cabeza, con expresión imperturbable. —No lo sé.

—Entonces te lo diré una vez más —declaró Lu Shi sin rodeos—. Te llamé para que regresaras y encontraras un marido adecuado. Es hora de que sentar cabeza.

—Padre...

—Ya basta —Lu Shi retiró el brazo sin pestañear, con expresión severa—. ¿Quieres ser una caballero errante, recorriendo montañas y ríos? Muy bien, te he consentido en todo lo demás. Pero el matrimonio no es un asunto baladí. Ya no eres una niña. ¡No habrá más discusiones!

Lu Qinghe apretó los labios en silencio.

Al ver esto, el tono de Lu Shi se endureció aún más. «Dentro de unos días tendrá lugar la caza de primavera. Asistirán todas las familias nobles y los altos funcionarios. Tú me acompañarás allí. Observa atentamente a esos jóvenes talentosos y elige al que más te guste. A nuestro regreso, tu padre arreglará el matrimonio».

Lu Qinghe se cubrió el rostro y murmuró débilmente: «Tu hija lo entiende».

capitulo 40

☆, [Capítulo 40]

De acuerdo con los precedentes ancestrales de la Gran Xia, todos los parientes imperiales y dignatarios de la corte que participaban en la caza primaveral debían acompañar primero al emperador al Palacio del Establecimiento del Capítulo para ofrecer incienso y sacrificios rituales, antes de partir hacia el palacio de caza al día siguiente.

Aunque la caza primaveral había perdido hacía tiempo su antiguo esplendor, los protocolos ceremoniales necesarios se seguían observando íntegramente, y ese día no fue una excepción.

Una vez recitadas las oraciones sacrificiales y cesados los profundos redobles de tambores y la música, concluyeron los ritos. Li Yanzhen, con la mente ocupada en el cuadro paisajístico que aún tenía que terminar, ordenó rápidamente a la comitiva que partiera hacia el palacio sin demora.

Los demás asistentes ya habían delegado sus recientes funciones gubernamentales a sus subordinados, lo que les dejaba tiempo libre. Con la primavera en pleno apogeo en el Palacio Jianzhang, los jardines imperiales parecían bordados bajo la luz oblicua del sol. Los ministros ralentizaron inconscientemente el paso, reuniéndose en pequeños grupos para conversar mientras paseaban tranquilamente hacia la salida.

Su Shiyu se quedó ligeramente rezagado, esperando a que la procesión ceremonial se hubiera reunido adecuadamente antes de dar media vuelta para marcharse. Apenas había dado unos pasos cuando alguien se le acercó desde cerca, llamándolo: «¡Su Excelencia!».

El joven de rostro redondo, vestido con atuendo oficial y portando una espada, había logrado reprimir parte de la ingenuidad juvenil de su frente, aunque, por desgracia, su actual expresión de alegría lo delataba.

Su Shiyu no había visto antes a Luo Xin entre los guardias, aunque solo se sorprendió ligeramente. Asintió suavemente y le preguntó cortésmente: «¿Ha estado bien estos últimos días en el Ministerio de Guerra?».

«No especialmente», respondió Luo Xin con sinceridad.

«¿Qué es lo que le preocupa exactamente?».

«Señor, ¿no concluyó usted el caso contra el príncipe de Huainan hace solo unos días? El veredicto está por todas partes en Chang'an. Ahora todo el mundo sabe que el príncipe de Huainan no era buena persona. No me quejo de usted, Su Excelencia. Pero ya sabe, no soy el más listo del grupo. No entiendo todas las intrigas y conspiraciones. Me alisté en el ejército simplemente porque, de niño, oí historias sobre las grandes batallas del general Chu contra los xiongnu. Me invadió la envidia y quise luchar también por mi país. El príncipe de Huainan nunca me dio ninguna responsabilidad real. Antes de enterarme de su rebelión, no sentía nada especial hacia él. Así que cuando lo seguí a Chang'an, pensé que no importaría». Luo Xin parecía bastante abatido. «Pero estos últimos días aquí, la gente no deja de preguntarme por el príncipe de Huainan. Cuando digo que no sé nada, dan por sentado que estoy ocultando información. En más de una ocasión, los escuché susurrar a mis espaldas, llamándome un remanente de la facción Huainan. Sugirieron que traerme a Chang'an era como invitar a un lobo al redil, y que tal vez usted mismo albergaba intenciones traicioneras...».

Se calló, bajando la cabeza sin continuar.

Su Shiyu no prestó atención al último comentario y se limitó a esbozar una leve sonrisa. «Siempre has sabido lo que quieres conseguir, ¿por qué dejas que las críticas de los demás obstaculicen tu progreso ahora?».

«Pero incluso los guardias de patrulla apenas confían en mí...».

«¿Acaso lo que pretendes conseguir está mal?», preguntó Su Shiyu de repente.

«¡Por supuesto que no!», declaró Luo Xin enfáticamente. «¡Matar enemigos por la nación nunca puede estar mal!».

«Entonces, ¿las dudas de los demás sacuden tu determinación?», observó Su Shiyu con mirada serena.

Luo Xin lo consideró seriamente antes de negar con la cabeza. «En absoluto. De lo contrario, no te habría seguido a Chang'an».

Su Shiyu apartó la mirada y sonrió. —En ese caso, ¿por qué te preocupas por esas críticas?

Luo Xin se quedó paralizado, pero al cabo de un momento asintió solemnemente a Su Shiyu, con los ojos tan decididos como el hierro. De repente, no pudo evitar añadir: —Señor... Me gustaría hacerle una pregunta más.

«Hable libremente».

«¿Su relación con el general Chu es bastante tensa?», preguntó con cautela.

Su Shiyu pareció ligeramente sorprendido. «¿Qué le hace decir eso?».

Luo Xin dudó y tartamudeó: «Cuando discuten asuntos, todos creen que usted me trajo a Chang'an para utilizarme con el fin de dividir las fuerzas del general Chu, incluso para sustituirlo algún día... pero ¿por qué? El general Chu es muy capaz y ha hecho mucho por la Gran Xia. ¿Por qué tratarlo así?».

Su Shiyu se quedó en silencio y giró ligeramente la cabeza para mirar al frente. Chu Mingyun estaba solo bajo un sauce llorón, llevándose una rama de follaje esmeralda a los labios mientras examinaba distraídamente algo. La luz del atardecer rozaba sus largas pestañas rizadas, proyectando un suave resplandor.

¿Por qué tratarlo así?

Porque nunca has visto al despiadado y sanguinario Chu Mingyun, que ataca con ferocidad decisiva. Porque nunca has visto a Chu Mingyun, sonriendo levemente mientras calcula cada intrincado plan.

Nunca has sido testigo de cómo, sin esfuerzo alguno, obligó al emperador de Daxia a renunciar a su autoridad militar.

Nunca has visto cómo ascendió a la cima del poder en tan solo unos años.

Solo los huesos y la sangre pueden construir tales alturas.

Al partir hacia Huainan, Su Shiyu albergaba la intención de poner a prueba y confirmar, pero Chu Mingyun permaneció completamente inmóvil, como si lo hubiera intuido, enterrando sus ambiciones en lo más profundo.

Esa noche, en el pabellón de la despedida, Chu Mingyun declaró: «Expandamos nuestras fronteras diez mil li, convoquemos el homenaje de todos los rincones». Su Shiyu sabía que esas palabras eran ciertas, pero ¿cómo podía ser tan sencillo?

Sin embargo, se contuvo, dejando a Su Shiyu incapaz de comprender sus verdaderas intenciones.

Impotente.

—¿Por qué debe tratarme así?

Porque sigo siendo incapaz de descifrar sus pensamientos.

Desorientado, completamente impotente, sin saber cómo proceder, sin saber cómo tratarlo, ya sea en público... o en privado.

Luo Xin, al ver a Su Shiyu perdido en sus pensamientos, se dio cuenta de que había hablado fuera de lugar y se disculpó apresuradamente en repetidas ocasiones. Su Shiyu volvió a prestar atención, le lanzó una mirada y le dedicó una sonrisa inexpresiva antes de dejar que él dirigiera la conversación hacia algún tema trivial. Chu Mingyun apartó la mirada y, con indiferencia, arrancó una delgada hoja de sauce y la aplastó entre los dedos. Sentía que la conversación se alargaba interminablemente.

El jugo de la hoja dejó un leve rastro verde bajo sus pálidos dedos. Absorto en sus pensamientos, de repente oyó pasos que se acercaban por detrás. Se giró lentamente y abrió la boca para hablar, pero entonces reconoció las figuras que pasaban: Yuwen Sun, el noveno príncipe de Xiongnu, y su asistente.

Sus miradas se cruzaron por un instante.

El asistente bajó la mirada alarmado, mientras que Chu Mingyun se dio la vuelta con indiferencia.

La voz de Yuwen Sun siguió, hablando en xiongnu: «Yulu, ¿por qué le tienes tanto miedo?».

«Su Alteza nunca ha visto una batalla, por lo que no puede entenderlo. Es como si alguien que nunca ha visto un espectro no conociera el horror que provoca».

«¿Un espectro? ¿Él?». El descontento de Yuwen Jun era palpable. «Yulu, tú eres un fuerte guerrero hun, pero ese tipo es tan pálido y delicado como una mujer. ¿No te hace eso parecer ridículo?».

Chu Mingyun comprendía desde hacía tiempo la lengua xiongnu gracias a sus días de campaña, aunque no la hablaba ni se dignaba a hacerlo. Yuwen Jun, creyendo que no entendía sus palabras, se volvió descarado en su discurso. Chu Mingyun simplemente fingió sordera y mutismo, demasiado indiferente para responder.

Al oír esto, Yulu tiró apresuradamente de Yuwen Sun. «Noveno príncipe, tenga cuidado con sus palabras. Los Han son mucho más formidables de lo que imagina».

«Sé que los Han son astutos. Al vivir mucho tiempo en espacios reducidos, sus mentes se vuelven retorcidas y tortuosas. Destacan en las intrigas y las conspiraciones. Si no fuera por tales artimañas, con la fuerza de los hombres de la estepa, esta tierra sería desde hace tiempo nuestro pastizal».

Yu Lu suspiró suavemente, con voz apagada. —Su Alteza aún es joven. Debe aprender que no todas las historias que se susurran en las tiendas son fiables.

—¿Qué tontería es esa? —Yuwen Sun se soltó de un tirón de la manga y lo miró fijamente—. Dime: ¿son creíbles las historias de mi hermano mayor, el Emperador? ¿Es creíble la gran victoria que obtuvimos hace trece años? «...

Son creíbles», respondió Yu Lu.

«Entonces, ¿por qué este miedo? ¿Es solo porque ahora tenemos un general competente?», insistió Yuwen Jun. «Recuerda cuando nuestros xiongnu atacaron hace trece años: ¿cuántos comandantes de Gran Xia abandonaron sus ciudades y huyeron? Casi nadie resistió. Lo más ridículo fue lo que ocurrió en Liangzhou:

una mujer se levantó para luchar. Al final, su cadáver fue colgado de la puerta de la ciudad, dejado a la intemperie para que se secara al viento. Ni siquiera eso logró despertar una pizca de espíritu de lucha en los soldados que quedaban. Ni un solo alma se atrevió a resistir durante los diez días de matanza. «Débiles e incompetentes», se burló, «los Han no son mejores».

Chu Mingyun rompió una ramita de sauce.

Yu Lu se estremeció alarmado. Al ver la silueta inmóvil de Chu Mingyun, hizo caso omiso del protocolo, agarró a Yuwen Sun y cambió apresuradamente el rumbo, desapareciendo con él en el denso bosque.

La delgada rama se clavaba dolorosamente en su palma, rezumando savia oscura y crujiendo como si estuviera a punto de romperse.

Chu Mingyun abrió lentamente los dedos. La sensación pegajosa en su mano era como sangre espesa y viscosa. Levantó la vista para mirar a lo lejos, donde la puesta de sol rojo sangre se extendía por el cielo, estirándose sin fin hacia el horizonte invisible.

—No mires atrás.

El humo acre de la pólvora había marcado su memoria durante trece implacables años. Las flechas y los proyectiles habían llovido del cielo, las puertas bermellonas de la ciudad se habían derrumbado, mientras él observaba este infierno desde las ruinas derrumbadas.

—No retrocedas.

Las hogueras consumieron montañas, ríos y follaje; los lamentos atravesaron mil kilómetros de prosperidad. Las pezuñas de hierro de los xiongnu pisotearon a bebés y doncellas, marcando las losas con profundas manchas carmesí y marcas quemadas y carbonizadas de diversa profundidad.

—Mingyun, no debes mirar atrás, no debes retroceder.

—Debes escapar.

—¡Debes escapar!

—Todos los demás pueden acobardarse, retroceder, abandonar la esperanza o esperar la muerte, ¡pero tú no!

«... Hermana».

La mujer vestida de carmesí con la espada desenvainada vaciló, y su respuesta fue lenta y ronca: «¿Qué pasa?».

«... Te ves realmente feroz así».

La mujer se quedó paralizada y, de repente, unas lágrimas carmesí brotaron de sus ojos. Cubriéndoselos, soltó una risa ahogada que se convirtió en una maldición: «¡Cabrón!».

No pudo resistirse a mirar atrás una vez más. A través de las densas sombras de los árboles, el familiar paisaje urbano estaba empapado de carmesí, llenando su visión y extendiéndose hacia arriba para teñir de rojo todo el cielo.

Sosteniendo la espada ante él, encontró su fin: un cadáver colgado a la vista de todos. Chu Mingyun cerró los ojos y se rió, un sonido tan débil y bajo que apenas se oía.

Un chirrido metálico desgarrador rasgó el aire.

Los cortesanos reunidos levantaron la vista alarmados, pero solo vieron el susurro del follaje del bosque, sin un alma a la vista.

Antes de que pudieran formular ninguna pregunta, otra figura se adentró en el bosque, rozándolos casi, pero no pudieron distinguir quién era.

Solo Luo Xin se quedó clavado en el sitio, desconcertado. No podía entender qué había visto el señor Su, normalmente tan sereno, que le había impulsado a perseguirlo sin dar ninguna explicación.

Entre el frondoso follaje verde, pasó volando un destello de túnica índigo. Su Shiyu lo captó con precisión con la mirada. Se concentró y aceleró el paso. Cuando la figura pasó fugazmente, se abalanzó hacia adelante y agarró a Chu

Mingyun por el hombro. Aprovechando esa vacilación momentánea, lo atrajo hacia él, apretando su brazo alrededor del pecho de Chu Mingyun, luchando por contenerlo.

«¡Suéltame!».

«Cálmate», jadeó Su Shiyu, aún recuperando el aliento mientras lo sujetaba con fuerza por detrás.

Pero Chu Mingyun no quería entrar en razón y se resistía con fuerza. Incapaz de moverse libremente debido a la sujeción, la espada larga que tenía en la mano cambió repentinamente de dirección y se abalanzó sobre él por detrás.

Su Shiyu se quedó completamente inmóvil, soportando toda la fuerza del golpe.

La hoja le cortó el cuello en diagonal, dejando un rastro frío. Una línea carmesí serpenteó instantáneamente por su hombro, floreciendo en una vívida mancha roja sobre el sencillo cuello blanco.

Su Shiyu se estremeció ligeramente, incapaz de reprimirlo. Frunció el ceño, pero apretó con más fuerza a Chu Mingyun, inmovilizándolo firmemente contra su pecho. Levantando la otra mano, le cubrió los ojos a Chu Mingyun con fuerza, aunque su tono se suavizó. «Cálmate. Son enviados que buscan la paz. Como mínimo, no puedes matarlos ahora».

Chu Mingyun no había previsto una resistencia tan inflexible. Su lucha vaciló momentáneamente. Cuando la palma de Su le cubrió los ojos, mil pensamientos se desvanecieron en el vacío, lo que casi le hizo soltar la espada.

«No actúes precipitadamente. Cálmate. Piénsalo. Ya has matado a todos tus enemigos en el campo de batalla. Los territorios perdidos han sido recuperados por completo...».

«Ya se ha acabado, se ha acabado. Todos los que te hirieron han sido asesinados...».

«... Todo eso es pasado».

Repitió las palabras una y otra vez hasta que finalmente sintió que la persona en sus brazos dejaba de forcejear gradualmente, aunque todo su cuerpo aún temblaba incontrolablemente, como si estuviera soportando una lucha inmensa.

La leve cosquilla de las pestañas rozando su palma perduró. Después de un largo rato, Chu Mingyun habló en voz baja:

«Oye», su voz era ronca, «usa ese mismo tono. Dime unas cuantas palabras más».

«¿Qué te gustaría oír?», preguntó Su Shiyu.

Chu Mingyun se quedó en silencio durante un largo momento antes de susurrar, apenas audible:

« Di que estás aquí. Di que sigues vivo».

Su Shiyu hizo una pausa y luego acercó su rostro al oído de Chu Mingyun. Lenta y sinceramente, murmuró: «Sigo vivo. Estoy aquí». Hizo otra pausa y continuó con una voz de suma ternura: «Estoy contigo».

Cada palabra se posó en su oído, con una voz tan cálida como el jade.

El abrazo transmitía calidez, el aroma familiar y relajante era rico y suave, mezclado con un ligero rastro de sangre.

Todo declaraba la presencia de esta persona con absoluta certeza.

Chu Mingyun se calmó gradualmente. Tras un silencio tan profundo que se podía oír su respiración, de repente se rió suavemente: « ¿Es esa toda la fuerza que tienes?».

Antes de que Su Shiyu pudiera reaccionar, Chu Mingyun se giró bruscamente y lo atrajo hacia sí en un fuerte abrazo.

Soltó la espada larga que sostenía, y la hoja de un metro de largo cayó al suelo con un ruido metálico.

Abrazó a Su Shiyu con fuerza, con una fuerza que parecía aplastar la carne y los huesos hasta el torrente sanguíneo, con una actitud de posesión absoluta, sin estar dispuesto a ceder ni un centímetro. Bajó los ojos y enterró el rostro en el hueco del cuello de Su Shiyu. Al percibir el leve olor a sangre, se inclinó sin previo aviso y comenzó a lamer.

Su Shiyu se tensó de repente. La cálida y húmeda sensación continuó inadvertida a lo largo de su cuello. Los labios y los dientes presionaban contra la piel, una lengua trazaba el recorrido de la herida, lamiendo la sangre hasta limpiarla, gota a gota.

Cada respiración caía sobre su cuello, enviando una inusual sensación de hormigueo por su columna vertebral.

Los brazos de Chu Mingyun se apretaron alrededor de él, aflojándole el cuello mientras seguía el rastro de sangre hacia abajo. Desde el cuello hasta el hombro, lentamente, los labios tocaron la clavícula, buscando el final del rastro.

Una suave brisa se agitó entre los árboles. Un escalofrío en el hombro sacudió a Su Shiyu y lo despertó. «... ¡Señor Chu!».

Apartó la mano de Chu Mingyun y dio un paso atrás, recogiendo el cuello que se había rasgado. Bajó la mirada, ocultando el destello de pánico en sus ojos.

Chu Mingyun se quedó clavado en el sitio, con la expresión gradualmente despejándose. Parpadeó lentamente, como si despertara de un sueño profundo, momentáneamente incapaz de responder. «... Señor Su».

Su Shiyu ya se había alisado la túnica. Aparte de la mancha de sangre en el cuello, no quedaba ningún rastro visible. Cuando levantó la vista, incluso su sonrisa era tan serena como siempre. Comentó con ligereza: «Me alegro de que haya recuperado la compostura, señor Chu».

«Yo...».

«No es una herida grave, señor Chu. No tiene por qué preocuparse». Su Shiyu lo interrumpió.

«No es eso lo que quería decir. Hace un momento...».

«Hay otros esperándonos. Debemos regresar sin demora».

Chu Mingyun permaneció en silencio, observándolo atentamente. Su Shiyu desvió la mirada y, tras un momento, sonrió suavemente. «No tiene por qué darle vueltas».

El propio Chu Mingyun no estaba seguro de lo que quería decir. En ese momento de reflexión, Su Shiyu volvió a mirarlo una vez más, con una expresión tan fluida y etérea como el agua y la niebla, serena y tranquila. Luego, simplemente se dio la vuelta y regresó.

La mancha de sangre en el cuello de Su Shiyu era evidente e imposible de ocultar. Cuando él y Chu Mingyun salieron del bosque uno tras otro, los ministros que aún permanecían allí comenzaron a susurrar entre ellos.

Su Shiyu regresó junto a Luo Xin como si nada hubiera pasado y se inclinó en señal de disculpa. «La situación era urgente. Mis disculpas por la descortesía».

Luo Xin negó con la cabeza, indicando que no importaba. «¿Cómo se ha hecho esa herida, Excelencia? ¿Ese sonido de hace un momento era la espada del general Chu? Ustedes dos...».

Su Shiyu respondió secamente: «Ha habido un pequeño percance. El general Chu desenvainó su espada para detener la caída de un árbol. Al llegar, una rama afilada me rozó ligeramente. No es nada grave».

Luo Xin lo creyó sin dudarlo ni un instante, con la mirada fija en Su Shiyu. Sin embargo, no pudo evitar preguntar con curiosidad: «¿Se encuentra bien, Su Excelencia? ¿No ha sufrido ninguna otra lesión? ¿Por qué tiene la cara tan sonrojada?».

Su Shiyu se detuvo y se llevó el dorso de la mano a la mejilla. Su tono se mantuvo firme. «¿Es eso cierto?».

«¡Por supuesto!», asintió Luo Xin, señalando con el dedo. «Sus orejas también parecen ligeramente sonrojadas».

«...» Su Shiyu bajó la mano, miró a Luo Xin a los ojos con seriedad y suspiró. «Olvida lo que dije antes. No hay necesidad de apresurarse a demostrar su valía con hechos todavía. Sería mejor que dedicara más tiempo a leer».

«¿Qué sentido tiene leer?», preguntó Luo Xin desconcertado. «Soy un oficial militar, no aspiro a ser un erudito».

«Lee más libros para aprender cómo funciona el mundo», respondió Su Shiyu.

Esos rumores se extendieron a una velocidad alarmante. Cuando Chu Mingyun regresó a su residencia, Du Yue y Qin Zhao ya lo estaban esperando, flanqueando la puerta.

«Bien hecho, ¿eh? Tu destreza con la espada es magistral. ¿He oído que por poco le quitas la vida a mi hermano?», dijo Du Yue, acertando sarcásticamente «primo» a «hermano» para marcar su postura.

«¿Así que has decidido abandonar las maniobras y atacar directamente?», dijo Qin Zhao, cuya expresión, normalmente fría, ahora mostraba un atisbo de inquietud y expectación.

Chu Mingyun se dirigió a su habitación como si no hubiera oído nada.

«¿Qué te pasa con esa cara tan seria?», le preguntó Qin Zhao al alcanzarlo.

«Oye, Chu, ¿por fin te ha caído un rayo?», preguntó Du Yue con tono repentinamente alegre.

Chu Mingyun agitó la manga, cerró la puerta de un portazo y dejó a los dos fuera.

Chu Mingyun se sentó a la mesa y se sirvió otra taza de té. Solo después de bebérsela, su expresión se volvió compleja. Luego, levantando una mano para presionarse la frente, murmuró para sí mismo con incredulidad: «¿Cómo diablos terminé aferrándome a Su Shiyu y lamiéndolo...?»